
EL CAPITÁN DE
LAS SOMBRAS
Serie Hermanos Holloway-Libro 2
AMAYA EVANS

EL CAPITÁN DE LAS SOMBRAS

SERIE “HERMANOS HOLLOWAY” 2

AMAYA EVANS

2026

Título Original: EL CAPITÁN DE LAS SOMBRAS

Copyright © 2026 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Un soldado atormentado. Una dama inocente. Un viaje que lo cambiará todo.

Sebastian Holloway no cree en finales felices. Como capitán del ejército británico, ha visto demasiada muerte, derramado demasiada sangre. Las pesadillas de la guerra lo persiguen cada noche, y las cicatrices, tanto las visibles como las invisibles, son recordatorios constantes de que algunos hombres están demasiado rotos para ser amados.

Cuando su hermano, el Duque de Rutherford, le pide que escolte a Annabelle Thornton al norte para protegerla de la conspiración que amenaza a su familia, Sebastian acepta. Es solo otra misión. Tres semanas con una dama delicada que probablemente se desmayará ante la primera señal de peligro.

Excepto que Annabelle Thornton no es lo que esperaba.

Annabelle ha pasado toda su vida siendo "la hermana dulce", la dama perfecta que borda, sonríe y nunca causa problemas. Pero en secreto, escribe novelas prohibidas y sueña con aventuras que el mundo jamás le permitirá vivir. Cuando asesinos los atacan en el camino, cuando la sangre se derrama y las balas vuelan, Annabelle descubre una verdad aterradora y emocionante: ella no es frágil. Ella es feroz.

Confinados en espacios pequeños. Huyendo por sus vidas. Cada día que pasan juntos, los muros de Sebastian se desmoronan un poco más. Cada noche, Annabelle descubre que el deseo es mucho más poderoso que cualquier cosa que haya leído en sus novelas.

Pero cuando Sebastian está en verdadero peligro, cuando sepa que ya no puede vivir sin él, tomará una decisión que cambiará todo: ella no será salvada. Ella será la salvadora.

Un soldado que cree que está condenado. Una dama que se niega a dejarlo caer en la oscuridad. Y un amor tan intenso que podría sanarlos a ambos... o destruirlos.

Capítulo 1

Salón de baile de Lady Ashford, Londres - Dos noches antes

Annabelle Thornton cayó.

El vestido azul cielo se arrugó contra el mármol frío. La música se cortó como si alguien hubiera rajado las cuerdas de los violines. Docenas de ojos se clavaron en ella, tirada como muñeca rota en medio de la pista de baile.

Humillación Pública Absoluta.

—Oh, querida señorita Thornton. —Lord Deveraux destilaba falsa preocupación mientras le ofrecía su mano—. Qué torpe. Quizás debería retirarse. No está... bien. Tal vez bebió un poco más de lo debido.

Los murmullos explotaron como pólvora.

"¿Viste eso?"

"Cayó como si estuviera borracha."

"Qué vergüenza para los Thornton."

Esto no fue accidente.

Annabelle miró la mano extendida del hombre que acababa de arruinarle la vida. Cabello plateado. Ojos de acero. Sonrisa de depredador que había conseguido exactamente lo que quería.

Dos minutos antes, todo había sido diferente…

Annabelle estaba donde siempre: en el borde del salón, invisible como papel pintado. A los veintitrés años, había aceptado su lugar: hermana menor perpetua, acompañante eterna, dama que jamás causaba problemas ni merecía segunda mirada.

Hasta que Lord Deveraux decidió convertirla en mensaje.

—Señorita Thornton. —Su voz era miel envenenada, pegajosa y dulce—. Qué placer encontrarla sola.

Se materializó junto a ella como humo. Poderoso. Influyente. Y según rumores que Margaret intentaba ocultar, letal.

—Lord Deveraux. —Reverencia breve, buscando a Margaret entre la multitud giratoria—. Mi hermana debe estar...

—Ocupada. —Paso demasiado cerca, invadiendo su espacio—. Lo que me da la oportunidad perfecta para discutir un asunto... delicado.

El corazón de Annabelle latió más rápido. Algo estaba terriblemente mal. Los depredadores no hablaban con presas sin razón.

—No tengo asuntos que discutir con usted, milord.

—Oh, pero sí los tiene. —Sonrisa ensanchándose como corte de cuchillo—. Verá, su hermana Margaret tiene una amistad muy... cercana con la Duquesa de Rutherford. Y la duquesa, lamentablemente, ha estado haciendo preguntas. Preguntas molestas sobre ciertos caballeros. Sobre mí.

El piso se movió bajo sus pies como cubierta de barco en tormenta.

—Yo no sé nada sobre...

—Por supuesto que no. —Tomó su mano antes de que pudiera retroceder, agarre que dolía, dedos como tenazas de hierro—. Usted es solo una pieza, señorita Thornton. Una hermosa pieza inocente en un tablero muy peligroso. Pero las piezas pueden romperse si no se juegan correctamente.

—Suélteme. —Voz más débil de lo que pretendía, odiándose por ello—. Ahora.

—Baile conmigo primero. —No era solicitud. Era orden—. Y escuche con mucha atención.

La arrastró a la pista antes de que pudiera protestar. Música alegre continuaba, completamente ajena al terror creciendo en su pecho. Parejas giraban alrededor. Remolino de colores pastel y risas cristalinas. Nadie notaba que estaba siendo amenazada a plena vista.

—Dígale a su querida hermana —susurró contra su oído, voz como veneno goteando— que las señoritas curiosas a veces tienen accidentes. Caídas inesperadas. Enfermedades repentinas. Desapariciones inexplicables.

—No puede... —Tropezó, piernas negándose a cooperar—. No puede amenazarnos así. Mi hermana es amiga de una duquesa. El duque de Rutherford...

—El duque de Rutherford —interrumpió Deveraux, agarre en su cintura volviéndose doloroso, dedos clavándose— tiene sus propios problemas. Y si continúa metiendo sus narices aristocráticas donde no debe, descubrirá exactamente qué les sucede a las familias que me desafían.

La hizo girar bruscamente, violentamente. Annabelle perdió el equilibrio.

De vuelta al presente…

Ahora estaba aquí. Tirada en mármol frío. Humillada delante de toda la alta sociedad londinense. Destruida con precisión quirúrgica.

Deveraux había convertido su advertencia en espectáculo público. La había marcado como borracha, como inestable, como vergüenza para su familia. Y lo había hecho parecer accidente perfecto.

Brillante. Cruel. Efectivo.

Annabelle miró la mano extendida de Deveraux. Luego sus ojos. Fríos como hielo de enero. Calculadores como jugador de ajedrez tres movimientos adelante. Triunfantes. —No debió tomar de más, me temo que ahora está un poco…indispuesta. —siguió con la mano extendida.

No. No le daré esa satisfacción final.

Se puso de pie con manos temblorosas, ignorando su mano extendida. Ignorando las miradas que la diseccionaban. Ignorando las lágrimas que amenazaban con traicionarla.

—Gracias, milord. —Voz rota pero firme—. Pero puedo levantarme sola. Y no he tomado un gota de licor.

Margaret apareció entre la multitud, rostro pálido como porcelana, horror grabado en cada línea.

—Annabelle, ¿qué pasó? ¿Estás...?

—Necesito aire. —Pasó junto a su hermana, caminando hacia la salida con cabeza alta aunque sintiéndose quebrarse por dentro—.

Por favor.

Salió del salón de baile consciente de que Lord Deveraux había ganado esta ronda. Consciente de los susurros que la seguían como moscas.

"Borracha."

"Torpe."

"Vergüenza."

"Arruinada."

Cada palabra era clavo en ataúd de su reputación.

Pero no sabía, ninguno de ellos sabía, que en exactamente cuarenta y ocho horas, el Duque de Rutherford tocaría a su puerta.

Con una propuesta que cambiaría todo.

Un viaje al norte. Un escolta peligroso. Y un capitán con ojos verdes como bosques en tormenta y cicatrices de guerra que convertiría esta humillación en cenizas.

Dos días después, la verdadera historia comenzaría.

*****

La oficina de Alistair Holloway en Rutherford Hall olía a cuero viejo, tabaco de pipa y el aceite que Sebastian utilizaba para limpiar sus armas. La luz de media tarde entraba por las ventanas altas,

creando patrones dorados sobre el escritorio de roble donde descansaban mapas militares y correspondencia sellada con lacre rojo.

Sebastian Holloway estaba sentado en el sillón junto a la chimenea apagada, con su pistola desmontada sobre un paño extendido en sus rodillas. Sus manos se movían con precisión automática: limpiando cada pieza, verificando el mecanismo, buscando imperfecciones que nunca encontraba porque este ritual lo había perfeccionado durante años de servicio militar. Era meditación. Era terapia. Era la única forma en que podía mantener sus demonios bajo control durante más de unas pocas horas.

La puerta se abrió sin golpe previo. Solo Alistair tenía esa confianza.

—Necesito un favor. —Su hermano mayor entró con pasos medidos, cerrando la puerta detrás de sí—. O mejor dicho, me gustaría saber si me harás el favor que te pedí hace dos días.

Sebastian no levantó la vista de su tarea, ensamblando el cañón con movimientos que no requerían pensamiento consciente.

— ¿Matar a alguien?

—Proteger a alguien. —Alistair se acercó, apoyándose contra el borde de su escritorio con los brazos cruzados—. La hermana de Margaret. Annabelle Thornton. Ya sabes de la carta que leímos juntos. Sabes que está en peligro real.

Las manos de Sebastian se detuvieron por una fracción de segundo antes de continuar su trabajo.

—No soy niñera de damas delicadas que se desmayan ante la mención de violencia.

—No necesito una niñera. —La voz de Alistair era firme, usando ese tono de comando que había perfeccionado como duque—. Necesito un soldado. El mejor soldado que conozco. Ashford ha enviado hombres a Londres. Hombres peligrosos que están haciendo preguntas sobre Margaret, sobre Eloise, sobre cualquiera en nuestra órbita.

Sebastian se tensó visiblemente, con los músculos de sus hombros poniéndose rígidos bajo la camisa de lino blanco que llevaba.

— ¿Qué tan peligroso es esto realmente? Dame detalles concretos, no generalidades diseñadas para convencerme.

—Suficientemente peligroso para que seas tú quien vaya y no cualquier guardia contratado. —Alistair se acercó más, con la voz bajando a ese tono que usaban cuando discutían asuntos que ningún sirviente debía escuchar—. Ashford quiere venganza contra mí, contra Eloise, contra cualquiera que contribuyó a su caída. Y no tiene escrúpulos sobre usar personas inocentes como armas o escudos.

Sebastian finalmente levantó la vista, con esos ojos grises clavándose en los azules de su hermano.

— ¿Por qué ella específicamente? Es solo una muchacha. Sin importancia política, sin conexiones propias más allá de Margaret. ¿Por qué no atacar directamente?

—Exactamente por eso. —Alistair caminó hacia la ventana, mirando hacia los jardines donde Eloise caminaba entre las rosas—. Porque es vulnerable. Porque Margaret haría cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, por mantenerla a salvo. Y Margaret es la mejor amiga de Eloise, la persona en quien mi esposa más confía en este mundo. Si Ashford toma a Annabelle, tiene palanca sobre todas nosotros.

El silencio se extendió, pesado con significados no dichos. Sebastian terminó de ensamblar su pistola, verificando el gatillo con ojo experto antes de colocarla sobre el paño.

—Tres semanas escoltando a una dama asustada a través del campo inglés mientras Ashford planea quién sabe qué en Londres. Parece pérdida de tiempo y recursos cuando podría estar cazándolo directamente.

—Hay más. —Alistair se giró, con expresión volviéndose más seria —. ¿Recuerdas a Lord Deveraux? El hombre que estuvo en aquellas reuniones secretas con Pemberton hace dos años, cuando descubrimos la primera capa de la conspiración.

Sebastian frunció el ceño, con la memoria trayendo imágenes fragmentadas.

—El aristócrata con conexiones en Francia. Eloise lo mencionó en sus informes. Pensábamos que solo estaba involucrado en contrabando menor, financiación periférica.

—No era periférico. Estábamos equivocados. —Alistair regresó al escritorio, sacando un folder de correspondencia que mantenía bajo llave—. Hemos estado investigando más profundo durante los últimos seis meses. Deveraux no era solo un participante pasivo o un inversor oportunista. Él y Ashford financiaron la conspiración completa. Juntos. Fueron socios iguales en cada aspecto, desde la planificación hasta la ejecución.

Sebastian se puso de pie con movimiento fluido, acercándose para examinar los documentos que su hermano extendía. Cartas interceptadas. Registros bancarios fragmentados. Testimonios de informantes pagados.

— ¿Tienes pruebas sólidas o solo conexiones circunstanciales?

—Fragmentos. Piezas de un rompecabezas más grande. —Alistair señaló un documento específico—. Pero nuestros contactos en el Ministerio del Interior creen que hay más documentación en las propiedades del norte. Registros completos. Transacciones bancarias detalladas. Posiblemente incluso correspondencia que vincule a otros aristócratas que aún no hemos identificado.

Sebastian levantó la vista lentamente, con comprensión filtrándose a través de su expresión cuidadosamente neutral.

—Y quieres que los encuentre mientras protejo a la señorita Thornton. Dos misiones en una, maximizando eficiencia.

—Si surge la oportunidad, sí. Discretamente. —Alistair recogió los documentos, devolviéndolos a su lugar seguro—. La ruta hacia Yorkshire pasa cerca de dos propiedades que sabemos que Deveraux visitaba frecuentemente antes de desaparecer. Si puedes investigar sin comprometer la seguridad de Annabelle, la información podría ser invaluable.

— ¿Y si tengo que elegir entre la misión y la chica?

—La chica. Siempre la chica. —No había vacilación en la voz de Alistair—. La información es importante, Sebastian. Pero la vida de Annabelle Thornton no es negociable.

Sebastian asintió lentamente, con las manos entrelazándose detrás de su espalda en esa postura militar que adoptaba cuando procesaba información compleja. Su mente ya estaba trabajando: rutas, contingencias, amenazas potenciales, recursos necesarios.

—Tres semanas mínimo. Posiblemente más si Ashford continúa siendo amenaza activa en Londres.

—Sí.

—Habitaciones separadas en cada parada. Distancia apropiada mantenida en todo momento.

—Por supuesto.

—Y si encuentro evidencia de que Deveraux o Ashford están más cerca de lo anticipado...

—Envías mensaje inmediatamente y esperas refuerzos. No intentas ser héroe solitario. —Alistair colocó una mano en el hombro de su hermano—. Prométemelo, Sebastian. No más misiones suicidas.

La mandíbula de Sebastian se apretó, con algo oscuro cruzando su expresión antes de que pudiera ocultarlo. Memorias que no quería visitar golpeaban contra las paredes que había construido cuidadosamente.

—Lo prometo.

Alistair lo observó durante un momento largo, buscando señales de las mentiras que Sebastian había aprendido a contar tan bien. Finalmente asintió, aparentemente satisfecho.

—Bien. Partirán en dos días. Eso te da tiempo para preparar el carruaje, seleccionar guardias, planificar la ruta exacta.

— ¿Dos días? Pensé que habías dicho que era urgente.

—Lo es. Pero Annabelle necesita tiempo para procesar lo que sucederá, para prepararse mental y físicamente. Margaret insiste. —Alistair sonrió ligeramente—. Además, Eloise quiere asegurarse de que la muchacha tenga todo lo necesario. Ya sabes cómo es mi esposa cuando se trata de cuidar a las personas que ama.

Sebastian casi sonrió ante eso. Casi.

— ¿Algo más que deba saber sobre la señorita Thornton antes de comprometerme a mantenerla viva durante tres semanas?

—Es más fuerte de lo que aparenta. Margaret dice que tiene espíritu de fuego bajo esa apariencia de dama apropiada. —Alistair caminó hacia la puerta—. Y Sebastian... sé amable con ella. Sé que la amabilidad no es tu fuerte actualmente, pero intenta recordar que no todos han visto lo que tú has visto. No todos están rotos de las mismas maneras.

Las palabras golpearon más duro de lo que Alistair probablemente pretendía. Sebastian apretó los puños brevemente antes de forzarlos a relajarse.

—Seré profesional. Es todo lo que puedo prometer.

—Es suficiente.

Alistair salió, dejando a Sebastian solo con sus pensamientos y sus demonios. Él regresó al sillón, tomando su pistola nuevamente aunque ya estaba limpia. Las manos necesitaban estar ocupadas. La mente necesitaba enfocarse en algo concreto.

Otra promesa, pensó, con algo frío y pesado instalándose en su estómago. *Otra vida que proteger. Otra persona que podría morir si fallo como fallé con...*

No. No iría por ese camino. No ahora. Tenía trabajo que hacer, planes que formular, una misión que no podía permitirse fracasar.

Tres semanas con Annabelle Thornton. La hermana menor de Margaret. La amiga de Eloise. Una dama que probablemente lo miraría con miedo o disgusto, como hacían todas las mujeres respetables cuando veían sus cicatrices, cuando notaban el vacío en sus ojos.

Solo mantenla viva, se dijo con determinación férrea. *Llévala a Yorkshire, mantenla segura, tráela de vuelta. Simple. Directo. Sin complicaciones.*

El hecho de que ninguna misión en su vida había sido jamás simple no pasó desapercibido por la parte irónica de su cerebro que aún funcionaba.

*****

Dos días después del escándalo…

La mañana londinense entraba por las ventanas del salón privado de Margaret con luz dorada que parecía burlarse del estado emocional de Annabelle. Sentada en el escritorio de caoba junto al ventanal, con su diario de tapas de cuero abierto ante ella, mordía el extremo de su pluma mientras contemplaba las palabras que acababa de escribir.

Han pasado dos días desde el baile de Lady Ashford. Dos días desde que Lord Deveraux me convirtió en espectáculo público. Los sirvientes susurran cuando paso. Las invitaciones han dejado de llegar. Margaret intenta ocultar su preocupación detrás de sonrisas forzadas, pero la veo en sus ojos cada vez que me mira.

Y lo extraño es que debería sentirme destruida. Debería estar llorando en mi habitación, escondida de la vergüenza. Pero lo único que siento es... rabia. Rabia contra Deveraux por usarme como peón. Rabia contra una sociedad que me juzga por una caída orquestada. Rabia contra mí misma por ser tan fácil de manipular.

Pero también... ¿anticipación? Como si algo estuviera a punto de romperse. Como si mi vida predecible y aburrida finalmente fuera a transformarse en algo diferente.

Suspiró y cerró el diario con golpe seco. Su reflejo en el cristal de la ventana le devolvió la mirada: cabello castaño recogido en moño simple, vestido de muselina verde pálido que Margaret insistía le favorecía, ojos avellana que parecían demasiado grandes para su rostro. La hermana menor. La dulce. La que ahora llevaba marca de escándalo como cicatriz invisible.

—Detesto ser predecible —murmuró para sí misma—. Detesto que él pensara que podía romperme tan fácilmente.

Un golpe suave en la puerta la sacó de sus pensamientos oscuros.

— ¿Annabelle? —La voz de Margaret sonaba extrañamente tensa —. Tienes visita.

Ella giró en su silla, frunciendo el ceño.

— ¿Visita? Margaret, nadie ha venido desde... —Se detuvo, tragando el resto de la frase.

—El duque de Rutherford y su esposa. —Margaret abrió la puerta, revelando su rostro marcado por líneas de preocupación—. Dicen que es urgente. Muy urgente. Necesitan hablar contigo.

El corazón de Annabelle dio un vuelco extraño. Conocía bien al duque Alistair Holloway y a su esposa Eloise. Eran amigos cercanos de Margaret, visitantes frecuentes en eventos sociales. Pero una visita no anunciada, especialmente después del escándalo...

— ¿Urgente? —repitió, poniéndose de pie con movimientos automáticos—. ¿Qué podría ser tan urgente?

—No lo sé exactamente. —Margaret se mordió el labio inferior—. Pero Alistair nunca vendría sin razón seria. Baja, por favor. Te están esperando en el salón principal.

El salón principal de la casa de Margaret era elegante sin caer en la ostentación: paredes color crema con molduras doradas discretas, muebles de líneas limpias tapizados en terciopelo azul oscuro, y arreglos de flores frescas que perfumaban el aire con el aroma dulce de lilas recién cortadas. Dos grandes ventanas daban al jardín trasero, donde las rosas de Margaret comenzaban a florecer en tonos rosados y blancos.

El duque de Rutherford se encontraba junto a la chimenea apagada, su figura alta y angular enmarcada por la luz matutina que entraba en columnas doradas. Vestía con la elegancia informal de un hombre que no necesita impresionar a nadie: pantalones oscuros perfectamente planchados, chaleco de seda gris, chaqueta de lana fina que se ajustaba a sus hombros anchos con la precisión de un sastre experto. Su rostro era duro, tallado en líneas severas que hablaban de experiencias difíciles, pero había inteligencia aguda en sus ojos azules.

Su esposa, Eloise, estaba sentada en el sofá de terciopelo azul, con las manos entrelazadas sobre su regazo con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos. Era hermosa de una manera poco convencional: cabello recogido con sencillez, ojos claros que parecían ver demasiado, una boca que sugería tanto dulzura como determinación. Su vestido color crema era elegante pero práctico, sin los adornos excesivos que muchas duquesas considerarían esenciales.

—Annabelle. —Eloise se puso de pie, acercándose con pasos rápidos para tomar sus manos—. Gracias por recibirnos sin aviso previo.

—Por supuesto. —Annabelle miró entre ellos, con el estómago contrayéndose—. ¿Qué sucede? ¿Tiene que ver con el baile?

—Indirectamente. —Alistair se acercó, con expresión grave—. Señorita Thornton, lamento la urgencia de esta visita, pero hemos

recibido inteligencia extremadamente preocupante de nuestros contactos en el gobierno.

— ¿Inteligencia? —repitió Annabelle, confundida—. No entiendo qué...

—El Conde de Ashford. —Eloise apretó sus manos—. Sabemos que ha regresado a Londres. Sabemos que está recopilando información sobre personas cercanas a nosotros. Y creemos que podría intentar usarte para llegar a Margaret. Y a través de Margaret, a mí.

El aire abandonó los pulmones de Annabelle en una exhalación lenta.

— ¿Usarme? ¿Cómo exactamente? Porque si es algo más de lo que ya me hizo pasar en aquel baile donde arruinó mi reputación…

Alistair no endulzó sus palabras.

—Sabemos lo que sucedió esa noche, y por supuesto que estamos más que seguros que su comportamiento fue intachable y él solo quería perjudicarla. Pero créame, eso es una pálida muestra de lo que ese hombre puede hacer para dañar a alguien. Sabemos que recurre a secuestro. Chantaje para obtener información. Posiblemente tortura si considera necesario. O algo peor, dependiendo de cuán desesperado esté.

Debería estar sollozando. Debería estar temblando de terror. Pero junto al miedo genuino que le apretaba las costillas, había algo más: esa chispa de excitación inapropiada que la horrorizaba reconocer. *Finalmente algo está pasando. Finalmente la vida significa algo más que tés y vergüenzas sociales.*

—No —dijo Margaret con voz quebrada desde la puerta—. No permitiré que le pase nada. Alistair, tiene que haber una manera de

protegerla, una forma de…

—La hay. —Eloise se volvió hacia Margaret antes de mirar nuevamente a Annabelle—. Proponemos que vayas al norte inmediatamente. A la propiedad de tu tía en Yorkshire. Ashford no conoce esa conexión familiar. Estarás a salvo allí.

Margaret abrió la boca pero no salieron palabras. Fue Eloise quien habló, con voz suave pero firme, como alguien acostumbrada a dar malas noticias con compasión.

— ¿Huir? —La palabra salió de los labios de Annabelle antes de que pudiera detenerla, cargada de una emoción que no podía nombrar completamente. ¿Era indignación? ¿Decepción? ¿O quizás, vergonzosamente, alivio?

—Protegerte —corrigió Alistair con firmeza—. Hay una diferencia significativa.

— ¿Y viajaría sola? —preguntó Annabelle, levantando la barbilla.

—No. —Alistair caminó hacia la ventana—. Mi hermano Sebastian te escoltará personalmente. Es el mejor soldado que conozco. Un hombre en quien confío con mi vida.

Un movimiento en el jardín capturó la atención de Annabelle en ese preciso momento. Su corazón dio un vuelco involuntario, esa reacción visceral que siempre experimentaba cuando lo veía.

Sebastian Holloway caminaba por el sendero de grava hacia la entrada. Alto, increíblemente alto, con hombros anchos que tensaban la tela de su uniforme militar negro. Cabello oscuro cortado en estilo militar severo. La cicatriz que serpenteaba por su cuello, visible incluso desde esta distancia.

Alto. Extraordinariamente alto, posiblemente rozando el metro noventa, con hombros tan anchos que tensaban la tela de su uniforme militar negro de una manera que sugería músculo sólido bajo la lana. Cabello oscuro, casi negro, cortado en el estilo militar severo que dejaba su rostro completamente expuesto. Incluso desde esa distancia, Annabelle pudo ver una cicatriz que serpenteaba desde algún punto oculto bajo el cuello alto de su camisa blanca, subía por el lado izquierdo de su cuello, y desaparecía detrás de su oreja.

Se movía como un depredador, como los grandes felinos que había visto en ilustraciones de África. No había prisa en su andar, pero tampoco vacilación. Era el caminar de un hombre que había visto el peor lado de la humanidad y había sobrevivido convirtiéndose en algo igual de peligroso.

Entonces levantó la vista, como si sintiera el peso de su mirada, y sus ojos encontraron los de ella a través del cristal de la ventana.

El corazón de Annabelle se detuvo por completo durante un latido interminable.

Es apuesto de esa manera devastadora, pensó, incapaz de apartar la mirada. *Aterrador y magnético. Y no puedo dejar de mirarlo sin importar cuánto debería.*

La puerta del salón se abrió momentos después.

—El Capitán Sebastian Holloway —anunció el mayordomo.

Él entró, y el espacio pareció encogerse. Su presencia llenaba la habitación de manera que no tenía nada que ver con su físico. Era algo más primitivo, más visceral.

Sebastian saludó a su hermano con inclinación de cabeza breve, luego a Eloise con más suavidad. Finalmente, sus ojos se posaron en

Annabelle.

—Señorita Thornton. —Su voz era ronca, áspera—. Es un placer verla nuevamente.

—Capitán Holloway. —Ella correspondió con reverencia leve, consciente de cómo sus ojos la estudiaban—. El placer es mío.

El momento se estiró entre ellos, cargado de esa electricidad inexplicable que siempre existía cuando compartían espacio. Algo chisporroteaba en el aire, haciendo difícil respirar. Finalmente, él apartó la mirada primero, girándose hacia su hermano con movimiento que parecía requerir esfuerzo.

— ¿Le has explicado la situación?

—Sí. —Alistair se acercó—. Estábamos esperándote para discutir los detalles del viaje.

Sebastian asintió, con las manos entrelazándose detrás de su espalda en postura militar perfecta.

—El viaje a Yorkshire tomará aproximadamente tres días. Viajaremos en mi carruaje privado con dos guardias armados. Nos detendremos solo en posadas que considero seguras. La señorita Thornton tendrá su propia habitación en cada parada, y yo dormiré fuera de su puerta.

La forma en que lo dijo, sin emoción, hizo que pareciera más operación militar que viaje de escolta. Annabelle sintió oleada de irritación.

—Suena extraordinariamente incómodo para usted —comentó.

Por primera vez, algo cruzó el rostro de Sebastian. Sorpresa ante el hecho de que ella hubiera hablado sin que le preguntaran.

—La comodidad es irrelevante. Su seguridad no lo es.

— ¿Y mi opinión? —presionó Annabelle, ignorando la mirada de advertencia de Margaret—. ¿Es eso también irrelevante?

Sebastian la miró directamente, y había destello de interés en esos ojos grises.

— ¿Tiene alguna objeción al plan, señorita Thornton?

—Ninguna. —Levantó la barbilla—. Simplemente quería asegurarme de que mi voz fuera escuchada.

El silencio que siguió fue tenso. Alistair intercambió mirada con su esposa. Margaret parecía dividida entre orgullo y preocupación.

Sebastian, sin embargo, casi sonrió. Fue apenas un tirón en la comisura de su boca, pero estuvo allí.

—Entendido. ¿Puede estar lista mañana?

Annabelle sostuvo su mirada.

—Puedo estar lista hoy

Esta vez, la casi-sonrisa fue innegable.

—Entonces nos vamos mañana mismo. Le daré tiempo para despedirse de su hermana y empacar sus cosas sin tanta prisa.

Los hombres salieron para discutir detalles, dejando a las mujeres solas. Eloise se acercó, tomando las manos de Annabelle.

—Sebastian puede parecer... distante. Frío. —Su voz era suave—. Pero no hay nadie en quien confiaría más para protegerte.

—Lo sé. —Annabelle tocó el lugar donde Sebastian había estado parado, como si pudiera sentir el fantasma de su presencia—. Confío en él.

Margaret la llevó arriba, nerviosa.

—Sebastian es intenso, Annabelle. No te asustes de él.

— ¿Debería tener miedo?

—No de él. Nunca de él. —Margaret apretó su mano—. Pero ha visto cosas terribles. Solo... sé paciente con él.

Capítulo 2

Esa tarde, en la casa de Margaret, Annabelle Thornton estaba rodeada de baúles abiertos y montañas de vestidos que su hermana insistía eran absolutamente necesarios para un viaje al campo.

—No necesito doce vestidos para tres semanas en Yorkshire con la tía Beatrice —protestó Annabelle, observando cómo Margaret doblaba meticulosamente un vestido de seda rosa adornado con encajes—. Es ridículo.

—No sabemos exactamente cuánto tiempo estarás allí. —Margaret no levantó la vista, con los dedos trabajando con eficiencia nacida de años de práctica—. Podría ser un mes. Podrían ser tres. Hasta que Alistair esté seguro de que Ashford ya no representa amenaza activa.

Annabelle se dejó caer en el borde de su cama, con las manos jugando nerviosamente con la tela de su falda.

—Margaret, ¿estoy realmente en tanto peligro? ¿O esto es exceso de precaución porque Eloise está preocupada?

Su hermana finalmente se detuvo, girándose para mirarla directamente. Había miedo genuino en sus ojos, miedo que intentaba ocultar detrás de su usual compostura.

—El peligro es real, Annabelle. Ashford es... no es un hombre que hace amenazas vacías. Las personas que se interponen en su camino tienden a desaparecer o sufrir accidentes convenientes. —Hizo una pausa—. No puedo perderte. No permitiré que te use para llegar a mí o a Eloise.

—Entonces, ¿me envías lejos con un desconocido?

—No es un desconocido. —Margaret regresó a su tarea de empacar—. Sebastian es el hermano de Alistair. Un héroe de guerra condecorado. Un hombre en quien mi esposo confía con su vida.

—Pero es... —Annabelle buscó las palabras correctas—. Cada vez que lo veo en eventos sociales, parece tan... distante. Frío. Como si estuviera mirando a través de las personas en lugar de verlas realmente.

Margaret suspiró, dejando el vestido y sentándose junto a su hermana en la cama.

—Sebastian es intenso, no voy a negarlo. La guerra lo cambió de maneras que ninguno de nosotros puede comprender completamente.

Annabelle asintió lentamente, con su estómago contrayéndose con mezcla de aprensión y algo más que no quería examinar demasiado de cerca. Había visto a Sebastian Holloway en múltiples ocasiones: en la boda de Alistair y Eloise, en cenas en Rutherford Hall, en ese baile hace seis meses donde él había permanecido en las sombras observando cómo depredador evaluando terreno.

Cada vez, su corazón había dado ese vuelco inexplicable. Cada vez, había sido consciente de él de manera que no tenía sentido racional.

—Margaret, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Por supuesto.

— ¿Qué le pasó exactamente? En la guerra, quiero decir. ¿Por qué regresó tan... cambiado?

Margaret se puso de pie, caminando hacia la ventana con pasos lentos. Cuando habló, su voz era baja, cargada de tristeza.

—No conozco todos los detalles. Alistair no habla mucho sobre ello, dice que es historia de Sebastian para contar si alguna vez elige hacerlo. —Hizo una pausa—. Pero sé que perdió a su mejor amigo en batalla. Un hombre llamado James. Y sé que Sebastian culpa a sí mismo por esa muerte de maneras que van más allá de la razón.

Annabelle sintió algo apretarse en su pecho, empatía mezclándose con curiosidad.

— ¿Por qué se culpa?

—Porque los sobrevivientes siempre lo hacen. —Margaret se giró —. Porque es más fácil cargar culpa que aceptar que algunas cosas están más allá de nuestro control. Sebastian era el oficial al mando. Y cuando tu gente muere bajo tu mando, incluso si hiciste todo correctamente, el peso de esas muertes nunca te abandona.

Las palabras flotaron en el aire entre ellas, pesadas con verdades incómodas. Annabelle se puso de pie, acercándose a la ventana para pararse junto a su hermana.

—Intentaré ser paciente con él.

—Gracias. —Margaret sonrió—. Y quien sabe, quizás tres semanas en el camino le hagan bien a ambos. Dios sabe que podrías usar un poco de aventura después de... todo lo que ha pasado recientemente.

No mencionó el escándalo del baile directamente, pero ambas sabían a qué se refería. Annabelle apretó los puños brevemente antes de forzarlos a relajarse.

—Sí. Quizás un poco de aventura es exactamente lo que necesito.

Regresaron a la tarea de empacar, trabajando en silencio confortable durante la siguiente hora. Vestidos, ropa interior de lino

fino, chales, zapatos, libros para entretenimiento. Margaret insistía en cada artículo con determinación que no admitía argumentos.

Estaban terminando cuando Annabelle se acercó a la ventana que daba al camino de entrada. El sol de media tarde creaba sombras largas sobre la grava, dorando todo con luz ámbar.

Entonces lo vio. Sebastian Holloway.

El corazón de Annabelle dio un vuelco involuntario, ese mismo vuelco que experimentaba cada vez que lo veía. Su pulso se aceleró en su garganta, las manos comenzaron a temblar ligeramente contra el marco de la ventana.

Cuando pasó bajo una sección donde el sol lo iluminaba directamente, ella pudo ver su perfil con claridad brutal. Mandíbula fuerte cubierta con sombra de barba de uno o dos días. Nariz recta que había sido rota al menos una vez. Labios que parecían más acostumbrados a órdenes cortantes que a sonrisas.

Entonces, como sintiendo su mirada, levantó la vista. Sus ojos encontraron los de ella a través del cristal de la ventana. Grises. Fríos como acero de invierno. Evaluadores.

El momento se congeló, estirándose hasta volverse casi doloroso. Annabelle no podía apartar la mirada, capturada por esa intensidad, por esa sensación de ser vista realmente por primera vez en su vida.

Luego él apartó la mirada, continuando su camino hacia la entrada como si el momento no hubiera significado nada.

Oh no, pensó Annabelle, con las manos apretándose contra el marco de la ventana hasta que sus nudillos se volvieron blancos. *Es hermoso de esa manera devastadora que quita el aliento. Y*

aterrador de una forma que debería hacerme correr en dirección opuesta. Y voy a pasar tres semanas a solas con él en un carruaje.

— ¿Annabelle? —La voz de Margaret la sacó de su trance—. ¿Qué estás mirando?

—Nada. —La mentira salió demasiado rápido—. Solo... el jardín. Los rosales se ven hermosos con esta luz.

Margaret se acercó a la ventana, mirando hacia afuera justo a tiempo para ver la espalda de Sebastian desaparecer por la entrada principal.

—Ah. Sebastian debe haber venido por ti para llevarte a la casa del duque y de allí partir a casa de la tía. —miró a su hermana con expresión que era demasiado conocedora—. ¿Estás segura de que estás bien con esto? Aún hay tiempo para encontrar otra solución si realmente te incomoda la idea de viajar con él.

—Estoy bien. —Annabelle se obligó a alejarse de la ventana, a respirar de manera uniforme—. Es solo... mucho que procesar. El peligro, el viaje, todo.

—Lo sé. —Margaret la abrazó—. Pero confío en Sebastian para mantenerte a salvo. Y cuando todo esto termine, cuando Ashford ya no sea amenaza, volverás a casa y todo será como antes.

Annabelle devolvió el abrazo, pero algo en su interior sabía que su hermana estaba equivocada. Nada sería como antes. Algo había cambiado en ese momento cuando los ojos de Sebastian encontraron los suyos. Algo había despertado que no podía volver a dormirse.

Tres semanas con Sebastian Holloway. Tres semanas para descubrir qué se escondía detrás de esos ojos fríos. Tres semanas

para entender por qué su corazón latía más rápido cada vez que él estaba cerca.

Esto va a ser peligroso, pensó, tocando el lugar sobre su pecho donde su corazón aún galopaba. *Más peligroso que Ashford o Deveraux o cualquier amenaza externa.*

Porque tengo la terrible sensación de que el mayor peligro no viene de los hombres que quieren hacerme daño.

Viene del hombre que se supone debe mantenerme a salvo.

*****

La mañana en Rutherford Hall amaneció con una claridad cristalina que parecía burlarse de la tensión que saturaba el comedor. Annabelle Thornton estaba sentada frente a un plato de huevos revueltos y tostadas con mermelada que no había tocado, con los dedos jugando nerviosamente con el tenedor de plata mientras intentaba no mirar al hombre sentado diagonal a ella.

Sebastian Holloway comía con precisión mecánica: un bocado, masticar, tragar, repetir. Sus ojos grises recorrían la habitación constantemente, catalogando salidas, observando a los sirvientes que entraban y salían con bandejas, analizando cada detalle con la hipervigilancia de un soldado que nunca había aprendido a desconectar ese instinto.

Alistair leía el periódico matutino con concentración que engañaba a nadie. Su esposa Eloise vertía té con movimientos delicados, llenando tazas que permanecían intactas sobre la mesa de roble pulido.

La tensión era tan espesa que Annabelle podía sentirla presionando contra su piel como humedad antes de tormenta.

—Annabelle —dijo Eloise suavemente, dejando la tetera con un clic suave—. Necesitas comer algo, querida. Es un viaje largo hasta la primera parada, y Margaret me mataría si permitiera que partieras con el estómago vacío.

Ella levantó la vista, ofreciendo una sonrisa débil que no alcanzó sus ojos.

—No tengo hambre realmente.

—Coma de todos modos.

La voz de Sebastian cortó el aire como cuchillo bien afilado, fría y sin espacio para argumentos. No la miraba, manteniendo sus ojos en el plato frente a él, pero la autoridad militar en su tono era innegable.

—No nos detendremos hasta el anochecer, excepto brevemente para cambiar caballos. Necesitará su fuerza.

Annabelle lo miró entonces, sorprendida por el tono de comando directo que usaba con ella como si fuera uno de sus soldados subordinados. Su boca se abrió para protestar, para recordarle que ella no era un recluta bajo sus órdenes, pero algo en la rigidez de sus hombros la detuvo. No era crueldad lo que escuchaba. Era preocupación disfrazada de orden militar.

Tomó un bocado de huevos. Eran perfectos, sazonados con hierbas frescas, pero tenían el sabor de cenizas en su boca.

El desayuno continuó en silencio incómodo, interrumpido solo por el sonido ocasional de cubiertos contra porcelana fina. Cuando Alistair finalmente dobló su periódico y se puso de pie, el alivio en la habitación era palpable.

—Sebastian, ¿podemos revisar los últimos detalles en mi estudio antes de que partan?

Su hermano asintió, dejando su servilleta sobre la mesa con precisión militar antes de seguirlo fuera del comedor. Sus pasos resonaban en sincronía perfecta sobre el suelo de mármol del pasillo.

El estudio de Alistair olía a cuero viejo, tabaco de pipa y tinta de escribir. Mapas cubrían el escritorio de roble, marcados con rutas en tinta roja. Dos pistolas adicionales descansaban junto a cajas de munición y documentos sellados con lacre oscuro.

— ¿Estás preparado? —preguntó Alistair, cerrando la puerta con llave detrás de ellos.

—Es una escolta simple. —Sebastian examinó las armas con ojo crítico—. He realizado cientos de misiones más complicadas que esta durante mi servicio.

—No como esta. —Alistair se volvió para mirarlo directamente—. Margaret es la mejor amiga de Eloise. Son como hermanas en todo excepto sangre. Si algo le pasa a Annabelle, si Ashford logra alcanzarla de alguna manera...

—Nada le pasará.

La firmeza en su voz no admitía debate. Sebastian tomó una de las pistolas, verificando el mecanismo con movimientos expertos que no requerían pensamiento consciente.

Una pausa incómoda se extendió entre ellos, llena de palabras no dichas que pesaban más que las pronunciadas. Alistair se acercó, colocando una mano en el hombro de su hermano en gesto que contenía años de historia compartida.

—Pero hay algo más que debes saber. ¿Recuerdas a Lord Deveraux? El aristócrata que estuvo en aquellas reuniones secretas con Pemberton hace dos años.

Sebastian levantó la vista, con los ojos entrecerrándose.

—El que estuvo en reuniones con Pemberton. El que tenía conexiones sospechosas en Francia.

—Exacto. Nuestras investigaciones han revelado algo perturbador. —Alistair caminó hacia la ventana—. Deveraux y Ashford no eran simplemente asociados ocasionales. Financiaron la conspiración completa juntos. Fueron socios iguales en cada aspecto, desde la planificación hasta la ejecución.

Sebastian guardó la pistola en el interior de su chaqueta, ajustando la tela para ocultar el bulto revelador.

— ¿Tienes pruebas sólidas o solo conexiones circunstanciales?

—Fragmentos. Pero creemos que hay documentación más completa en propiedades del norte. —Alistair se giró—. Si encuentras algo sobre Deveraux durante el viaje, cualquier cosa que pueda ayudarnos a localizarlo o entender sus planes actuales...

—Lo traeré.

Alistair volvió a acercarse, con expresión volviéndose más personal que profesional.

—Y hermano, sobre la señorita Thornton. La miras de manera diferente a como miras a otras personas.

Sebastian se tensó visiblemente, con los músculos de su mandíbula apretándose hasta que una vena pulsó en su sien.

—No sé de qué hablas. La miro como miraría a cualquier persona bajo mi protección.

—Yo también negué lo que sentía por Eloise al principio. —Una sonrisa pequeña cruzó los labios de Alistair—. Insistí en que era solo deber, solo responsabilidad profesional. Mira cómo terminó eso.

—No es lo mismo en absoluto.

— ¿No? —Alistair estudió a su hermano—. Solo ten cuidado. Con tu corazón tanto como con su seguridad física.

El tiempo pasó en un torbellino. Vestidos, ropa interior, libros, todo empacado en dos baúles. Cuando bajaron, Sebastian estaba esperando en el vestíbulo.

Había cambiado a ropa de viaje: pantalones de montar oscuros, botas altas, chaleco de cuero, chaqueta que ocultaba parcialmente la pistola en su cintura.

Sus ojos se encontraron brevemente. Esa chispa. Ese calor inexplicable.

— ¿Dos baúles? —preguntó, con toque de diversión—. ¿Para tres semanas?

—Los baúles eran idea de Margaret —respondió Annabelle—. Yo habría llevado uno.

—Por supuesto.

Las despedidas fueron rápidas y emotivas. Margaret lloró, abrazándola con fuerza. Eloise le susurró que fuera valiente. Alistair asintió con confianza.

Entonces Sebastian le ofreció su mano para ayudarla a subir al carruaje. Sus dedos se encontraron, cálidos a pesar de los guantes. El contacto duró apenas segundos, pero fue suficiente para enviar corriente eléctrica por su brazo.

El interior del carruaje era elegante pero funcional. Sebastian subió y se sentó frente a ella, manteniendo distancia respetable.

—Será un viaje largo —dijo mientras el carruaje comenzaba a moverse—. Si necesita algo, solo pida.

—Gracias.

El silencio se instaló, pesado. Annabelle miró por la ventana mientras Londres desfilaba lentamente. Cuando el carruaje giró en una esquina y un rayo de sol iluminó el perfil de Sebastian, vio algo en su expresión que la hizo reconsiderar. No era indiferencia. Era control férreo sobre algo oscuro y turbulento.

Esto es peligroso, pensó, reprimiendo una sonrisa. *Esto es exactamente lo que he estado esperando.*

Mientras Londres desaparecía detrás de ellos y el camino hacia Yorkshire se extendía adelante, Sebastian finalmente habló.

— ¿Tiene miedo, señorita Thornton?

Annabelle lo miró directamente.

— ¿Debería tenerlo?

Por un momento, algo oscuro cruzó su rostro.

—Probablemente. Probablemente debería tener mucho miedo.

Pero sus palabras solo avivaron esa chispa en su pecho. Annabelle sonrió, pequeña y desafiante.

—Qué conveniente. Resulta que no me asusto fácilmente, señor.

Sebastian la observó durante un momento largo. Entonces, para su sorpresa, sonrió. No fue mucho, pero fue real.

—Esto va a ser interesante.

Y mientras Londres desaparecía completamente y el camino hacia Yorkshire se extendía adelante, Annabelle no pudo estar más de acuerdo. La aventura había comenzado. Y tenía la sensación de que sería mucho más complicada, más peligrosa, y más transformadora de lo que cualquiera de sus fantasías escritas había imaginado.

Annabelle estaba sentada en su lado del vehículo, mirando por la ventana mientras Londres desaparecía lentamente, reemplazado por campos verdes y granjas dispersas bajo el sol matutino.

Sebastian ocupaba el asiento opuesto, manteniendo esa distancia respetable que parecía calculada al milímetro. Había sacado una de sus pistolas y la estaba limpiando con movimientos metódicos, automáticos, hipnóticos en su precisión repetitiva.

El silencio se extendió durante la primera hora, pesado como manta mojada. Annabelle intentó concentrarse en el paisaje cambiante, en las ovejas pastando en colinas ondulantes, en los pueblos pequeños que aparecían y desaparecían. Pero su atención seguía siendo arrastrada de vuelta hacia el hombre frente a ella, hacia esas manos que manejaban el metal con familiaridad íntima.

— ¿Siempre hace eso? —preguntó finalmente, incapaz de soportar el silencio por más tiempo.

— ¿Qué? —Él no levantó la vista de su tarea.

—Limpiar su arma constantemente. Como si esperara usarla en cualquier momento. Como si el peligro fuera a aparecer en cada curva del camino.

—Porque quizás tenga que hacerlo. —Su voz era plana, sin inflexión—. La preparación constante es lo que mantiene a las personas vivas en situaciones peligrosas.

El silencio volvió a caer, pero ahora vibraba con tensión diferente. Annabelle lo observaba mientras él continuaba su trabajo, notando la forma en que sus dedos largos manejaban cada pieza con cuidado experto, la cicatriz que serpenteaba por su cuello y desaparecía bajo su collar blanco.

— ¿Cuántas veces ha tenido que usarla? —preguntó ella—. Su pistola, quiero decir. ¿Cuántas veces ha disparado realmente a alguien?

Sebastian finalmente levantó la vista, con esos ojos grises clavándose en los suyos con intensidad que robaba el aliento.

—No es conversación apropiada para una dama de su posición y crianza, señorita Thornton.

—Quizás no soy la dama que usted cree que soy. —Annabelle levantó la barbilla en ese gesto desafiante que estaba volviéndose su marca personal con él.

Una chispa de algo, ¿interés genuino?, cruzó el rostro habitualmente impasible de Sebastian.

— ¿No lo es?

—Leo novelas que mi hermana consideraría escandalosas. Escribo historias que quemaría si las encontrara. —Las palabras salían más rápido ahora, impulsadas por algo que no podía nombrar—. Y no me

desmayo ante la mención de violencia o muerte o cualquiera de esas cosas que supuestamente deben horrorizar a las mujeres delicadas.

— ¿Pero? —presionó él, dejando la pistola a un lado y dándole toda su atención por primera vez desde que partieron.

—Pero nunca la he visto realmente. La violencia, quiero decir. Nunca he estado en peligro genuino. —Hizo una pausa, con las manos apretándose en su regazo—. Y tengo curiosidad sobre cómo es. Sobre cómo se siente enfrentar algo verdaderamente peligroso.

Sebastian se tensó visiblemente, con los músculos de sus hombros poniéndose rígidos bajo su chaqueta de viaje.

—La curiosidad sobre la violencia es peligrosa, señorita Thornton. Es una puerta que, una vez abierta, no puede cerrarse de nuevo. Lo que se ve no puede deshacerse jamás.

—Annabelle. —Ella sostuvo su mirada sin pestañear—. Y quizás el peligro es exactamente lo que necesito. Quizás he estado demasiado protegida durante demasiado tiempo.

Él la observó durante un momento largo, con algo oscuro moviéndose detrás de sus ojos como sombras bajo agua. *Esta mujer no es lo que esperaba*, pensó, perturbado por cuánto eso lo afectaba. *Pensé que sería frágil, que necesitaría consuelo constante y protección de cada sombra. Pero hay fuego genuino debajo de esa superficie apropiada. Fuego que podría quemarme si no tengo extremo cuidado.*

Lo hice enojar, pensó Annabelle, observando la tensión en su mandíbula, el músculo que pulsaba en su mejilla. *¿Por qué eso me emociona en lugar de asustarme? ¿Qué clase de mujer soy que busco provocar reacciones en un hombre tan peligroso?*

El carruaje se detuvo cerca del mediodía en una posada pequeña pero respetable con un letrero pintado que decía "El Ciervo Dorado". El edificio era de piedra gris con ventanas de vidrio emplomado que brillaban bajo el sol de mediodía.

Sebastian bajó primero con movimientos fluidos, luego se volvió para ofrecer su mano enguantada a Annabelle. Sus dedos se encontraron a través de las capas de cuero y seda, y esa chispa eléctrica que había experimentado antes volvió a recorrerla como relámpago en tormenta de verano.

Sus ojos se encontraron brevemente, y ella vio algo en su mirada, algo caliente y peligroso que desapareció tan rápido que pudo haberlo imaginado. Él soltó su mano abruptamente, apartándose como si el contacto lo quemara incluso a través de las capas de tela que los separaban.

El posadero era un hombre rechoncho con mejillas rojas y delantal manchado, con una sonrisa profesional que se amplió al verlos descender del elegante carruaje.

— ¡Bienvenidos, señor! ¿Una habitación para usted y la señora?

—Dos habitaciones. —La voz de Sebastian era cortante como vidrio roto—. Separadas. En extremos opuestos del pasillo si es posible.

El posadero parpadeó, su mirada yendo de Sebastian a Annabelle con curiosidad apenas disimulada que rayaba en lo inapropiado.

— ¿Su esposa, señor?

—Mi protegida. —Cada palabra era como hielo—. Dos habitaciones. Inmediatamente.

El hombre se apresuró a cumplir, llevándolos a un comedor pequeño mientras preparaban las habitaciones según las especificaciones exactas del Capitán. El lugar estaba medianamente lleno con viajeros y trabajadores locales almorzando. El aroma de estofado de cordero y pan recién horneado llenaba el aire con promesa de comida sustancial después de horas de viaje.

Se sentaron en una mesa en la esquina, con Sebastian posicionándose de manera que pudiera ver toda la habitación y ambas salidas, esa hipervigilancia militar que nunca descansaba. Annabelle pidió sopa y pan, su estómago finalmente reclamando atención después de ignorar el desayuno. Él ordenó lo mismo pero apenas tocó su comida, con los ojos constantemente escaneando el entorno en busca de amenazas potenciales.

Estaban a mitad de su comida cuando un hombre borracho se separó del bar tambaleándose y se acercó a su mesa con pasos inestables. Era grande, con manos como jamones y una barba descuidada manchada de cerveza y restos de comida que sugería días sin aseo apropiado.

—Bonita cosa tenemos aquí —dijo arrastrando las palabras, con los ojos recorriendo a Annabelle de una manera que la hizo querer encogerse en su silla—. ¿Qué hace una dama fina como tú viajando con un tipo tan serio y silencioso? Apuesto a que un hombre más alegre podría mostrarte mejor tiempo.

Sebastian se puso de pie en un movimiento que fue pura amenaza líquida. Su altura completa y la frialdad letal en sus ojos hicieron que el borracho retrocediera medio paso, tropezando con su propia torpeza alcohólica.

—Aléjese de esta mesa. Ahora mismo.

—Solo estoy siendo amigable, señor. No hay necesidad de ponerse así. —El hombre levantó las manos en falsa rendición, pero

su mirada volvió a Annabelle con lascivo interés que la hizo sentir sucia—. Si no es tu mujer legítima, entonces no importa que otros hombres admiren la mercancía disponible...

No terminó la frase. Sebastian se movió más rápido de lo que Annabelle podía seguir con los ojos, agarrándola por el brazo y tirando de ella hacia él con fuerza que la dejó sin aliento. Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, antes de que pudiera siquiera inhalar, sus labios estaban sobre los suyos.

El beso fue brutal en su intensidad, posesivo hasta rayar en violencia contenida, sin gentileza ni pretensión de romance o cortesía victoriana. Sus labios se aplastaron contra los de ella con fuerza que bordeaba el dolor exquisito, reclamando, marcando territorio frente a todos los presentes en ese comedor lleno de testigos. Una de sus manos se hundió en su cabello, deshaciendo el moño cuidadoso que su doncella había creado esa mañana, sosteniéndola en su lugar mientras la consumía con ese beso que era más declaración de guerra que muestra de afecto.

Annabelle se congeló durante un latido eterno, shock paralizándola hasta la médula de sus huesos. El olor de él la envolvía como humo: cuero curtido, jabón masculino con aroma a pino, algo más oscuro que no podía nombrar pero que reconocía a nivel primitivo. Podía sentir el calor de su cuerpo incluso a través de las múltiples capas de ropa que los separaban, el sonido de su respiración controlada contra su oído, el latido de su corazón martilleando contra su pecho.

Luego algo explotó dentro de ella, algo salvaje y hambriento que no sabía que poseía hasta ese momento preciso. Sus manos volaron hacia su chaqueta, agarrando la tela como si fuera lo único que la mantenía anclada a la tierra que se movía bajo sus pies. Respondió sin pensar, sin permitirse considerar las consecuencias sociales o morales, presionándose contra él con un anhelo que la aterrorizaba reconocer en sí misma.

Sebastian se congeló a su vez, como si su respuesta apasionada lo hubiera sacudido hasta la médula de sus huesos. Se apartó bruscamente, con su respiración tan irregular como la de ella, con sus pupilas dilatadas hasta casi consumir el gris de su iris. Sus ojos se encontraron, ambos jadeando, ambos perdidos en algo que ninguno de los dos entendía ni podía controlar.

—Es mía —dijo Sebastian con voz ronca que resonó en el silencio súbito del comedor, mirando al borracho por encima del hombro de Annabelle—. ¿Entendido perfectamente? Pertenece a mí en todos los sentidos que importan. Tócala, mírale siquiera de nuevo con esos ojos lascivos, y será lo último que hagas en esta vida o en la próxima.

El hombre huyó, tropezando con sillas en su prisa por alejarse de la amenaza letal que emanaba de Sebastian como calor de fragua. El comedor entero había caído en un silencio expectante, todos los ojos clavados en ellos con mezcla de shock, fascinación y algo que podría haber sido envidia.

Sebastian soltó a Annabelle lentamente, con las manos temblando apenas perceptiblemente mientras se apartaba y ponía distancia apropiada entre sus cuerpos.

—Perdone la intrusión. —su voz era tensa como cuerda de violín a punto de romperse—. Era necesario para su protección. Para establecer... para asegurar que nadie más se atreviera a acercarse inapropiadamente...

—Lo entiendo. —La voz de Annabelle era apenas un susurro tembloroso que apenas podía escuchar sobre el rugido de sangre en sus oídos—. Fue necesario. Para mantener las apariencias.

Se sentaron de nuevo, pero ninguno pudo continuar comiendo. El aire entre ellos vibraba con tensión eléctrica que hacía difícil respirar normalmente, que cargaba cada molécula con posibilidades

peligrosas. Annabelle no podía dejar de mirar sus labios, recordando la presión brutal, el calor abrasador, la forma en que había reclamado su boca como si tuviera derecho absoluto a hacerlo. Él no podía dejar de mirar los de ella, hinchados y enrojecidos por su ataque, más tentadores ahora que antes de haberlos probado.

¿Qué demonios acabo de hacer?, pensó Sebastian, con pánico comenzando a filtrarse a través del shock y el deseo residual. *La besé como si tuviera derecho. Como si fuera mía de verdad. Como si pudiera reclamarla frente a todos estos testigos. ¿Qué me está pasando?*

Debería estar furiosa, pensó Annabelle, tocando sus labios con dedos temblorosos que aún podían sentir la presión de los suyos. *Debería exigir disculpas formales. Debería estar escandalizada hasta la médula. Pero lo único que quiero, Dios me perdone, es que lo haga de nuevo.*

Terminaron su comida en silencio tenso que parecía gritar más fuerte que cualquier palabra, y subieron a sus habitaciones separadas sin mirarse directamente a los ojos. Sebastian la escoltó hasta su puerta, verificó la habitación con eficiencia militar que no dejaba rincón sin examinar en busca de amenazas ocultas, y asintió bruscamente antes de retirarse a la suya al otro lado del pasillo estrecho.

Annabelle se dejó caer en la cama, con el corazón todavía martilleando contra sus costillas como pájaro enjaulado. Podía escuchar sus pasos en la habitación contigua, el crujido de la cama cuando se sentó, el sonido de botas cayendo al suelo de madera con golpes sordos.

Esa noche, Sebastian Holloway no pudo dormir a pesar del agotamiento que pesaba en sus huesos. Estaba acostado en una cama demasiado pequeña para su altura considerable, mirando el

techo agrietado mientras la luz de la luna se filtraba por cortinas delgadas que hacían poco por bloquear la claridad nocturna.

El beso lo perseguía, reproduciéndose una y otra vez en su mente con claridad brutal que no podía apagar sin importar cuánto lo intentara. Sus labios habían sido perfectos contra los suyos. Suaves como pétalos de rosa, cálidos como sol de verano, receptivos cuando finalmente respondió con ese fuego que había escondido tan bien bajo su exterior apropiado. La forma en que se había aferrado a su chaqueta, como si no pudiera soportar dejarlo ir. El pequeño sonido que había hecho en el fondo de su garganta cuando profundizó el beso por una fracción de segundo antes de recuperar la cordura.

Esto es peligroso, pensó, con las manos apretándose en puños sobre las sábanas ásperas que olían a lavanda y jabón barato. *Más peligroso que cualquier misión militar que he aceptado jamás. No puedo quererla. No puedo permitirme sentir nada por ella más allá de responsabilidad profesional. Todos los que amo terminan muriendo. Todos los que me importan terminan destruidos por mi culpa, por mi fracaso.*

El pensamiento trajo imágenes que había pasado años intentando enterrar en lo más profundo de su mente donde ni siquiera él pudiera alcanzarlas. Rostros de camaradas caídos en campos de batalla extranjeros. Sangre oscura en nieve blanca inmaculada. Gritos que todavía escuchaba en momentos tranquilos cuando bajaba la guardia.

Se quedó dormido finalmente cerca del amanecer, exhausto por la batalla interna que nunca terminaba realmente, que lo perseguía sin importar cuántos kilómetros pusiera entre él y aquellos campos de muerte. El sueño no trajo paz. Nunca lo hacía.

La pesadilla lo golpeó como siempre lo hacía, con la fuerza de martillo contra yunque: el campo de batalla envuelto en humo, el sonido ensordecedor de disparos que hacían eco en sus oídos, el

olor a pólvora y sangre que saturaba el aire hasta hacerlo irrespirable. Corriendo a través del humo denso, buscando desesperadamente entre los cuerpos caídos que cubrían la tierra como alfombra macabra. Encontrando finalmente lo que buscaba y deseando con cada fibra de su ser no haberlo hecho.

— ¡James! —El grito desgarró su garganta como cristal roto—. ¡No! ¡Por favor, Dios misericordioso, no!

Se arrodilló en el barro mezclado con sangre, sosteniendo el cuerpo roto de su mejor amigo, sintiendo la vida abandonarlo en espasmos irregulares que no podía detener sin importar cuánta presión aplicara a las heridas que sangraban sin control.

— ¡Perdóname! —sollozó, con lágrimas mezclándose con la sangre en su rostro—. ¡Dios, perdóname! Debería haber sido yo. ¡Debería haber sido yo quien cayera en tu lugar!

Sebastian despertó con un jadeo ahogado, empapado en sudor frío que le pegaba la camisa al cuerpo como segunda piel. Tomó varios segundos orientarse, recordar dónde estaba, separar la pesadilla de la realidad. La posada. El viaje. Annabelle.

En la habitación contigua, Annabelle había despertado al sonido de su grito desgarrado. Estaba sentada en su cama, con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando atentamente a través de la pared delgada que los separaba. Podía oír su respiración irregular, entrecortada, el crujido de la cama cuando se movía inquieto, tratando de escapar de demonios que lo perseguían incluso en sueños.

¿Quién es James?, se preguntó, con curiosidad mezclándose con preocupación genuina que la sorprendió por su intensidad. *¿Y qué le hizo que lo atormenta incluso en sueños años después de que presumiblemente terminara la guerra?*

No intervino, aunque cada instinto le decía que fuera hacia él, que ofreciera consuelo de la única manera que sabía. En cambio, permaneció despierta el resto de la noche, escuchando sus movimientos inquietos, preguntándose qué demonios perseguían al hombre que la había besado como si fuera su salvación y su condena a la vez.

Cuando amaneció con luz gris y fría, ambos bajaron para el desayuno temprano con ojeras pronunciadas y expresiones cuidadosamente neutrales que ocultaban todo lo que habían experimentado durante la noche. No mencionaron el beso que había cambiado algo fundamental entre ellos. No hablaron de la pesadilla que había revelado grietas en su armadura. Subieron al carruaje en silencio cargado de significados no dichos y continuaron su viaje hacia Yorkshire.

El beso había sido para protegerla, se decía Sebastian con determinación férrea. Solo estrategia militar. Solo necesario para establecer su reclamo territorial y mantenerla segura.

Annabelle se repetía las mismas mentiras con igual convicción: había sido actuación. Nada personal. Solo un hombre haciendo su trabajo de la manera más efectiva posible.

Pero ambos sabían que era mentira. Ambos habían sentido más, mucho más de lo que ninguno quería admitir incluso en la privacidad de sus propios pensamientos. Y ahora no podían ignorarlo, sin importar cuánto lo intentaran o cuántas capas de negación construyeran.

El camino se extendía adelante, interminable y lleno de posibilidades peligrosas. Con cada kilómetro que recorrían, la tensión entre ellos crecía como tormenta acumulándose en el horizonte, lista para estallar y destruir todo a su paso, lista para cambiar sus vidas de maneras que ninguno de los dos podía anticipar.

Capítulo 3

La mañana del segundo día amaneció con una niebla obstinada que se adhería al paisaje como un velo de gasa húmeda. Annabelle Thornton observaba el camino desde la ventanilla del carruaje, consciente del silencio pesado que se había instalado entre ella y Sebastian Holloway desde el beso del día anterior. El capitán mantenía la vista fija en el horizonte, su perfil cincelado tan inmóvil como una estatua de mármol.

Había algo diferente en él aquella mañana. La tensión en sus hombros sugería un arrepentimiento que él jamás verbalizaría, un remordimiento que se manifestaba en cada centímetro de distancia que mantenía entre ambos. Annabelle apretó los dedos sobre su regazo, resistiendo el impulso de romper aquel silencio incómodo.

Las horas se arrastraron con una lentitud cruel. Ella intentó concentrarse en el paisaje cambiante, en los campos verdes que daban paso a bosques densos, pero su atención regresaba invariablemente al hombre sentado frente a ella.

Cuando el sol alcanzó su punto más alto, Sebastian golpeó el techo del carruaje con el puño.

—Pararemos aquí —anunció con voz áspera—. Los caballos necesitan descansar y la dama también.

El lugar que eligió era un claro junto a un río cuyas aguas fluían con un murmullo constante. Annabelle descendió del carruaje antes de que él pudiera ofrecerle la mano, sus botas chapoteando ligeramente sobre el suelo húmedo. El aire fresco era un alivio después de las horas de confinamiento, y ella inhaló profundamente mientras caminaba hacia la orilla del agua.

No había dado más de veinte pasos cuando escuchó sus botas siguiéndola. Por supuesto que la seguiría. El capitán Holloway jamás permitiría que ella se alejara sin protección, incluso en un lugar aparentemente desierto como aquel.

— ¿Siempre es tan silencioso? —preguntó ella sin voltear, observando cómo la corriente arrastraba hojas caídas.

El silencio se extendió tanto que pensó que él no respondería. Cuando finalmente habló, su voz tenía una cualidad distante, como si hablara desde algún lugar lejano dentro de sí mismo.

—La guerra enseña que las palabras son peligrosas.

Annabelle se volvió hacia él, estudiando su expresión cerrada. Sebastian mantenía las manos entrelazadas a la espalda, su postura militar impecable incluso en aquel momento de supuesta relajación.

— ¿Cómo pueden ser peligrosas las palabras?

Los ojos de él se encontraron con los suyos, y por un instante, Annabelle vislumbró algo oscuro y atormentado en aquellas profundidades grises.

—Porque hacen promesas que no puedes cumplir.

El peso de aquella declaración cayó entre ellos como una piedra en aguas tranquilas. Annabelle dio un paso hacia él, su curiosidad superando su cautela.

— ¿Le hizo una promesa a alguien? —preguntó con suavidad—. ¿Y no pudo cumplirla?

La transformación en Sebastian fue inmediata y violenta. Cada músculo de su cuerpo se tensó como un cable a punto de romperse,

su mandíbula se apretó con tanta fuerza que ella pudo ver el pulso latiendo furiosamente en su sien.

—Eso no es asunto suyo —espetó con una frialdad que contrastaba agudamente con la calidez del sol sobre ellos.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y se alejó hacia el carruaje con pasos largos y rígidos. Annabelle permaneció inmóvil junto al río, observándolo marchar mientras su mente trabajaba febrilmente. Había tocado algo doloroso, una herida que aún sangraba bajo la superficie de su compostura militar. Había un secreto ahí, oscuro y pesado, algo que lo perseguía con la tenacidad de un fantasma.

El resto del viaje transcurrió en un silencio aún más denso que antes. Sebastian no volvió a dirigirle la palabra excepto para informarle que pasarían la noche en la siguiente posada del camino. Cuando finalmente se detuvieron frente a un edificio de piedra con ventanas iluminadas por lámparas de aceite, el crepúsculo ya había teñido el cielo de tonos violáceos y a Anabelle le dolía todo.

El posadero, un hombre robusto con delantal manchado, los recibió con una sonrisa que se desvaneció rápidamente cuando Sebastian preguntó por habitaciones.

—Lo siento, señor —dijo el hombre, frotándose las manos con nerviosismo—. Solo queda una. Ha habido una feria en el pueblo vecino y...

Sebastian maldijo entre dientes, un sonido bajo y gutural que hizo que el posadero retrocediera un paso. Annabelle sintió la tensión irradiando del capitán en oleadas casi palpables.

—La tomaremos —declaró ella con firmeza antes de que Sebastian pudiera decir algo que los dejara durmiendo en el establo.

Sebastian la miró con incredulidad apenas contenida.

—Señorita Thornton...

— ¿Qué más se puede hacer?—dijo ella.

—Dormiré en el pasillo —anunció él con voz tensa.

Annabelle alzó una ceja, consciente de que el posadero observaba el intercambio con interés mal disimulado.

—No sea ridículo —replicó ella—. La habitación es lo suficientemente grande, según entiendo.

El posadero asintió vigorosamente.

—Oh, sí, milady. Es nuestra mejor habitación. Muy espaciosa.

Sebastian apretó la mandíbula con tanta fuerza que Annabelle se preguntó si terminaría rompiéndose algún diente. Sin embargo, asintió bruscamente y siguió al posadero escaleras arriba, con Annabelle caminando detrás de ellos.

La habitación era, efectivamente, espaciosa. También contenía una sola cama enorme con dosel de terciopelo oscuro, una silla de madera en la esquina que lucía decididamente incómoda, y una ventana que daba a los establos. Sebastian permaneció inmóvil en el umbral, su mirada fija en la cama como si fuera un campo de batalla por conquistar.

—Yo dormiré ahí —dijo finalmente, señalando la silla con un gesto de su barbilla.

Annabelle dejó su bolso de viaje sobre una pequeña mesa y comenzó a quitarse los guantes, tirando de cada dedo con movimientos deliberados.

— ¿En esa silla incómoda?

—Es adecuado.

—No lo es —contradijo ella, doblando los guantes cuidadosamente—. Podemos compartir la cama. Como adultos civilizados.

Sebastian se volvió hacia ella tan rápidamente que su capa ondeó dramáticamente. Sus ojos ardían con una intensidad que hizo que el estómago de Annabelle se contrajera.

—Señorita Thornton...

—Annabelle —lo interrumpió ella, sosteniéndole la mirada—. Y confío en usted. ¿No confía en usted mismo?

Fue un golpe bajo y ambos lo sabían. Los ojos de Sebastian se entrecerraron peligrosamente mientras cruzaba el espacio que los separaba con pasos medidos. Se detuvo a escasos centímetros de ella, tan cerca que Annabelle pudo ver las pequeñas vetas doradas en sus iris grises.

—No —dijo él, su voz descendiendo a un registro grave y peligroso que hizo que algo se tensara en el vientre de ella—. No confío en mí mismo cerca de usted.

El aire entre ellos pareció electrizarse. Annabelle podía sentir el calor emanando del cuerpo de él, podía oler el aroma a cuero y algo almizclado que era puramente masculino. Su pulso se aceleró traicioneramente en su garganta.

—Entonces supongo —murmuró ella, sorprendida por la firmeza de su propia voz— que tendrá que encontrar algo de autocontrol, capitán.

Sebastian retrocedió como si ella lo hubiera golpeado. Sin decir otra palabra, giró hacia la silla de la esquina, se dejó caer en ella con movimientos rígidos, y cerró los ojos con firmeza. La conversación había terminado.

Annabelle se preparó para dormir detrás del biombo, quitándose el vestido con dedos que temblaban ligeramente. Se había comportado con una audacia que jamás habría soñado posible hace apenas dos días. ¿Qué le estaba sucediendo? Este hombre, con sus silencios cargados y sus secretos oscuros, estaba despertando algo en ella que no sabía que existía.

Se metió en la cama enfundada en su camisola de algodón blanco, consciente de cada sonido que Sebastian hacía en su esquina. El crujido de la silla bajo su peso, su respiración controlada y medida, el roce ocasional de la tela cuando cambiaba de posición buscando imposible comodidad.

Las horas pasaron con una lentitud exasperante. Annabelle permaneció inmóvil, mirando las sombras que la luz de la luna proyectaba sobre el techo. Cada fibra de su ser estaba intensamente consciente del hombre sentado a pocos metros de distancia, sufriendo en aquella maldita silla porque su sentido del honor no le permitía compartir la cama con ella.

Finalmente, cuando el silencio se volvió insoportable, se levantó. La madera fría bajo sus pies descalzos la hizo estremecerse mientras caminaba hacia la ventana. La luna llena iluminaba el patio con una luz plateada y fantasmal.

— ¿No puede dormir? —la voz de Sebastian surgió de la oscuridad, haciéndola sobresaltar.

Ella se volvió hacia él, distinguiendo apenas su silueta en la penumbra.

—No —admitió—. Y usted tampoco, aparentemente.

Sebastian se levantó de la silla con un suspiro apenas audible. Sus pasos eran silenciosos sobre el suelo de madera mientras se acercaba a ella. La luz de la luna lo bañó cuando alcanzó la ventana, transformando su rostro en un estudio de claroscuros, todo ángulos marcados y sombras profundas.

—Debería intentar dormir —dijo él, aunque no sonó como una sugerencia sino como una súplica—. Mañana será largo.

Annabelle reunió todo su coraje antes de hacer la pregunta que había estado quemándola por dentro.

— ¿Por qué me besó ese día?

Sebastian desvió la mirada hacia la ventana.

—Ya lo sabe. Era necesario. Para convencer a esos hombres.

— ¿Solo eso? —insistió ella, volviéndose completamente hacia él.

Ahora estaban muy cerca, demasiado cerca. Annabelle podía ver el pulso latiendo en la base de su garganta, podía sentir el calor de su cuerpo a través de la fina tela de su camisola.

— ¿Qué quiere que diga? —preguntó Sebastian, su voz ronca como papel de lija.

Annabelle alzó la barbilla, sosteniéndole la mirada con una valentía que no sabía que poseía.

—La verdad.

Sebastian cerró los ojos brevemente, como si estuviera librando alguna batalla interna. Cuando los abrió nuevamente, había algo

feroz y hambriento en su mirada que hizo que la respiración de Annabelle se atascara en su garganta.

—La verdad es que no debí hacerlo —dijo él lentamente, cada palabra pareciendo arrancada de algún lugar profundo dentro de su pecho—. Y que quiero hacerlo de nuevo.

El mundo se redujo a los escasos centímetros que los separaban. Sebastian levantó una mano, sus dedos deteniéndose a milímetros de su mejilla, temblando ligeramente como si luchara contra sí mismo. Annabelle contuvo el aliento, cada nervio de su cuerpo vibrando con anticipación.

Él se inclinó hacia ella, tan despacio que fue una exquisita agonía. Sus labios estaban a centímetros de distancia, sus respiraciones mezclándose en el espacio estrecho entre ellos. Annabelle cerró los ojos, su cuerpo inclinándose instintivamente hacia el de él.

Y entonces, con un sonido estrangulado que podría haber sido un gemido o una maldición, Sebastian retrocedió violentamente.

—No —dijo con voz áspera, pasándose ambas manos por el cabello con frustración—. Esto no puede pasar.

Regresó a su silla con pasos rígidos, dejando a Annabelle junto a la ventana, jadeando como si hubiera corrido una gran distancia. La frustración ardía en su pecho como brasas, mezclándose con confusión y algo más oscuro, más primitivo.

Se obligó a regresar a la cama, donde permaneció despierta durante lo que parecieron horas, escuchando la respiración irregular de Sebastian desde su rincón autoimpuesto de penitencia.

Debió quedarse dormida en algún momento porque la despertó un grito.

Un grito desgarrador, lleno de agonía y desesperación, que heló su sangre. Annabelle se incorporó de inmediato, su corazón martilleando contra sus costillas mientras sus ojos buscaban a Sebastian en la oscuridad.

Él estaba en la silla aún, pero su cuerpo se retorcía como si estuviera siendo torturado. Otro grito brotó de su garganta, las palabras ininteligibles excepto por fragmentos: "¡James! ¡No! ¡Perdóname!"

Annabelle saltó de la cama y corrió hacia él, su entrenamiento como mujer práctica superando cualquier consideración de decoro. Tocó su hombro con firmeza.

—Sebastian. Estás a salvo. Estás...

Las manos de él la agarraron del cuello con fuerza brutal antes de que pudiera terminar la frase. Sus ojos estaban abiertos pero no veían, perdidos en algún horror que solo él podía percibir. Los dedos apretaron con la fuerza de un soldado entrenado para matar.

Annabelle no gritó. En cambio, mantuvo su voz firme y calmada.

—Sebastian. Soy yo. Annabelle. Estás en la posada. Estás a salvo.

Vio el momento exacto en que sus ojos enfocaron, en que la realidad regresó a ellos. El horror que la inundó su expresión fue devastador. Soltó su cuello como si hubiera estado tocando fuego, retrocediendo tan violentamente que casi cayó de la silla.

—Dios —jadeó, su voz quebrada—. Yo... casi...

—No lo hiciste —dijo Annabelle con firmeza, frotándose el cuello donde sabía que aparecerían moretones—. Estoy bien.

Sebastian hundió la cabeza entre las manos, sus hombros temblando. En la tenue luz del amanecer que comenzaba a filtrarse por la ventana, Annabelle podía ver el sudor empapando su camisa, el cabello oscuro pegado a su frente.

Se arrodilló frente a él, ignorando la voz de la propiedad que le decía que debería mantener distancia. Tocó suavemente su rodilla.

— ¿Quién es Emily?

Sebastian se congeló. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban vacíos, despojados de toda emoción.

—Nadie —dijo con voz plana—. Olvídelo.

—No puedo olvidar ver sufrir a alguien de esta manera.

Algo cruzó el rostro de Sebastian, algo que podría haber sido gratitud o dolor o una mezcla de ambos.

—Entonces es más amable de lo que debería ser —murmuró.

Se levantó bruscamente, casi derribándola en el proceso. Sin mirarla, caminó hacia la puerta y salió al pasillo, cerrándola con un clic suave que de alguna manera sonó más definitivo que un portazo.

Annabelle permaneció arrodillada en el suelo, su mente procesando frenéticamente. Emily. James. Promesas incumplidas. Pesadillas que lo hacían gritar en la oscuridad. Había secretos aquí, oscuros y profundos, secretos que estaban matando a Sebastian Holloway lentamente desde adentro.

Se levantó con piernas temblorosas y regresó a la cama, aunque sabía que el sueño no regresaría. Mientras la primera luz del día pintaba el cielo de rosa y dorado, tomó una decisión. No lo

presionaría, no forzaría confesiones que él no estaba listo para dar. Pero tampoco lo dejaría sufrir solo. De alguna manera, encontraría la manera de ayudarlo, aunque él no quisiera ser ayudado.

La mañana llegó demasiado pronto. Sebastian tocó la puerta de la habitación justo cuando ella terminaba de vestirse, su rostro una máscara impenetrable que no revelaba nada de la pesadilla nocturna. No mencionó el incidente y Annabelle siguió su ejemplo, aunque podía ver las sombras oscuras bajo sus ojos.

Desayunaron en un silencio tenso. Cuando Sebastian fue a pagar la cuenta, Annabelle permaneció en el vestíbulo, observando distraídamente los cuadros en las paredes. Fue entonces cuando escuchó la conversación.

—Capitán Holloway —dijo el posadero con tono respetuoso—. ¿Es cierto que rechazó el puesto en India?

Annabelle se quedó inmóvil, cada músculo tenso mientras esperaba la respuesta de Sebastian.

—Sí —respondió él con voz neutral.

—Pero era una promoción importante, según escuché. ¿Por qué rechazarla?

Hubo una pausa larga antes de que Sebastian respondiera.

—Razones personales.

—Comprendo, señor. Aunque debe haber sido una decisión difícil.

Annabelle escuchó el sonido de monedas sobre madera, luego los pasos de Sebastian acercándose. Rápidamente se volvió hacia la ventana, fingiendo estar absorta en la vista del patio.

¿Razones personales? La mente de Annabelle trabajaba febrilmente mientras caminaba hacia el carruaje. *¿Qué podría ser más importante que su carrera militar?* Había sido soldado toda su vida, según lo poco que él había revelado. *¿Qué lo habría hecho renunciar a una promoción que claramente había ganado?*

El viaje continuó bajo un cielo que amenazaba lluvia. Sebastian estaba aún más distante que antes, si eso era posible. Miraba por la ventanilla con expresión inescrutable, su cuerpo rígido como si estuviera en formación militar.

Annabelle lo observaba cuando él no miraba, notando detalles que antes había pasado por alto. La forma en que sus manos se cerraban en puños ocasionalmente, como si estuviera luchando contra algún impulso interno. La línea tensa de sus hombros, como si cargara un peso invisible. El músculo que se contraía en su mandíbula cuando pensaba que ella no estaba mirando.

Este hombre era un rompecabezas, una serie de piezas contradictorias que no encajaban del todo. Podía ser frío y distante, pero también la había besado con una pasión que aún hacía que su piel hormigueara al recordarlo. Había admitido que quería besarla de nuevo, solo para alejarse como si ella fuera veneno. Tenía pesadillas que lo hacían gritar nombres de personas muertas. Había rechazado una promoción por razones que no quería explicar.

¿Quién eres realmente, Sebastian Holloway? La pregunta resonaba en su mente mientras el carruaje traqueteaba por el camino lleno de baches. ¿Y por qué siento esta necesidad de descubrirlo?

El paisaje cambió gradualmente a medida que avanzaban. Los campos verdes dieron paso a colinas más escarpadas, salpicadas de ovejas que pastaban pacíficamente bajo el cielo gris. En la distancia, Annabelle podía ver las primeras señales de industria: chimeneas de fábricas que escupían humo oscuro contra el horizonte.

—Llegaremos a la siguiente ciudad antes del anochecer —dijo Sebastian de repente, rompiendo horas de silencio—. Pasaremos la noche allí.

— ¿Habitaciones separadas esta vez? —preguntó Annabelle antes de poder detenerse.

Sebastian la miró directamente por primera vez en horas. Había algo indescifrable en su expresión.

—Si es posible.

— ¿Y si no lo es?

—Entonces encontraré alguna otra solución —respondió él con firmeza—. Lo de anoche no puede repetirse.

— ¿La pesadilla o el casi-beso? —preguntó ella con una audacia que la sorprendió incluso a sí misma.

Los ojos de Sebastian se oscurecieron peligrosamente.

—Ambos —dijo con voz tensa—. Ninguno de los dos debería haber ocurrido.

—Pero ocurrieron —insistió Annabelle—. Y fingir que no fue así no los hará desaparecer.

Sebastian apretó la mandíbula con tanta fuerza que ella escuchó el crujido de sus dientes.

—Señorita Thornton, sería mucho más fácil si dejara de...

— ¿De qué? ¿De hacer preguntas? ¿De intentar entenderlo?

—De tentarme —soltó él bruscamente, las palabras escapando como si hubiera estado luchando por contenerlas.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Annabelle sintió su respiración acelerarse mientras procesaba aquella admisión accidental. No era solo atracción de su parte. Él también la sentía, esta corriente eléctrica que parecía existir entre ellos, esta tensión que hacía que cada encuentro casual, cada mirada, cada palabra, se sintiera cargada de significado.

—No estoy intentando tentarlo —dijo ella finalmente con voz suave.

—Lo sé —respondió Sebastian, su voz ronca—. Por eso es aún peor.

No hablaron durante el resto del viaje. El silencio se extendió entre ellos, pesado con cosas no dichas y deseos no cumplidos. Annabelle mantuvo la mirada en la ventanilla, consciente de cada respiración que Sebastian tomaba, de cada pequeño movimiento que hacía.

Capítulo 4

El cielo estaba tan encapotado que presagiaba tormenta. Sebastian Holloway observaba el camino que se extendía ante ellos, sus instintos militares zumbando con una alerta que no podía nombrar pero que había aprendido a nunca ignorar. El bosque que flanqueaba ambos lados del sendero era demasiado denso, demasiado silencioso.

Los pájaros habían dejado de cantar.

Estudió el camino con ojos entrenados para detectar anomalías. Había polvo recién levantado en el sendero, marcas de cascos que no correspondían con el tráfico normal de la ruta. Alguien había pasado recientemente, varios jinetes a juzgar por las huellas, y se habían detenido exactamente donde el bosque ofrecía mejor cobertura.

—Agáchese. Ahora.

La voz cortante de Sebastian hizo que Annabelle levantara la vista bruscamente.

— ¿Qué...?

La primera flecha silbó pasando la ventanilla, tan cerca que Annabelle sintió el desplazamiento de aire contra su mejilla. El proyectil se clavó en el respaldo del asiento con un sonido seco y definitivo.

Sebastian ya estaba en movimiento antes de que la segunda flecha alcanzara el carruaje. Golpeó el techo con violencia, gritando al cochero que detuviera los caballos mientras empujaba a Annabelle al piso del vehículo con una mano firme en su nuca.

—No levante la cabeza —ordenó con voz militar que no admitía discusión—. Pase lo que pase.

El carruaje se detuvo con una sacudida brutal. Sebastian abrió la puerta de una patada y descendió en un movimiento fluido, colocándose entre Annabelle y la amenaza invisible. Ella permaneció agachada, su corazón martilleando salvajemente mientras escuchaba el sonido de botas sobre tierra, el crujir de ramas, el inconfundible siseo del acero siendo desenvainado.

Cuatro hombres emergieron del bosque con la precisión de lobos cazando en manada. Iban armados con espadas y arcos, sus rostros ocultos parcialmente por bufandas oscuras. El líder, un hombre corpulento con una cicatriz que atravesaba su ceja izquierda, sonrió mostrando dientes amarillentos.

—El Conde de Ashford envía saludos, capitán Holloway.

La sangre de Annabelle se congeló. ¿Ashford? ¿El conde que Sebastian había mencionado brevemente? ¿Por qué enviaría asesinos?

Sebastian desenfundó su pistola con movimiento ensayado mil veces.

—Dígale que vendrá por mí después de que termine con basura como usted.

El disparo resonó como un trueno en el bosque silencioso. El hombre a la izquierda del líder cayó hacia atrás con un agujero perfecto entre sus ojos, muerto antes de tocar el suelo. Sebastian ya estaba recargando, sus manos moviéndose con la velocidad de la práctica constante mientras retrocedía hacia el carruaje, manteniéndolo como barrera entre él y los atacantes.

El segundo hombre cargó con un grito de guerra, su espada describiendo un arco mortal hacia el cuello de Sebastian. Él esquivó por centímetros, dejando que el impulso del atacante lo llevara más allá mientras giraba y disparaba su segunda pistola a quemarropa. La sangre salpicó el costado del carruaje mientras el hombre se desplomaba.

Annabelle observaba a través de una rendija en la puerta, paralizada entre el horror y una fascinación morbosa. Este no era el Sebastian educado y contenido que había conocido. Este era un soldado, un depredador letal que se movía con economía brutal de movimientos. No había honor en su forma de pelear, ningún código caballeresco. Solo supervivencia pura y eficiente.

El tercer atacante intentó flanquearlo, pero Sebastian giró y le lanzó una de sus pistolas descargadas directamente a la cara. El hombre tropezó hacia atrás y Sebastian cerró la distancia en dos zancadas, agarrando su brazo de la espada y torciéndolo con un crujido nauseabundo de hueso rompiéndose. El grito del hombre fue cortado cuando el codo de Sebastian encontró su garganta con precisión quirúrgica.

Solo quedaba el líder, y la confianza había desaparecido de su rostro cicatrizado. Retrocedió lentamente, su espada temblando en su mano.

—Ashford pagará el doble por su cabeza —escupió.

—Entonces será mejor que regrese y cobre mientras aún puede caminar.

Sebastian avanzó con pasos medidos, su propia espada ahora desenvainada. La hoja brillaba roja con sangre que no era suya. El líder calculó sus probabilidades, vio la muerte en los ojos grises de Sebastian, y tomó la decisión de un cobarde. Giró y corrió hacia el bosque, gritando por encima del hombro.

— ¡Esto no termina aquí! ¡Volveremos!

Sebastian no lo persiguió. Se quedó inmóvil, su pecho subiendo y bajando con respiración controlada mientras el sonido de pasos huyendo se desvanecía en la distancia. Entonces, con movimientos deliberadamente lentos, limpió su espada en el abrigo de uno de los cuerpos caídos y la envainó.

El silencio después de la violencia era ensordecedor. Annabelle podía escuchar su propia respiración superficial, el goteo de sangre sobre hojas secas, el nervioso relinchar de los caballos. Sebastian se volvió hacia el carruaje, su rostro salpicado de sangre, su camisa rasgada en el hombro.

— ¿Está herida?

Annabelle intentó responder pero las palabras se atascaron en su garganta. La adrenalina que había mantenido su cuerpo rígido durante el ataque se evaporó de repente, dejándola temblando incontrolablemente. Sus piernas cedieron cuando intentó levantarse.

Sebastian la atrapó antes de que cayera, sus brazos rodeándola con una firmeza que contrastaba violentamente con la brutalidad que acababa de presenciar.

—Respire —ordenó, su voz más suave ahora—. Solo respire.

Annabelle se encontró presionada contra su pecho, escuchando el martilleo salvaje de su corazón bajo su mejilla. Olía a pólvora, sudor y el aroma metálico de la sangre. Debería aterrorizarla. Este hombre acababa de matar a tres personas con la eficiencia de alguien que lo había hecho innumerables veces antes.

No la aterrorizaba.

Él me salvó, pensó mientras sus dedos se aferraban a su camisa ensangrentada. *Sin dudarlo. Como si mi vida valiera más que la suya propia.*

Sebastian levantó la vista hacia el cochero, que había permanecido congelado en su asiento durante toda la pelea.

—Necesitamos movernos. Ahora. Ese maldito regresará con refuerzos.

El cochero asintió con rostro pálido como la cera.

—Hay una cabaña abandonada a una milla de aquí, señor. Solía ser de un guardabosques. Podríamos...

—Llévenos allá.

Sebastian ayudó a Annabelle a subir al carruaje, sus manos firmes en su cintura. Una vez dentro, ella se derrumbó en el asiento, todavía temblando. Él se sentó frente a ella, recargando metódicamente sus pistolas mientras el carruaje se ponía en marcha.

— ¿Quién es el Conde de Ashford? —preguntó Annabelle cuando finalmente recuperó su voz—. ¿Por qué enviaría asesinos tras usted?

Los dedos de Sebastian se detuvieron brevemente antes de continuar con su tarea.

—Es una historia larga y no particularmente interesante.

—Acaban de intentar matarlo y de intentar matarme. Creo que merezco saber por qué.

Sebastian levantó la vista, y había algo oscuro y peligroso en su expresión.

—Tenemos una vieja deuda. Maté a su hijo durante la guerra. Él cree que fue asesinato. Yo sé que fue defensa propia. La verdad raramente importa cuando el dinero puede comprar venganza.

El carruaje se detuvo antes de que Annabelle pudiera procesar aquella revelación. La cabaña era poco más que cuatro paredes de piedra con un techo de paja que había visto mejores días. Sebastian descendió primero, sus ojos escaneando el perímetro antes de ofrecerle la mano a Annabelle.

—No es un palacio, pero nos mantendrá ocultos hasta que sea seguro continuar.

El interior era espartano: un hogar frío, una mesa destartalada, polvo acumulado en cada superficie. Sebastian cerró la puerta y colocó una barra pesada para asegurarla antes de volverse hacia Annabelle.

—Déjeme revisar si está herida.

—Ya me preguntó eso.

—Y ahora verificaré por mí mismo.

Sus manos fueron clínicas mientras la examinaban, levantando sus brazos, palpando sus costillas a través del vestido, buscando cualquier señal de trauma. Annabelle permaneció quieta bajo su escrutinio, intensamente consciente del calor de sus dedos incluso a través de las capas de tela. Cuando sus manos se deslizaron por sus brazos, verificando, buscando, ella notó el temblor casi imperceptible en ellos.

—No hay heridas —declaró finalmente, pero sus manos permanecieron en su cintura.

Annabelle cubrió sus manos con las suyas, sosteniéndolas en su lugar.

—Usted tampoco está herido.

—He estado en situaciones peores.

—Casi muere por mí —insistió ella, su voz quebrándose en la última palabra.

Los ojos de Sebastian se encontraron con los suyos, y había algo feroz ardiendo en aquellas profundidades grises.

—Es mi trabajo.

— ¿Solo eso?

La tensión que había estado construyéndose entre ellos durante tres días, durante cada mirada cargada y cada contacto accidental, finalmente explotó.

Sebastian la besó con una dureza que no dejaba espacio para la gentileza. No era el beso calculado de la posada, diseñado para convencer a extraños. Este era pura desesperación, adrenalina transformándose en algo igualmente primitivo. Era la necesidad de sentir vida después de estar tan cerca de la muerte, de afirmar su existencia a través del contacto más básico y elemental.

Annabelle respondió con igual ferocidad. Sus dedos se hundieron en su cabello, tirando de él mientras abría su boca bajo la suya. Mordió su labio inferior con suficiente fuerza para arrancarle un gruñido que resonó en su pecho, sintiendo el sabor metálico de sangre mezclándose con el beso. Estaba tan desesperada como él, tan necesitada de esta conexión visceral que borraba todo excepto la sensación de estar viva.

Las manos de Sebastian encontraron los botones de su vestido, pero la paciencia había sido consumida por el fuego que ardía entre ellos. Tiró de la tela con fuerza suficiente para arrancar los botones, enviándolos rebotando por el suelo de piedra con pequeños clics que resonaron en el silencio. El sonido de la tela rasgándose debería haberla escandalizado, pero Annabelle no podía importarle menos. Nada importaba excepto sentir sus manos sobre su piel.

Ella atacó su camisa con dedos torpes, luchando con los botones mientras él empujaba su vestido por sus hombros. Cuando finalmente logró abrir la tela, reveló un torso que era un mapa de violencia sobrevivida. Una línea pálida cruzaba sus costillas, otra marcaba su hombro, había quemaduras en su costado que hablaban de pólvora demasiado cerca.

Annabelle trazó una cicatriz con dedos temblorosos, siguiendo el camino irregular que descendía desde su clavícula.

—Hermoso —susurró.

Sebastian atrapó su mano, su expresión torturada bajo la luz tenue que se filtraba por la ventana rota.

—No. Roto.

—Hermoso —repitió ella con fiereza, presionando sus labios contra la cicatriz en su hombro, saboreando el sabor salado de su piel.

Él tembló bajo su toque, cada músculo tenso como un cable a punto de romperse. Entonces algo en él se quebró. La levantó en sus brazos y la llevó al suelo, recostándola sobre su capa que había extendido apresuradamente. No había cama, no había suavidad, solo piedra fría cubierta por lana áspera y necesidad urgente que no admitía demora.

Sebastian quitó las capas restantes de su ropa con movimientos casi torpes en su urgencia. El corsé, las enaguas, la camisola, todo fue descartado hasta que ella estuvo desnuda bajo él. Sus manos exploraron su piel expuesta con una reverencia que contrastaba con la desesperación en sus ojos. Cuando sus palmas cubrieron sus pechos, Annabelle arqueó su espalda, un gemido escapando de su garganta.

—Sebastian...

Las manos de él se deslizaron más abajo, encontrando la curva de su cintura, la suavidad de su vientre, y luego más abajo aún. Cuando sus dedos la tocaron entre las piernas, explorando con una certeza que hablaba de experiencia, ella gritó su nombre. La sensación era abrumadora, nueva, aterradora y exquisita al mismo tiempo.

—Dime que sí —demandó él, su voz ronca como papel de lija mientras sus dedos continuaban su exploración, encontrando humedad que la hizo sonrojarse—. Necesito escucharte decirlo.

—Sí —respondió ella sin vacilar, aferrándose a sus hombros—. Sí, Sebastian, sí.

Él se liberó de sus pantalones con manos que temblaban visiblemente. Annabelle pudo ver su erección por primera vez, dura y enrojecida, y una mezcla de anticipación y miedo recorrió su espina dorsal. Se posicionó entre sus piernas, su peso presionándola contra el suelo mientras se alineaba con su entrada.

La penetración inicial fue brutal en su honestidad. El dolor fue instantáneo y agudo, rasgándola de manera que ninguna advertencia susurrada de otras mujeres podría haberla preparado. Annabelle gritó, no de placer sino de shock ante la invasión de su cuerpo, sus uñas clavándose en la espalda de Sebastian con suficiente fuerza para dejar marcas.

Sebastian se congeló inmediatamente, cada músculo tenso como si hubiera sido atravesado por una espada. Su frente presionada contra la de ella, su respiración entrecortada abanicando su rostro.

—Lo siento, fui un bruto. Debí…debí ser más delicado. ¿quieres que me detenga? —jadeó, y ella pudo escuchar el costo que le tomaba hacer esa pregunta.

—No —logró decir Annabelle, aunque lágrimas picaban en sus ojos—. No pares.

Él se movió lentamente al principio, retirándose y volviendo a entrar con cuidado medido que hablaba de un control férreo. El dolor persistió pero gradualmente comenzó a transformarse. La quemazón aguda se convirtió en presión, la presión en sensación, y la sensación en algo que no era completamente desagradable. Annabelle cerró los ojos, enfocándose en el peso de él sobre ella, en el sonido de su respiración irregular, en el calor de su piel contra la suya.

Sebastian perdió su control gradualmente. Sus movimientos se volvieron más profundos, más rápidos, impulsado por una necesidad que había negado durante demasiado tiempo. Los sonidos que llenaban la cabaña eran primitivos: piel contra piel, respiraciones jadeantes, gemidos arrancados de lo más profundo de sus gargantas.

Annabelle se arqueó bajo él, sus piernas enredándose alrededor de sus caderas instintivamente. Gritó su nombre cuando él encontró un ángulo que enviaba chispas de sensación a través de su cuerpo, algo nuevo y aterrador en su intensidad.

—Mía —gruñó él contra su cuello, sus dientes raspando su piel sensible—. Eres mía.

Era posesión pura, un reclamo primitivo que no tenía nada que ver con amor y todo que ver con necesidad básica. Sus movimientos se volvieron erráticos, perdiendo el ritmo mientras perseguía su liberación. Annabelle podía sentir la tensión acumulándose en su cuerpo, cada músculo apretándose como un resorte.

El clímax de Sebastian llegó con un gruñido gutural que reverberó en su pecho. Se retiró en el último momento, derramándose sobre su vientre con espasmos que sacudieron todo su cuerpo. Su semilla caliente contra su piel era una sensación extraña, íntima de maneras que no había anticipado.

Annabelle no alcanzó ese pico de placer que las novelas románticas prometían con tanta certeza. Su cuerpo estaba tenso con una necesidad no resuelta, pero sus manos sostuvieron a Sebastian mientras él temblaba sobre ella, compartiendo algo que iba más allá de la satisfacción física. Había vulnerabilidad en este momento, una conexión que trascendía el acto mecánico.

Por un momento, permanecieron entrelazados, sus respiraciones agitadas llenando el silencio de la cabaña. El pecho de Sebastian subía y bajaba contra el suyo, su peso anclándola al suelo. Annabelle podía sentir su corazón martilleando contra sus costillas, el pulso salvaje que igualaba el suyo propio.

Entonces Sebastian se apartó con un movimiento brusco, como si de repente se diera cuenta de lo que habían hecho. La culpa inundó su rostro con la fuerza de una marea, transformando sus rasgos en una máscara de autorrecriminación.

—No debimos... —comenzó, alcanzando su camisa descartada con manos que aún temblaban.

Annabelle se incorporó lentamente, dolorosamente consciente de la humedad entre sus piernas, del dolor sordo que pulsaba en su núcleo, de la semilla de él secándose en su piel.

—Pero lo hicimos.

—Fue un error.

Las palabras fueron una puñalada directa al pecho, más dolorosa que la pérdida de su virginidad. Annabelle se cubrió instintivamente con los brazos, de repente intensamente consciente de su desnudez bajo su mirada fría.

Sebastian se vistió rápidamente, dándole la espalda como si no pudiera soportar mirarla. *La arruiné*, pensaba mientras abrochaba sus pantalones con dedos torpes. *La tomé como un animal en el piso de una cabaña abandonada. Esto es exactamente por lo que no merezco nada bueno en esta maldita vida.*

—Deberías limpiarte —dijo con voz deliberadamente fría, señalando un cubo de agua en la esquina—. Hay agua ahí.

Annabelle se puso de pie con piernas temblorosas, tirando de su vestido arruinado para cubrirse. El dolor entre sus piernas era un recordatorio constante de lo que acababan de compartir.

— ¿Eso es todo? —preguntó con voz que amenazaba con quebrarse—. ¿'Lávate'?

Sebastian finalmente se volvió hacia ella, y su expresión era la de un extraño. Toda la pasión, toda la necesidad desesperada que había visto en sus ojos momentos antes, había sido reemplazada por una frialdad que la hizo estremecerse.

— ¿Qué quieres que diga?

—Que significó algo —dijo ella, odiando el ruego en su propia voz, odiando la vulnerabilidad que no podía ocultar—. Que no fui solo... solo un cuerpo conveniente para satisfacer su lujuria.

Los ojos de Sebastian se endurecieron, y cuando habló, su crueldad fue deliberada, calculada para lastimar.

—Fue adrenalina. Nada más. Acabábamos de sobrevivir un ataque y nuestros cuerpos reaccionaron. No se haga ilusiones sobre lo que acaba de pasar aquí.

La devastación que inundó a Annabelle fue tan completa que por un momento no pudo respirar. El aire se atascó en sus pulmones mientras procesaba sus palabras, cada una como un golpe físico. Sin decir otra palabra, giró y caminó hacia el cubo de agua, limpiándose con manos que temblaban tanto que apenas podía sostener la tela.

Las lágrimas cayeron silenciosas mientras se lavaba su semilla de su piel, mientras limpiaba la evidencia de sangre de sus muslos. Se había entregado a él, completa y voluntariamente, y él lo había reducido a nada más que una reacción física a circunstancias extremas.

Sebastian salió de la cabaña mientras ella se vestía, cerrando la puerta con un clic suave que resonó como un portazo final. Annabelle se dejó caer contra la pared, permitiendo que las lágrimas finalmente fluyeran libremente. Se sentía usada, descartada, reducida a algo menos que humano por su indiferencia calculada.

Afuera, Sebastian caminó hasta que encontró un árbol lo suficientemente resistente. Entonces comenzó a golpearlo con los puños, una y otra vez, hasta que sus nudillos sangraron y el dolor físico casi igualaba el tormento interno que lo consumía. La corteza áspera rasgó su piel, pero siguió golpeando, canalizando todo su odio hacia sí mismo en cada impacto.

Monstruo, se recriminaba con cada golpe. *La tomaste sabiendo que estaba vulnerable, sabiendo que confiaba en ti. La heriste de todas las maneras posibles.*

Cuando sus manos finalmente quedaron demasiado dañadas para continuar, se dejó caer contra el árbol, jadeando. Cerró los ojos y los recuerdos lo asaltaron sin piedad.

El cementerio bajo un cielo gris de invierno. Dos lápidas lado a lado, tan cerca que podría tocarse. La primera grabada con letras que había memorizado: "James Crawford, 1789-1813, Caído en Servicio a la Corona". La segunda, más pequeña, más cruel en su brevedad: "Emily Crawford, 1791-1815, Perdida Demasiado Pronto".

Hermano y hermana. Ambos muertos. Uno sangrando en sus brazos en un campo de batalla en España, rogándole que cuidara de Emily, haciéndole prometer que la protegería. La otra consumida por llamas que él no pudo detener dos años después, gritando su nombre mientras las vigas del techo colapsaban sobre ella.

Él de rodillas entre ambas tumbas, el peso de promesas rotas aplastando su pecho hasta que apenas podía respirar. "No puedo proteger a nadie. Todos los que me importan mueren. Soy una maldición viviente."

El recuerdo se desvaneció, dejándolo temblando contra el árbol con las manos sangrando. Lentamente, se obligó a ponerse de pie y regresar a la cabaña. Abrió la puerta con cuidado, esperando encontrar a Annabelle despierta, esperando otra confrontación.

En cambio, la encontró acurrucada en una esquina, dormida. Incluso en el sueño, su rostro mostraba rastros de lágrimas, líneas húmedas que brillaban en la luz menguante del atardecer. Sus manos estaban apretadas en puños contra su pecho, como si se abrazara a sí misma.

Sebastian se quedó en el umbral, observándola en la penumbra creciente. Algo en su pecho se contrajo con una fuerza que lo hizo tambalearse. Se veía tan joven, tan vulnerable, tan completamente destrozada por sus palabras crueles.

Si me permito sentir algo por ella, morirá también, pensó con la certeza de una profecía. *Fallé con James. Fallé con Emily. No puedo fallar con ella. Es mejor lastimarla ahora, mantenerla a distancia, que perderla de la manera en que perdí a los demás.*

Era una lógica retorcida nacida del trauma, del duelo sin procesar, de culpa que había fermentado durante años hasta convertirse en algo venenoso. Para Sebastian, tenía el peso de la verdad absoluta. Estaba maldito, todos los que se acercaban demasiado morían, y Annabelle no sería diferente a menos que la alejara.

Es mejor que me odie y viva, a que muera.

Se deslizó hasta el suelo opuesto a ella, apoyando su espalda contra la pared fría. Observó la manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración, la manera en que sus pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas, la manera en que incluso dormida parecía estar llorando.

Había rechazado el puesto en India porque no había podido soportar la idea de que alguien le hiciera daño, a pesar de que no la conocía desde hace mucho tiempo, Había aceptado este trabajo de escolta porque le daba una excusa para estar cerca de ella, para protegerla aunque fuera desde la distancia. Y ahora la había arruinado de la manera más fundamental posible.

Afuera, la tormenta prometida finalmente estalló. La lluvia golpeaba el techo de paja con fuerza creciente mientras los relámpagos iluminaban ocasionalmente el interior sombrío de la cabaña. Sebastian no se movió de su posición, manteniéndose vigilante mientras Annabelle dormía, protegiéndola de peligros externos mientras simultáneamente se convertía en el peligro interno más grande que ella enfrentaría.

Las horas pasaron con lentitud cruel. La tormenta eventualmente amainó hasta convertirse en una llovizna constante. Sebastian

permaneció despierto toda la noche, sus pensamientos girando en círculos tortuosos entre remordimiento y determinación férrea de hacer lo que creía correcto, sin importar cuánto doliera.

Cuando los primeros rayos del amanecer comenzaron a filtrarse por la ventana rota, tiñendo todo de gris pálido, Annabelle finalmente se despertó. Sus ojos encontraron los de Sebastian inmediatamente, como si hubiera sabido exactamente dónde estaría.

—Buenos días —dijo él con voz neutral, como si nada hubiera pasado, como si no la hubiera deshecho completamente la noche anterior.

Annabelle no respondió. Se levantó en silencio, alisó su vestido arruinado lo mejor que pudo, y caminó hacia la puerta sin mirarlo siquiera. Sebastian la observó ir, cada músculo tenso con el esfuerzo de no ir tras ella, de no rogarle perdón que no merecía.

Cuando finalmente salió de la cabaña minutos después, la encontró de pie bajo la llovizna, su rostro levantado hacia el cielo gris. El agua corría por sus mejillas, mezclándose con lágrimas que ella ya no molestaba en ocultar.

—El carruaje está listo —dijo él con voz cuidadosamente modulada—. Deberíamos partir antes de que los hombres de Ashford regresen.

Annabelle lo miró finalmente, y la frialdad en sus ojos rivalizaba con la suya propia.

—Por supuesto, capitán Holloway. Después de todo, solo soy su carga a proteger, ¿no es así?—Y así nada más habían vuelto al trato distanciado y formal después de haberse entregado mutuamente la noche anterior.

Las palabras fueron diseñadas para herir, y lo lograron. Sebastian asintió rígidamente y la escoltó al carruaje sin tocarla, manteniendo una distancia cuidadosa entre ellos.

El viaje continuó en un silencio glacial. Annabelle mantenía la mirada fija en la ventanilla, rehusándose a mirarlo. Sebastian aceptaba el castigo silencioso como penitencia merecida, incluso mientras cada segundo de su frialdad era como un cuchillo girando en su pecho.

Esto es lo correcto, se repetía una y otra vez. *Es mejor así. Es mejor que me odie.*

Pero mientras observaba su perfil rígido, viendo la manera en que sus manos se apretaban en puños ocasionales sobre su regazo, no podía sacudir la sensación de que acababa de cometer el error más grande de su vida.

Capítulo 5

El cuarto día del viaje amaneció con una niebla tan densa que apenas se distinguía el camino. Annabelle Thornton observaba el paisaje borroso desde la ventanilla del carruaje, consciente de cada respiración que Sebastian Holloway tomaba en el asiento opuesto. El silencio entre ellos era glacial, una presencia física que ocupaba todo el espacio disponible y amenazaba con sofocarlos a ambos.

Él no la había mirado directamente desde que salieron de la cabaña aquella mañana. Mantendría la vista fija en algún punto indeterminado fuera de la ventanilla, su mandíbula apretada con tanta fuerza que Annabelle podía ver el músculo contraerse ocasionalmente. Ella no le había dirigido la palabra más allá de monosílabos forzados cuando la necesidad absoluta lo requería.

El carruaje se había convertido en una caja de tensión. Cada minuto se arrastraba con una lentitud que hacía que Annabelle quisiera gritar solo para romper el silencio opresivo. Sus manos descansaban sobre su regazo, aparentemente tranquilas, pero sus dedos se retorcían ocasionalmente con la tela de su vestido, necesitando alguna salida para la frustración que burbujeaba bajo su superficie calmada.

La humillación de la noche anterior ardía en su pecho como brasas que se negaban a enfriarse. Se había entregado a él, completa y voluntariamente, y él lo había reducido a nada más que adrenalina, un error que lamentaba. Las palabras seguían resonando en su mente: "Fue adrenalina. Nada más.”

— ¿Necesita parar? —preguntó Sebastian finalmente, rompiendo el silencio con voz formal y distante, como si hablara con una extraña que requería cortesía básica pero nada más.

—No.

La palabra salió más cortante de lo que pretendía, pero Annabelle no se retractó. Regresó su mirada a la ventanilla, observando cómo

la niebla se disipaba gradualmente bajo el sol ascendente, revelando campos verdes que se extendían hacia el horizonte.

El silencio se reinstauró, pesado y denso como la niebla que acababan de dejar atrás. Annabelle apretó los puños sobre su regazo, sus uñas clavándose en sus palmas a través de los guantes. El dolor físico menor era bienvenido, una distracción de la angustia que amenazaba con desbordarla si lo pensaba demasiado.

Podía sentir la mirada de él sobre ella ocasionalmente, breves destellos de atención antes de que apartara la vista como si mirarla fuera doloroso. Cada vez que lo hacía, algo dentro de ella se tensaba más, como una cuerda de violín ajustada hasta el punto de ruptura.

Las horas pasaron con esa misma lentitud tortuosa. El paisaje cambió de campos a bosques densos, el camino volviéndose más accidentado mientras avanzaban hacia el norte. El traqueteo del carruaje sobre piedras y baches era el único sonido constante, un recordatorio monótono del tiempo que se arrastraba.

—Sobre anoche... —comenzó Sebastian después de lo que parecieron horas pero probablemente fueron solo minutos, su voz ronca como si no la hubiera usado en días.

—No quiero hablar de eso —lo interrumpió Annabelle con voz cortante, finalmente volviéndose hacia él con ojos que brillaban de ira contenida y dolor que no podía ocultar completamente.

Sebastian sostuvo su mirada por un momento que se extendió demasiado. Había algo en sus ojos, algo que podría haber sido arrepentimiento o dolor o quizás ambos, antes de que asintiera rígidamente, aceptando su rechazo sin argumentar.

—Bien.

Más silencio. Annabelle regresó su atención a la ventanilla, parpadeando furiosamente contra las lágrimas que amenazaban con caer. No lloraría frente a él. Ya no. Ya le había dado demasiado, le había mostrado demasiada vulnerabilidad, y él lo había pisoteado con palabras crueles diseñadas para alejarla.

El carruaje continuó su avance implacable. Annabelle observaba distraídamente las casas ocasionales que aparecían a los lados del camino, imaginando las vidas que se desarrollaban dentro de ellas. Vidas simples, probablemente, sin la complicación de soldados atormentados con secretos oscuros y la capacidad de hacerla sentir demasiado.

Sebastian se movió en su asiento, el sonido del cuero crujiendo bajo su peso rompiendo brevemente el silencio. Annabelle resistió el impulso de mirarlo, de estudiar su perfil como había hecho tantas veces en los días anteriores. Ya no tenía ese derecho, si es que alguna vez lo tuvo.

—Llegaremos a una propiedad en aproximadamente una hora —dijo Sebastian finalmente, su voz neutral y profesional—. Necesitamos detenernos ahí.

Annabelle lo miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué?

—Necesito verificar algo. No tomará mucho tiempo.

No era una explicación real, y ambos lo sabían. Annabelle consideró presionar por más detalles pero decidió contra ello. Estaba cansada de pelear, cansada de cada conversación convirtiéndose en un campo de batalla donde ambos terminaban heridos.

—Como desee.

Las palabras salieron frías y formales, igualando su tono. Vio algo cruzar el rostro de Sebastian, algo que podría haber sido dolor, antes de que recuperara su expresión neutral. Se volvió hacia la ventanilla nuevamente, efectivamente terminando la conversación.

El tiempo continuó arrastrándose. Annabelle contó los árboles que pasaban, luego las piedras en el camino, cualquier cosa para mantener su mente ocupada y alejada de los recuerdos de la noche anterior. De sus manos sobre su piel, de la manera en que la había hecho sentir viva y deseada antes de destruir todo con sus palabras crueles.

Finalmente, el carruaje comenzó a reducir la velocidad. Annabelle se incorporó, curiosa a pesar de sí misma, mientras una casa grande aparecía en la distancia. Estaba claramente deshabitada, con hiedra trepando por las paredes de piedra y ventanas oscuras que miraban como ojos vacíos.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal. Sebastian descendió primero, sus ojos escaneando la propiedad con la cautela de un soldado inspeccionando territorio potencialmente hostil. La casa era más grande de lo que Annabelle había pensado inicialmente, una mansión de tres pisos que en su tiempo debió ser impresionante.

— ¿Qué es este lugar? —preguntó Annabelle mientras descendía, rechazando la mano que él le ofrecía.

Sebastian bajó la mano sin comentar sobre el rechazo, aunque sus labios se apretaron brevemente. Sus ojos recorrieron la fachada de la propiedad antes de responder, su expresión cuidadosamente neutral.

—Esta propiedad fue adquirida por Lord Ashford hace aproximadamente cinco años —explicó con voz medida—. Pero no bajo su propio nombre. La compró a través de un intermediario, registrada bajo el nombre de un tal señor William Blackwood, que casualmente no existe en ningún registro público que yo haya podido encontrar.

Annabelle frunció el ceño, procesando la información.

— ¿Una propiedad secreta?

—Precisamente. —Sebastian comenzó a caminar hacia la entrada, y Annabelle lo siguió—. Durante mi investigación sobre Ashford, descubrí que varios nobles de reputación cuestionable tienen propiedades como esta. Las usan para reuniones que prefieren mantener lejos de ojos curiosos. Encuentros con amantes, partidas de cartas ilegales, conspiraciones políticas... y en el caso de Ashford,

probablemente reuniones con aquellos a quienes soborna o extorsiona.

—Por eso no hay sirvientes —comprendió Annabelle—. Testigos serían inconvenientes.

—Exactamente. Un hombre no guarda evidencia de actividades criminales en su residencia principal donde docenas de sirvientes podrían tropezar con ella. Pero aquí, en una propiedad que oficialmente no le pertenece, sin personal permanente que pueda chismear... —Sebastian empujó la puerta principal, que cedió con un chirrido de bisagras oxidadas—. Es el lugar perfecto para esconder secretos.

Annabelle levantó sus faldas para evitar el barro que cubría el camino de entrada, siguiéndolo hacia el interior. El olor a humedad y aire viciado la golpeó inmediatamente, junto con algo más: el aroma tenue de humo de leña que no era completamente antiguo.

— ¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —preguntó, sus instintos alertándola de que algo no encajaba.

Sebastian también lo había notado. Sus ojos se estrecharon mientras inspeccionaba el vestíbulo.

—No estoy seguro. Pero alguien ha estado aquí relativamente recientemente. —Señaló hacia una mesa lateral donde el polvo era menos denso en ciertos lugares, como si objetos hubieran sido movidos y no exactamente devueltos a su posición original—. Quizás Ashford mismo, verificando que sus secretos permanecieran ocultos. O tal vez enviando a alguien a recuperar documentos comprometedores.

El interior revelaba signos de ocupación intermitente. Sábanas blancas cubrían algunos muebles pero no todos, creando formas extrañas en la penumbra. El polvo flotaba en el aire cada vez que se movían, visible en los rayos de sol que se filtraban por las ventanas sucias.

Sebastian se movía con propósito a través de las habitaciones, buscando con ojos entrenados mientras Annabelle lo seguía a distancia prudente. Pasaron por un salón principal con un candelabro cubierto de telarañas, una sala de música con un piano cuyas teclas estaban parcialmente descubiertas, un comedor con una mesa lo suficientemente larga para acomodar veinte personas pero con solo seis sillas sin cubrir alrededor de un extremo.

—Mantenía este lugar preparado para reuniones pequeñas —observó Sebastian, notando los detalles—. No más de media docena de personas a la vez. Suficiente para conspirar, no tanto como para atraer atención si alguien casualmente pasaba por el camino.

— ¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Annabelle después de inspeccionar varias habitaciones que no revelaban nada excepto el paso del tiempo y uso ocasional.

—Documentos. Correspondencia. Libros de contabilidad. Cualquier cosa que pruebe las actividades ilegales de Ashford. Soborno, extorsión, fraude. El hombre no llegó a su posición actual a través de medios legítimos, y un hombre tan cuidadoso como para mantener una propiedad secreta probablemente guardaba registros meticulosos de sus transacciones. —Sebastian se detuvo, volviéndose hacia ella—. Hombres como Ashford documentan todo. Es su seguro contra traición. Si uno de sus cómplices decide volverse contra él, necesita prueba de su complicidad.

Annabelle asintió, comprendiendo la lógica retorcida. Si Sebastian podía encontrar esa evidencia y copiarla, tendría apalancamiento para detener los ataques. Era pragmático, eficiente, y exactamente el tipo de plan que esperaría de un soldado.

Encontró la biblioteca en el segundo piso, una habitación forrada de estantes polvorientos que alguna vez debieron albergar una colección impresionante de libros. Ahora quedaban solo volúmenes dispersos, muchos con páginas arrancadas o cubiertas dañadas por la humedad, pero notablemente, había una sección entera de tomos encuadernados en cuero que parecían en mejor condición.

Se movió lentamente a través de la habitación, pasando sus dedos por los lomos de los libros restantes. La mayoría eran obras clásicas, algunas en latín que no podía leer, pero también tratados sobre ley, comercio y finanzas. Libros que un hombre involucrado en negocios turbios encontraría útiles.

Fue el estante en la esquina más alejada lo que captó su atención. Estaba ligeramente separado de la pared, como si alguien lo hubiera movido apresuradamente y no lo hubiera regresado a su lugar exacto. Annabelle se acercó, pasando sus dedos por el borde hasta que encontró un pestillo oculto detrás de una moldura decorativa.

El estante se deslizó hacia un lado con un chirrido de protesta, revelando un espacio hueco detrás de él. Dentro había una caja de madera oscura, sin adornos pero claramente hecha con cuidado. Cuando la abrió, contenía varios libros de contabilidad encuadernados en cuero marrón.

—Creo que encontré algo. —dijo ella quebrando el silencio de la casa.

Él apareció en la puerta momentos después, sus largas zancadas cruzando la habitación hasta que estuvo arrodillado junto a ella. Tomó uno de los libros, abriéndolo con cuidado. Sus ojos se movieron rápidamente sobre las columnas de números y nombres, su expresión intensificándose con cada página que pasaba.

—Pagos masivos —murmuró, su voz cargada de una emoción que Annabelle no podía identificar completamente—. A miembros del Parlamento, jueces, oficiales militares de alto rango. Todos están codificados, pero reconozco algunos de los montos. Coinciden con casos que fueron desestimados misteriosamente, con promociones que no tenían sentido.

Annabelle se inclinó para ver mejor, su hombro rozando el de él. Sebastian se tensó ante el contacto pero no se apartó, demasiado absorto en los documentos frente a él.

— ¿Puede descifrar los códigos?

—Algunos, sí. L.P. es probablemente Lord Pemberton, perdió un caso contra Ashford hace tres años. L.D. podría ser Lord Deveraux, el juez que presidió. S.M. sería Sir Mortimer, comandante de la división donde servía el hijo de Ashford antes de que yo lo matara.

Sebastian continuó pasando páginas, sus dedos trazando las líneas de números con precisión de alguien acostumbrado a leer informes militares. Annabelle observaba su perfil, notando la forma en que su mandíbula se apretaba cuando encontraba algo particularmente incriminatorio.

—Si puedo probar que Ashford estaba sobornando oficiales gubernamentales, que manipuló casos judiciales...

—Tendrá suficiente para detenerlo —completó Annabelle, comprendiendo la importancia de lo que habían encontrado.

Sebastian la miró finalmente, realmente la miró por primera vez desde la cabaña, y había algo en sus ojos que hizo que el estómago de ella se contrajera. No era la frialdad de antes, sino algo más cálido, casi como gratitud.

—Exactamente. Necesito copiar estos registros. Si algo nos sucede, al menos habrá evidencia que otros puedan usar.

Annabelle extendió la mano sin pensarlo.

—Deme papel y tinta. Yo puedo copiar más rápido que usted.

Sebastian levantó una ceja, sorpresa cruzando brevemente su rostro.

— ¿Cómo sabe que...?

—Porque pasé años llevando las cuentas de mi tío cuando mi tía enfermó —lo interrumpió ella, su voz más suave ahora—. Puedo copiar números con precisión y velocidad. Confíe en mí en esto.

La frase final cayó entre ellos con peso. *Confíe en mí.* Después de todo lo que había pasado, después de cómo él la había lastimado, aún le estaba pidiendo que confiara en ella para esto.

Sebastian vaciló por un momento, algo indefinible cruzando su rostro. Entonces asintió lentamente.

—Hay un escritorio en la habitación contigua. Debería tener papel y tinta, aunque probablemente esté seca.

Encontraron lo que necesitaban en un estudio pequeño adyacente a la biblioteca. El tintero estaba efectivamente seco, pero Sebastian encontró un frasco sellado en uno de los cajones, evidencia adicional de que Ashford mantenía la propiedad equipada para uso ocasional. También había papel de buena calidad, plumas que solo necesitaban ser afiladas, y sellos de lacre que nunca habían sido usados.

Se pusieron a trabajar. Annabelle copiaba las columnas de números con letra clara y precisa mientras Sebastian continuaba buscando más documentos en otros escondites que descubría. Trabajaban en silencio excepto por el rasguido ocasional de la pluma sobre el papel y los pasos de Sebastian moviéndose por la biblioteca.

La proximidad creaba una tensión diferente a la del carruaje. Aquí tenían un propósito, una tarea que realizar juntos. Annabelle era intensamente consciente de cada vez que Sebastian se inclinaba sobre su hombro para verificar su progreso, del calor de su cuerpo cuando se acercaba demasiado, del aroma masculino que emanaba de él incluso después de días de viaje.

Pasó casi una hora antes de que sucediera. Sebastian se estiró para alcanzar un libro en el estante superior, demasiado enfocado en su búsqueda para notar la viga baja que cruzaba el techo justo encima de su cabeza. El sonido del impacto resonó en la habitación silenciosa, seguido inmediatamente por una maldición ahogada que habría escandalizado a cualquier dama apropiada.

Annabelle levantó la vista justo a tiempo para verlo frotándose la cabeza con expresión de dolor y dignidad herida. La imagen del temido capitán Holloway, soldado veterano de múltiples campañas, derrotado por una simple viga de madera, fue demasiado.

Rió.

Fue una risa breve, casi histérica después de días de tensión acumulada, pero genuina. El sonido la sorprendió incluso a ella misma, emergiendo desde algún lugar profundo que había olvidado que existía. Sebastian la miró con sorpresa tan evidente que solo hizo que riera más fuerte.

— ¿Se está riendo de mí? —preguntó con voz incrédula, bajando la mano de su cabeza para mirarla con una mezcla de sorpresa y algo que podría haber sido ofensa.

Annabelle intentó componerse, llevando una mano a su boca para suprimir la risa, pero otra escapó a pesar de sus esfuerzos. Las lágrimas picaban en sus ojos, aunque esta vez de humor en lugar de dolor.

—Es que... —logró decir entre risas—. El temido capitán Holloway, soldado veterano de guerra, sobreviviente de batallas sangrientas, derrotado por una viga de madera en una casa secreta.

Por un momento, Sebastian simplemente la miró. Entonces, para absoluta sorpresa de Annabelle, los labios de él se contrajeron. Empezaron en las comisuras, un temblor casi imperceptible, antes de curvarse completamente hacia arriba. Sonrió. No la media sonrisa sarcástica que había visto antes, ni la expresión controlada que usaba en público. Esta era una sonrisa real, genuina, que transformaba completamente su rostro.

Las líneas duras se suavizaron, los años de dolor parecieron desvanecerse momentáneamente, y sus ojos brillaron con algo que podría haber sido diversión. Annabelle sintió su respiración atascarse en su garganta ante la transformación. Este era el hombre que podría haber sido sin la guerra, sin el trauma, sin los secretos que lo pesaban.

—Cuidado, señorita Thornton —dijo con tono más ligero de lo que había usado en días, quizás semanas—. O pensaré que disfruta mi sufrimiento físico.

Annabelle sostuvo su mirada, la audacia que había estado enterrando bajo capas de dolor y humillación resurgiendo como una

flor después de la lluvia.

—Quizás disfruto verlo humano en lugar del soldado impenetrable que insiste en ser.

Algo cambió en el aire entre ellos. La sonrisa se desvaneció del rostro de Sebastian, reemplazada por una intensidad que hizo que el pulso de Annabelle se acelerara en su garganta. Dio un paso hacia ella, luego otro, sus movimientos deliberados y medidos como un depredador acercándose a su presa.

Se detuvo cuando estaban tan cerca que ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Podía ver cada detalle de su rostro desde esta distancia: las pequeñas cicatrices que marcaban su piel, las vetas doradas en sus iris grises, la forma en que su mandíbula se apretaba con tensión contenida.

—Soy demasiado humano cerca de ti —dijo él con voz ronca que envió un escalofrío por su columna—. Ese es precisamente el problema, Annabelle. Cerca de ti, olvido todas las razones por las que debería mantener distancia. Olvido el peligro. Olvido todo excepto...

Se detuvo abruptamente, como si se diera cuenta de que estaba revelando demasiado. Sus manos se habían levantado como si fuera a tocarla, pero las dejó caer a sus costados, cerrándolas en puños con tanta fuerza que sus nudillos se blanquearon.

Annabelle podía sentir su respiración contra su rostro, podía ver la forma en que su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares. Estaban tan cerca que si se inclinaba apenas unos centímetros, sus labios se tocarían.

— ¿Excepto qué? —susurró, atreviéndose a presionar cuando todo su instinto le decía que retrocediera.

Sebastian cerró los ojos brevemente, como si librara alguna batalla interna. Cuando los abrió nuevamente, había dolor en sus profundidades.

—Excepto lo mucho que te deseo —admitió en voz tan baja que Annabelle apenas pudo escuchar—. Y lo peligroso que es para ti que te quiera.

Antes de que Annabelle pudiera procesar esas palabras, antes de que pudiera responder o alcanzarlo o hacer cualquiera de las mil cosas que su corazón le gritaba que hiciera, Sebastian se alejó bruscamente. Giró y regresó a su búsqueda metódica de documentos, su espalda rígida como si acabara de decir algo que no debía.

Annabelle permaneció inmóvil, su corazón martilleando salvajemente contra sus costillas. *Excepto lo mucho que te quiero.* Las palabras resonaban en su mente, chocando violentamente con todo lo que él había dicho en la cabaña. ¿Cómo podía quererla y al mismo tiempo llamarla un error?

Terminaron de copiar los documentos mientras el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte. Sebastian guardó las copias cuidadosamente en su abrigo mientras Annabelle devolvía los originales a su escondite detrás del estante. La casa crujía ocasionalmente a su alrededor, sonidos de madera vieja asentándose que hacían eco en las habitaciones.

—Deberíamos pasar la noche aquí —dijo Sebastian mientras inspeccionaba las ventanas, verificando líneas de visión y posibles rutas de escape con eficiencia militar—. Es más seguro que una posada donde podrían rastrearnos fácilmente. Los hombres de Ashford probablemente están vigilando cada establecimiento a lo largo de la ruta norte.

Annabelle asintió, aunque la idea de pasar otra noche a solas con él hacía que su estómago se contrajera en nudos complicados.

— ¿Está seguro de que es seguro quedarnos aquí? Si Ashford sabe de este lugar...

—Precisamente porque sabe de este lugar es que no esperará encontrarnos aquí —interrumpió Sebastian—. Pensará que evitaríamos cualquier propiedad asociada con él. Además, si envió hombres a verificar esta propiedad después de descubrir que alguien había estado investigando sus asuntos, ya habrían llegado y partido. Tenemos hasta mañana al menos.

La lógica era sólida, y Annabelle no tenía energía para discutir. Encontraron una habitación en el segundo piso que parecía habitable después de limpiar el polvo más grueso y airear el espacio. Había dos camas pequeñas separadas por varios pies de espacio, lo que eliminaba al menos esa fuente particular de tensión.

Mientras Sebastian inspeccionaba la chimenea, Annabelle notó algo que confirmaba su teoría sobre el uso reciente de la propiedad: había leña apilada cuidadosamente junto al hogar, seca y lista para usar. No la madera podrida que esperaría después de años de abandono, sino leña que no podía tener más de unos meses.

—Alguien mantuvo esto abastecido —observó, señalando la pila.

Sebastian asintió, examinando la chimenea con ojo crítico.

—Ashford probablemente enviaba a alguien periódicamente para mantener el lugar utilizable para sus reuniones. Mejor para nosotros. Al menos no moriremos de frío esta noche.

Encendió el fuego con eficiencia militar, usando yesca que encontró en una caja junto a la leña. Las llamas prendieron rápidamente, arrojando luz cálida y danzante sobre las paredes polvorientas. El calor era bienvenido después del frío que se filtraba con el anochecer.

Mientras Sebastian agregaba más leña al fuego, Annabelle notó el corte en su frente donde la viga lo había golpeado. La piel estaba rota, una línea delgada de sangre seca marcando su sien y extendiéndose hacia su cabello oscuro.

—Tiene un corte —dijo ella, acercándose antes de que su mente pudiera convencerla de que era mala idea—. En la frente.

—Estaré bien. He sobrevivido heridas peores.

—Al menos déjeme limpiarlo —insistió Annabelle, su lado práctico superando cualquier preocupación sobre la sabiduría de tocarlo—. No querría que se infecte. Estamos a días de cualquier médico competente.

Sebastian la miró durante un largo momento, sus ojos grises estudiando su rostro como si estuviera buscando algo. Entonces asintió con rigidez, sentándose en el borde de una de las camas.

—Como desees.

Annabelle encontró una palangana en una de las habitaciones y agua limpia del pozo que habían descubierto en el jardín trasero. Encontró también un trapo que parecía relativamente limpio después de sacudirlo. Cuando regresó, Sebastian estaba exactamente donde lo había dejado, su postura erguida y militar incluso sentado.

Se arrodilló frente a él, humedeciendo la tela antes de levantarla hacia su rostro. Sus manos temblaban cuando tocó su frente, limpiando suavemente la sangre seca que se había acumulado alrededor de la herida. Sebastian se congeló bajo su toque, cada músculo tenso como si estuviera preparándose para un golpe que nunca llegaría.

—Annabelle... —su voz era una advertencia, áspera y cargada de algo que ella no podía nombrar completamente.

—Shh —lo silenció ella, concentrándose en limpiar la herida con toques suaves que contrastaban con la tensión entre ellos—. Déjeme hacer esto.

La piel bajo sus dedos era cálida, la textura de las cicatrices que marcaban su rostro áspera en contraste con las áreas suaves que el tiempo y la guerra no habían tocado. Annabelle limpió el corte cuidadosamente, notando cómo él contenía la respiración cada vez que sus dedos se acercaban demasiado.

Cuando terminó con la herida nueva, sus dedos trazaron casi involuntariamente una cicatriz que corría desde su sien hasta su

pómulo. Era una línea pálida, vieja, que había notado antes pero nunca había tenido permiso de tocar.

— ¿Esta? —preguntó con voz suave, sus ojos encontrando los de él.

Los ojos de Sebastian se habían oscurecido peligrosamente, su respiración volviéndose irregular bajo su escrutinio. Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que ella pudo ver los tendones marcándose en su cuello.

—Francia —dijo finalmente, su voz ronca—. Bayoneta. Durante la retirada de Toulouse.

Annabelle se inclinó hacia adelante, guiada por un impulso que no completamente comprendía. Presionó sus labios contra la cicatriz, un beso suave y reverente que era más pregunta que afirmación. Sebastian tembló violentamente bajo el contacto, un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

Sus manos se cerraron en puños sobre sus rodillas, sus nudillos blanqueándose con la fuerza del agarre. Annabelle podía ver la batalla librándose dentro de él, reflejada en cada línea tensa de su cuerpo.

—No hagas eso —dijo con voz estrangulada, aunque no se apartó.

— ¿Por qué no? —Annabelle trazó otra cicatriz, está en su cuello, apenas visible sobre su collar.

—Porque haces que quiera...

No terminó la frase. En cambio, se levantó abruptamente, casi derribándola en el proceso. Caminó hacia la ventana con pasos rígidos, manteniéndole la espalda mientras respiraba profundamente como si intentara recuperar algún control que había perdido.

Annabelle permaneció arrodillada en el suelo, frustración ardiendo en su pecho junto con algo más peligroso. Cada vez que se acercaban, cada vez que compartían un momento de conexión

genuina, él se alejaba como si estar cerca de ella fuera una forma de tortura.

—No puede seguir haciendo esto —dijo finalmente, poniéndose de pie con piernas que temblaban—. No puede seguir alejándome cada vez que nos acercamos demasiado.

—Puedo y lo haré —respondió él sin volverse, sus hombros tensos bajo su camisa—. Es por tu propio bien, Annabelle.

— ¿Mi propio bien? —repitió ella, su voz subiendo con emoción contenida—. ¿O el suyo capitán? ¿De qué tienes tanto miedo, Sebastian? —le dijo perdiendo la paciencia.

Sebastian giró bruscamente, y había algo salvaje en sus ojos que la hizo retroceder un paso.

— ¿Quieres saber la verdad? ¿La verdad completa y devastadora? —su voz era áspera, casi rota—. La verdad es que todos los que se acercan demasiado a mí terminan muertos. James murió en mis brazos rogándome que cuidara de su hermana. Emily murió gritando mi nombre mientras yo miraba impotente. Y no permitiré que tú seas la siguiente en esa lista de personas que destruyo.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras arrojadas a aguas tranquilas, creando ondas que se extendían y extendían. Annabelle dio un paso hacia él, rehusándose a retroceder ante su dolor tan evidente.

—Entonces déjame decidir mis propios riesgos —dijo con voz firme—. Déjame elegir si quiero estar cerca de ti a pesar del peligro.

—No —la voz de Sebastian era final, absoluta—. Esa decisión no te corresponde. No cuando el costo podría ser tu vida.

Se retiró a su cama sin decir más, dándole la espalda con claridad definitiva. Annabelle se quedó de pie en medio de la habitación, sus manos apretadas en puños a sus costados, antes de finalmente retirarse a su propia cama con el sabor amargo de la derrota en su boca.

Las horas pasaron con una lentitud que rivalizaba con la tortura. Annabelle yacía despierta, mirando las sombras que la luz de la luna proyectaba sobre el techo mientras escuchaba la respiración irregular de Sebastian al otro lado de la habitación. Sabía que él tampoco dormía, podía sentir su vigilia en la tensión que llenaba el espacio entre sus camas.

Los nombres que había gritado en su pesadilla aquella noche en la posada resonaban en su mente. James. Emily. Ahora tenía más contexto: hermano y hermana, ambos muertos, ambos conectados a Sebastian de maneras que él claramente no podía perdonarse.

Finalmente, cuando el reloj en algún lugar de la casa dio las dos de la madrugada con campanadas distantes, Annabelle se levantó. No podía permanecer en esa cama un minuto más, atrapada con sus pensamientos y la presencia silenciosa de Sebastian tan cerca pero tan inalcanzable.

La luna llena iluminaba el pasillo mientras caminaba silenciosamente, sus pies descalzos fríos contra el suelo de madera. Había visto un pequeño balcón antes, conectado a una de las habitaciones frontales. El aire fresco la ayudaría a aclarar su mente.

No estaba sola cuando llegó. Sebastian estaba de pie junto a la barandilla oxidada, sus manos agarrándola con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos incluso en la luz plateada de la luna. Se volvió al escuchar sus pasos, algo parecido a resignación cruzando su rostro cuando la vio.

— ¿Otra pesadilla? —preguntó Annabelle con suavidad, acercándose hasta que estuvo a su lado.

—No puedo dormir aquí —respondió él, su voz apenas más que un murmullo—. Demasiado silencioso.

— ¿Prefieres el ruido de la guerra? ¿Los gritos y los disparos?

Sebastian volvió su mirada hacia el paisaje oscuro que se extendía ante ellos, campos y bosques bañados en luz de luna.

—Al menos ahí sabía qué esperar. Sabía quién era el enemigo, dónde estaba el peligro, cómo protegerme. Aquí... —se detuvo, sacudiendo la cabeza—. Aquí todo es incierto. No sé contra qué estoy luchando la mitad del tiempo.

Annabelle estudió su perfil, notando las líneas de tensión que nunca parecían abandonar su rostro, las sombras bajo sus ojos que hablaban de noches sin dormir.

— ¿Por qué rechazaste el puesto en India? —preguntó de repente, la pregunta escapando antes de que pudiera reconsiderarla.

La pregunta cayó entre ellos como una bomba. Sebastian se congeló, sus dedos apretándose aún más en la barandilla hasta que ella escuchó el metal protestar bajo la presión.

— ¿Cómo sabes de eso? —su voz era cuidadosamente controlada, pero Annabelle podía escuchar la tensión debajo.

—El posadero lo mencionó hace días. Dijo que era una promoción importante, que te habría hecho mayor. Una posición de considerable prestigio e influencia en la Compañía de las Indias Orientales. ¿Por qué la rechazarías?

El silencio se extendió durante tanto tiempo que Annabelle pensó que no respondería. El viento nocturno soplaba suavemente, llevando el aroma de tierra húmeda y flores silvestres. En algún lugar en la distancia, un búho ululaba, el sonido solitario en la quietud.

Cuando finalmente habló, su voz era apenas un susurro, cada palabra pareciendo arrancada de algún lugar profundo dentro de él.

—Razones personales.

—Eso no es una respuesta —presionó Annabelle, girándose completamente hacia él—. Tu carrera militar era todo para usted. Te escuché hablar de ella con otros oficiales en Londres. Era tu vida, tu propósito. ¿Qué podría ser más importante que eso?

Sebastian la miró finalmente, realmente la miró, y había algo vulnerable en su expresión que hizo que el corazón de Annabelle diera un vuelco doloroso en su pecho. Podía ver la batalla librándose en sus ojos, el deseo de decir la verdad luchando contra el miedo que lo había mantenido silencioso.

—No quería irme de Inglaterra —admitió finalmente, las palabras saliendo lentas y cuidadosas.

— ¿Por qué? —Annabelle apenas se atrevía a respirar, sintiendo que estaban al borde de algo importante—. ¿Qué te mantenía aquí?

Sebastian sostuvo su mirada, y por un momento, Annabelle vio todo en sus ojos: el deseo, el miedo, la necesidad que él estaba desesperadamente tratando de negar. Vio el momento exacto en que decidió cruzar esa línea, en que decidió finalmente decir la verdad que había estado ocultando.

—Porque había alguien aquí —dijo con voz ronca, cargada de emoción que hacía que cada palabra temblara—. Alguien que... no podía soportar la idea de dejar. Alguien que ocupaba mis pensamientos incluso cuando no debería. Alguien que hacía que la idea de estar al otro lado del mundo fuera insoportable.

El aire abandonó los pulmones de Annabelle en un suspiro entrecortado. Su corazón martilleaba tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo en el silencio nocturno. *¿Estaba hablando de ella? ¿Era posible que ella fuera la razón por la que había rechazado una promoción que cambiaría su vida?*

— ¿Quién? —logró preguntar, su voz apenas audible, temblando con esperanza y miedo en medidas iguales.

Sebastian abrió la boca para responder. Annabelle vio la decisión formándose en sus ojos, vio el momento en que finalmente iba a decir su nombre, a admitir lo que ambos habían estado bailando alrededor durante días.

Entonces escucharon los ruidos.

Botas sobre tierra. Múltiples pares, moviéndose con el sigilo de hombres entrenados pero no lo suficientemente silenciosos. El murmullo bajo de voces masculinas consultando en la oscuridad, demasiado cerca de la casa.

Sebastian se tensó instantáneamente, transformándose de hombre vulnerable a soldado en un latido. Su mano se movió hacia la pistola que siempre llevaba, sus ojos escaneando la oscuridad más allá del balcón.

—Adentro —ordenó con voz militar que no admitía discusión—. Ahora. Silenciosamente.

Annabelle lo siguió de regreso a la habitación donde Sebastian ya estaba recogiendo sus pertenencias con eficiencia militar nacida de años de práctica. Sus movimientos eran precisos, económicos, sin un solo movimiento desperdiciado.

—Los hombres de Ashford —dijo brevemente mientras aseguraba las copias de los documentos dentro de su abrigo—. Nos encontraron más rápido de lo que esperaba.

— ¿Cómo es posible? —Annabelle mantenía su voz baja mientras recogía su propia bolsa—. Nadie sabía que estábamos aquí.

—Probablemente sobornó al cochero para que revelara nuestra ruta, o tiene espías en cada posada a lo largo del camino norte — Sebastian maldijo entre dientes mientras verificaba sus pistolas—. O peor aún, quizás alguien lo alertó cuando descubrimos los documentos. Ashford podría haber dejado algún tipo de trampa, algo que indicara si alguien había accedido al escondite. No hay tiempo para especulaciones. Necesitamos salir. Inmediatamente.

Corrieron silenciosamente por el pasillo trasero, Sebastian guiándola con seguridad nacida de años de entrenamiento táctico y operaciones nocturnas. Podían escuchar a los hombres entrando por la puerta principal, sus voces creciendo más fuertes mientras comenzaban a buscar sistemáticamente la casa habitación por habitación.

Sebastian encontró una ventana en el primer piso que daba a un jardín lateral cubierto de maleza. La abrió con cuidado, verificando el exterior antes de volverse hacia Annabelle con expresión seria.

—Voy a saltar primero. Luego te atraparé. No hagas ruido.

—Puedo saltar sola —susurró Annabelle, su orgullo rebelándose contra la idea de necesitar ser atrapada como una damisela indefensa.

—Annabelle —la voz de Sebastian era baja pero férrea—. Por una vez en tu maldita vida, simplemente obedece sin discutir.

El tono no dejaba espacio para argumentos. Sebastian saltó con gracia felina, aterrizando en posición agachada con apenas un susurro de sonido antes de volverse hacia ella con brazos extendidos.

Annabelle se sentó en el alféizar, sus faldas enredándose alrededor de sus piernas mientras calculaba la distancia. No era demasiado alta, pero en la oscuridad era difícil juzgar exactamente dónde terminaría.

Saltó.

Sebastian la atrapó con firmeza, sus brazos rodeándola mientras absorbía el impacto con rodillas flexionadas. Por un momento permanecieron así, congelados en la noche, sus respiraciones mezclándose en el espacio estrecho entre ellos. Annabelle podía sentir el martilleo de su corazón contra su pecho, podía ver cada detalle de su rostro en la luz de la luna.

—Tenemos que movernos —dijo él finalmente, aunque sus brazos no la soltaron inmediatamente, permaneciendo cerrados alrededor de ella un momento más de lo estrictamente necesario.

Cuando finalmente la dejó en el suelo, mantuvo su mano firmemente en la suya mientras corrían hacia el bosque que bordeaba la propiedad. Detrás de ellos, escucharon gritos cuando los hombres descubrieron que sus presas habían escapado, seguidos por el sonido de botas corriendo.

No se detuvieron hasta que el bosque los tragó, hasta que las voces se desvanecieron en la distancia y solo quedaba el sonido de su respiración agitada y el crujir ocasional de ramas bajo sus pies. Sebastian finalmente se detuvo en un claro pequeño, jadeando mientras escuchaba atentamente por señales de persecución inmediata.

—Creo que los perdimos —dijo después de varios minutos de silencio tenso—. Al menos temporalmente.

Annabelle se dejó caer contra un árbol, su propio pecho subiendo y bajando con respiración agitada. Su vestido estaba rasgado en varios lugares de las ramas, sus manos arañadas, su cabello había perdido todos sus alfileres y caía salvajemente alrededor de sus hombros.

— ¿Ahora qué? —preguntó cuándo finalmente recuperó suficiente aliento para hablar.

Sebastian se volvió hacia ella, y en la luz de la luna que se filtraba entre las hojas, su rostro era una mezcla de determinación y algo más oscuro que ella no podía nombrar completamente.

—Ahora terminamos este viaje de una vez por todas. Llegamos a casa de tu tía como estaba planeado, y luego uso estos documentos para tratar con Ashford. Es la única manera de mantenerte a salvo.

— ¿Y lo que estabas a punto de decirme en el balcón? —presionó Annabelle, rehusándose a dejar que el momento escapara—. ¿Sobre por qué rechazaste India? ¿Sobre quién era esa persona?

Los ojos de Sebastian se encontraron con los suyos, y por un momento, Annabelle pensó que finalmente respondería, que finalmente confirmaría lo que su corazón esperaba desesperadamente escuchar.

En cambio, apartó la mirada, su mandíbula apretándose.

—No importa ahora. Sobrevivir es lo único que importa en este momento.

Pero mientras la guiaba a través del bosque oscuro, su mano aun firmemente entrelazada con la suya rehusándose a soltarla, Annabelle no podía sacudir las palabras que había dicho. *Había alguien aquí. Alguien que no podía soportar la idea de dejar.*

¿Era ella esa persona? ¿O había otra mujer, algún amor secreto que Sebastian guardaba en su corazón atormentado? La pregunta la perseguiría mientras caminaban hacia un destino incierto, unidos por circunstancias pero separados por secretos que él se negaba a revelar completamente.

La ironía no se le escapaba: Sebastian había admitido quererla en la habitación, había insinuado que ella era la razón por la que había rechazado India, pero aún se negaba a decirlo directamente, a confirmar lo que ambos sabían pero ninguno se atrevía a nombrar.

Capítulo 6

Sebastian guiaba a Annabelle a través del bosque oscuro con la certeza de alguien acostumbrado a navegar terreno hostil sin luz. Habían abandonado el camino principal horas atrás, optando por rutas secundarias que serían más difíciles de rastrear. La luna proporcionaba apenas suficiente iluminación para evitar tropezar con raíces expuestas y ramas caídas.

Viajaban de noche ahora. Era más seguro, menos predecible para los hombres de Ashford que sin duda continuaban buscándolos. Sebastian había tomado esa decisión sin consultar, su paranoia militar aumentando con cada hora que pasaba. Annabelle podía ver la tensión acumulándose en sus hombros, en la forma en que sus ojos nunca dejaban de escanear su entorno.

Habían pasado dos días desde que escaparon de la casa abandonada. Dos días de dormir en claros del bosque, de comer provisiones frías, de moverse constantemente. Sebastian apenas había descansado en todo ese tiempo, insistiendo en hacer guardia incluso cuando ella le suplicaba que durmiera aunque fuera unas horas.

— ¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —preguntó Annabelle cuando finalmente se detuvieron cerca del amanecer, en un pequeño arroyo donde podrían rellenar sus cantimploras.

—No importa —respondió él, sus ojos escaneando el perímetro del claro con atención que nunca flaqueaba.

—Sí importa. Estás agotado. Puedo verlo.

Sebastian se volvió hacia ella, y las sombras oscuras bajo sus ojos eran más pronunciadas que nunca en la luz temprana del amanecer.

—Estaré bien. He funcionado con menos sueño durante campañas que duraron semanas.

—Esto no es una campaña militar —señaló Annabelle, su frustración comenzando a filtrarse en su voz—. No puedes seguir así indefinidamente.

—Puedo y lo haré hasta que estemos a salvo.

Annabelle apretó los puños a sus costados, reconociendo la futilidad de argumentar con él cuando adoptaba ese tono militar inflexible. En cambio, se arrodilló junto al arroyo, lavándose la cara con agua helada que la hizo jadear.

Continuaron caminando hasta que el sol estuvo alto en el cielo. Sebastian finalmente declaró que habían puesto suficiente distancia entre ellos y la casa abandonada para arriesgarse a usar el camino principal nuevamente. Encontraron una ruta que llevaba al norte, hacia Escocia, y siguieron su curso polvoriento mientras el calor del mediodía los envolvía.

Las horas se arrastraron con lentitud. Annabelle observaba a Sebastian de reojo, notando cómo ocasionalmente tropezaba con fatiga que él se negaba a reconocer. Sus reflejos seguían siendo rápidos, su vigilancia constante, pero ella podía ver el costo que le estaba cobrando.

Para el atardecer del segundo día, avistaron una posada más grande en la distancia. Era un edificio sustancial de tres pisos, el tipo de establecimiento que atendía a viajeros adinerados en lugar de comerciantes comunes. Sebastian estudió el lugar durante largo rato antes de asentir.

—Será más seguro. Más gente, más fácil pasar desapercibidos. Y necesitas un baño apropiado y una cama real.

—Tú también —señaló Annabelle.

Él no respondió, simplemente la guió hacia la posada con mano firme en la parte baja de su espalda. El contacto, incluso a través de las capas de su vestido, envió un escalofrío por su columna. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, su cuerpo aún reaccionaba a cada toque como si estuviera en llamas.

*****

El interior de la posada era considerablemente más elegante que los establecimientos anteriores. Candelabros de cristal colgaban del techo, las paredes estaban forradas con papel tapiz floral, y los muebles eran de madera pulida en lugar de toscas tablas. Sebastian aseguró dos habitaciones en el mostrador, pagando por adelantado con monedas que contó cuidadosamente. El posadero, un hombre rollizo con delantal manchado, les entregó las llaves con una reverencia apropiada.

—Habitaciones siete y nueve, señor. En el segundo piso, al final del pasillo. Ambos subieron en silencio, el peso de la tensión entre ellos presionando como una mano física. Sebastian desbloqueó la habitación siete primero, verificando el interior con ojo militar antes de asentir hacia Annabelle.

—Esta es la suya. Cerque la puerta. Vendré por usted en una hora para la cena. Annabelle entró sin responder, cerrando la puerta entre ellos con un clic suave pero definitivo. La habitación era modesta pero limpia: una cama individual con dosel, un lavabo con jarra de agua, un biombo en la esquina.

Una joven sirvienta llegó momentos después con agua caliente y, por unas cuantas monedas extra, se ofreció a ayudarla a cambiarse y arreglar su cabello. Annabelle se lavó lo mejor que pudo, sintiendo capas de polvo y tensión desprenderse con el agua perfumada con lavanda. La sirvienta cepilló su cabello hasta que brilló, ayudándola

con el corsé y el vestido que había logrado mantener relativamente presentable a pesar de días de viaje.

Cuando bajó al comedor una hora después, se sintió casi humana nuevamente. Sebastian ya estaba sentado en una mesa en la esquina, su posición elegida estratégicamente para tener vista de todas las entradas. Se había cambiado también, su abrigo oscuro impecable, su cabello peinado hacia atrás. Lucía cada centímetro el aristocrático capitán, excepto por la tensión que nunca abandonaba completamente sus hombros.

Annabelle estaba a medio camino hacia su mesa cuando la voz femenina resonó a través Ella se detuvo en seco, observando mientras una mujer se acercaba a su mesa con pasos gráciles que hablaban de años de entrenamiento en cómo moverse como una dama. Era hermosa de maneras que Annabelle nunca podría aspirar a ser: cabello rubio perfectamente peinado, vestido de seda azul que probablemente costaba más que todo el guardarropa de Annabelle, y una confianza que emanaba de cada poro.

Sebastian se puso de pie tan bruscamente que su silla chirrió contra el suelo. Su expresión era de sorpresa mezclada con algo que podría haber sido incomodidad.

—Lady Victoria.

La mujer, Victoria, sonrió ampliamente mientras se acercaba. Sus ojos recorrieron el rostro de Sebastian con una familiaridad que hizo que el estómago de Annabelle se contrajera.

— ¡Cuánto tiempo sin verte! Escuché que regresaste de la guerra hace meses. Me sorprende que no hayas venido a visitarme.

—He estado... ocupado —respondió Sebastian, su postura rígida y formal.

Victoria rió, un sonido melodioso que probablemente practicaba frente al espejo.

—Siempre tan dedicado a tus deberes. Algunas cosas nunca cambian. Debemos ponernos al día apropiadamente. ¿Cenas conmigo esta noche?

Annabelle observaba la interacción desde varios pies de distancia, paralizada por una emoción que tardó un momento en reconocer: celos. Celos ardientes y corrosivos que se retorcían en su estómago como serpientes.

Victoria era todo lo que ella no era. Voluptuosa, Sofisticada donde Annabelle era práctica. Elegante donde Annabelle era directa. Claramente conocía a Sebastian de antes, de alguna vida anterior que él nunca había mencionado.

—Estoy ocupado —repitió Sebastian, su voz un poco más tensa.

Fue entonces cuando Victoria finalmente notó a Annabelle. Sus ojos azules la evaluaron de pies a cabeza en un solo vistazo calculado, tomando nota de su vestido arrugado, su cabello sin los adornos apropiados, su postura menos que perfecta.

— ¿Es tu...? —Victoria dejó la pregunta colgando en el aire, una ceja perfectamente arqueada.

—Estoy escoltándola a Escocia —dijo Sebastian con voz plana—. Nada más.

Las palabras fueron una puñalada directa al corazón de Annabelle. *Nada más.* Después de todo lo que habían compartido, después de las confesiones a medias y los momentos robados, seguía siendo *nada más* para él.

Victoria sonrió, satisfacción brillando en sus ojos mientras procesaba la información.

—Entonces estás libre después de entregarla a su destino. Excelente. Estaré en la habitación doce si cambias de opinión sobre la cena, Sebastian. Tenemos mucho de qué hablar.

Se alejó con el mismo paso grácil, dejando tras de sí una estela de perfume caro que probablemente costaba más que el salario mensual de Annabelle. Sebastian permaneció de pie junto a la mesa, observándola irse con expresión inescrutable.

Annabelle se obligó a caminar hacia la mesa, cada paso requiriendo más esfuerzo que el anterior. Se sentó sin esperar que Sebastian la ayudara con la silla, manteniendo su mirada fija en el mantel bordado.

— ¿Ex-prometida? —preguntó con voz que sonó más calmada de lo que sentía.

Sebastian se sentó lentamente, sus movimientos medidos.

—Hace años. Antes de la guerra.

— ¿Irás a cenar con ella?

—No.

Annabelle levantó la vista finalmente, estudiando su rostro.

—Puedes ir. No soy tu dueña. Solo soy alguien a quien estás escoltando. Nada más, según tus propias palabras.

Sebastian apretó la mandíbula, frustración cruzando brevemente su rostro.

—No quiero ir.

— ¿Por qué no? —presionó Annabelle, incapaz de detenerse incluso cuando sabía que estaba siendo irracional—. Es hermosa. Sofisticada. Claramente te conoce mejor que yo. Probablemente sería una esposa perfecta para un capitán militar.

—Ella me conoce de antes —dijo Sebastian con voz tensa—. Antes de la guerra. Antes de que...

Se detuvo abruptamente, apartando la mirada.

— ¿Antes de qué? —preguntó Annabelle con voz más suave ahora.

Sebastian la miró, y había algo oscuro y torturado en sus ojos.

—Antes de convertirme en esto. Este hombre roto con pesadillas y secretos. Victoria conoció a alguien que ya no existe.

El mesero apareció antes de que Annabelle pudiera responder, tomando sus órdenes con eficiencia profesional. Comieron en silencio tenso, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Annabelle empujaba la comida alrededor de su plato, su apetito desaparecido bajo el peso de los celos que no podía sacudir.

Subieron las escaleras juntos, separándose en el pasillo con un "buenas noches" formal que se sentía ridículo después de todo lo que habían compartido. Annabelle entró a su habitación, cerrando la puerta y apoyándose contra ella con un suspiro largo. No había estado sola ni cinco minutos cuando escuchó el golpe urgente. Abrió para encontrar al posadero, su rostro rojo de vergüenza y consternación.

—Señorita, lo lamento muchísimo, pero tengo que pedirle que cambie de habitación. Annabelle frunció el ceño.

— ¿Disculpe? Ya he pagado por esta habitación. Ya me he instalado.

—Lo sé, lo sé, y créame que no lo haría si tuviera otra opción. Pero acaba de llegar Lord Pemberton con su esposa. Él envió a su secretario hace dos semanas con una carta reservando específicamente esta habitación—señaló la puerta con número siete —. La carta debe haberse extraviado o mi esposa olvidó anotarla en el libro, pero él tiene el comprobante firmado por ella misma.

El posadero sacó una carta doblada de su bolsillo, mostrándosela a Annabelle. Efectivamente, ahí estaba: una reservación fechada dos semanas atrás, confirmada con el sello de la posada.

—Lord Pemberton es... bueno, es un hombre de considerable influencia en estos condados, señorita. Viene cada año para el torneo de caza del pueblo vecino. Si no le doy la habitación que reservó, podría... —el posadero se secó el sudor de la frente—. Podría arruinar mi reputación. Las posadas viven o mueren por la recomendación de los nobles.

Annabelle sintió una mezcla de frustración e inevitabilidad. — ¿Y dónde se supone que debo dormir? ¿Tiene otra habitación disponible?

—Ese es el problema, señorita. No tengo ninguna. Con el torneo de caza mañana, cada habitación está ocupada. Lord Danbury reservó dos habitaciones: esta para él y su esposa, y otra para su hijo y nuera. Ya ocuparon esa. Si no le hubiera dado está a usted por error... Bajó la voz, mirando nerviosamente hacia las escaleras. —Su... compañero de viaje tiene la habitación nueve, que es considerablemente más grande. Tiene dos camas, de hecho. Solía ser nuestra suite familiar antes de que la remodeláramos. Si él estuviera dispuesto a compartir el espacio... naturalmente, le devolveré el dinero de su habitación y no les cobraré extra por la inconveniencia.

Annabelle cerró los ojos brevemente. Por supuesto. Por supuesto que terminarían compartiendo habitación otra vez.

—Déjeme hablar con él.

Encontró a Sebastian en su habitación, todavía completamente vestido a pesar de la hora tardía. Estaba junto a la ventana, como siempre, verificando rutas de escape incluso aquí. Cuando ella explicó la situación, algo cruzó su rostro ¿resignación? ¿anticipación?, antes de que asintiera rígidamente.

—No tiene otra opción. Puede quedarse aquí. Yo dormiré en la silla.

—Sebastian, hay dos camas...

—Dormiré en la silla —repitió con voz que no admitía discusión.

Annabelle fue a recoger sus pertenencias de la habitación siete, cruzándose en el pasillo con Lord Danbury, un hombre corpulento de unos cincuenta años con peluca empolvada y expresión de quien está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Ni siquiera la miró cuando pasó, entrando a "su" habitación con su esposa como si tuvieran todo el derecho del mundo. Lo cual, técnicamente, era cierto.

Cuando regresó a la habitación nueve con sus cosas, Sebastian había movido una de las sillas junto al fuego y estaba colocando una manta sobre ella. La habitación era, efectivamente, más grande que la otra. Dos camas individuales estaban separadas por varios pies de espacio, una cómoda estaba contra la pared, y había un biombo decorativo en la esquina. Una ventana grande daba a los jardines traseros.

—La cama de la izquierda es suya —dijo Sebastian sin mirarla—. Estaré aquí si necesita algo. Annabelle apretó los labios,

reconociendo la futilidad de argumentar con él cuando adoptaba ese tono. Se movió detrás del biombo para prepararse para dormir, quitándose el vestido con dedos que temblaban. La presencia de Sebastian al otro lado, a solo pies de distancia, hacía que cada movimiento se sintiera cargado de significado.

— ¿La amabas? —preguntó de repente, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas—. ¿A Victoria?

Hubo un largo silencio del otro lado del biombo. Annabelle podía escuchar el sonido de él quitándose las botas, el crujido de madera bajo sus pies.

—Creí que sí en ese momento —respondió finalmente con voz cuidadosa—. Pero era joven, apenas veintiún años. No sabía realmente lo que era el amor.

Annabelle se puso su camisola de algodón blanco, sus dedos trabajando los botones.

— ¿Y ahora? ¿Sabes lo que es?

—Ahora sé que el amor es peligroso.

— ¿Por qué peligroso?

—Porque te da algo que perder —la voz de Sebastian era ronca ahora, cargada de emoción—. Y en mi experiencia, todo lo que amas eventualmente se pierde.

Annabelle salió de detrás del biombo antes de pensar en las implicaciones. Sebastian estaba de pie junto a la ventana con solo sus pantalones y camisa, los botones superiores desabrochados revelando la piel bronceada de su garganta. Se quedó sin aliento cuando la vio, sus ojos oscureciéndose mientras recorrían su figura cubierta solo por la delgada camisola.

Se miraron a través del espacio que los separaba, la tensión acumulándose como una tormenta a punto de estallar. Entonces, sin planear, sin pensar, ambos se movieron. Se encontraron en el medio de la habitación, sus cuerpos chocando con una necesidad que ninguno podía negar más.

—Annabelle... —su nombre en sus labios era mitad advertencia, mitad súplica.

Ella levantó la vista hacia él, su respiración acelerada.

—Demuéstrame.

— ¿Qué?

—Que no soy 'nada más' —las palabras salieron feroces, desafiantes—. Demuestra que soy algo para ti.

Sebastian levantó una mano, sus dedos rozando su mejilla con una reverencia que contrastaba con la intensidad en sus ojos.

—Eres todo —susurró—. Eres...

El golpe en la puerta los separó como un disparo. Ambos se congelaron, el momento rompiéndose en mil pedazos. La voz de Victoria resonó desde el pasillo, melodiosa e insistente.

— ¿Sebastian? Sé que estás ahí. Vi tu nombre en el registro.

Sebastian maldijo entre dientes, pasándose una mano por el cabello con frustración evidente. Miró a Annabelle con expresión torturada antes de caminar hacia la puerta. No abrirla sería más sospechoso que enfrentarse a Victoria directamente.

Cuando abrió, Victoria estaba en el umbral con un sobre en su mano. Sus ojos se movieron más allá de Sebastian hacia Annabelle,

quien estaba de pie en medio de la habitación en su camisola. Una sonrisa fría cruzó el rostro de Victoria, triunfal y conocedora.

—Oh. Perdona la interrupción. No sabía que estabas... ocupado con la mujer que escoltas.

El énfasis en la última palabra fue deliberadamente insultante. Annabelle sintió calor subiendo por su cuello, humillación mezclándose con ira.

Victoria extendió el sobre hacia Sebastian.

—Esto es para ti. Pensé que querrías verlo. Lo he guardado todos estos años, esperando el momento apropiado para devolvértelo.

Sin esperar respuesta, giró y se alejó por el pasillo, sus pasos resonando en el silencio tenso que dejó atrás.

Sebastian cerró la puerta lentamente, mirando el sobre en su mano como si fuera una serpiente venenosa. Su nombre estaba escrito en caligrafía que Annabelle no reconocía, las letras descoloridas por el tiempo.

— ¿Qué es? —preguntó ella con voz suave.

En lugar de responder, Sebastian rompió el sello y extrajo una carta doblada. Annabelle vio su rostro palidecer mientras leía, sus manos temblando casi imperceptiblemente. Se acercó sin pensar, leyendo por encima de su hombro.

La carta estaba fechada cinco años atrás, escrita en la caligrafía desordenada de alguien escribiendo apresuradamente.

"Sebastian,

Si estás leyendo esto, significa que no sobreviví a la batalla de mañana. He dejado instrucciones con Victoria para que te entregue esta carta solo si recibe confirmación de mi muerte.

Necesito pedirte algo que no tengo derecho a pedir. Cuida de Emily por mí. Ella es todo lo que tengo en este mundo, la única familia que me queda desde que nuestros padres murieron. Es joven, apenas diecisiete, y demasiado confiada para su propio bien.

Prométeme que la protegerás. Que te asegurarás de que esté a salvo, de que tenga lo que necesita. No dejes que mi muerte sea en vano. Dale a mi hermana la vida que yo ya no podré darle.

Tu hermano en armas, James Crawford"

Annabelle retrocedió lentamente mientras procesaba las palabras. James. Emily. Los nombres que Sebastian gritaba en sus pesadillas finalmente tenían contexto. James había sido su amigo, su hermano en todo excepto sangre. Emily había sido la hermana de James, alguien que Sebastian había prometido proteger.

—No pude —dijo Sebastian con voz rota, tan baja que Annabelle apenas pudo escuchar—. No pude protegerla.

— ¿Emily? —preguntó Annabelle con suavidad—. ¿Quién era ella?

Sebastian caminó hacia la ventana, manteniendo la espalda hacia ella como si no pudiera soportar ver su rostro mientras confesaba.

—La hermana de James. Mi mejor amigo durante la guerra. Murió en mis brazos en un campo de batalla en España. Me pidió que cuidara de ella, que me asegurara de que estuviera a salvo. Y fallé.

— ¿Qué pasó?

Las manos de Sebastian se cerraron en puños a sus costados.

—Fuego. Su casa en las afueras de Londres. Yo estaba en la ciudad esa noche, reunido con oficiales superiores sobre mi siguiente despliegue. Para cuando llegué, las llamas ya habían consumido todo. Los vecinos dijeron que la escucharon gritar, pero el fuego era demasiado intenso para que alguien entrara.

Annabelle podía escuchar el peso de la culpa en cada palabra, la manera en que se culpaba a sí mismo por algo que claramente estaba fuera de su control.

—No fue tu culpa —dijo con firmeza.

Sebastian se volvió hacia ella, y había algo salvaje en sus ojos.

— ¿Cómo lo sabes? Le prometí a James que la protegería. Esa fue mi única responsabilidad después de que murió. Y no estuve ahí cuando más me necesitaba.

Lo que Sebastian no mencionó, lo que mantuvo guardado incluso en ese momento de vulnerabilidad, era todo lo demás. No mencionó que había mantenido a Emily escondida en el campo durante dos años, pagando su manutención de su propio salario. No mencionó las cartas donde le suplicaba que permaneciera alejada de Londres, que se quedara dónde estaba segura. No mencionó que ella había regresado a la ciudad contra su advertencia explícita, desesperada por la vida social que había sacrificado.

Annabelle solo sabía lo que había leído en la carta y lo que él acababa de confesar: había prometido proteger a la hermana de su amigo, y ella había muerto. La información estaba incompleta, plantando las semillas de un malentendido que crecería con el tiempo.

—No eres Dios —dijo Annabelle, acercándose a él—. No puedes controlar el fuego ni estar en dos lugares a la vez.

—Debí estar ahí —insistió Sebastian, su voz áspera con emoción contenida—. Si hubiera estado ahí...

— ¿Qué? ¿Habrías muerto con ella? —Annabelle lo agarró de los hombros, obligándolo a mirarla—. ¿Eso es lo que crees que James hubiera querido? ¿Qué te inmolaras tratando de salvar a alguien que quizás ya estaba perdida?

Sebastian apartó la mirada, incapaz de sostener su mirada.

—Quizás habría sido mejor. Al menos entonces no tendría que vivir con el conocimiento de que fallé.

Sebastian salió al pequeño balcón conectado a su habitación, necesitando aire que no estuviera cargado con el peso de confesiones y memorias. Annabelle lo observó ir, su corazón apretándose dolorosamente en su pecho ante la imagen de él de pie solo en la oscuridad, cargando culpa que no merecía.

No lo pensó dos veces. Salió al balcón detrás de él, el aire nocturno frío contra su piel a través de la delgada camisola. Sebastian no se volvió cuando escuchó sus pasos, pero sus hombros se tensaron.

—No fue tu culpa —repitió Annabelle con voz firme.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó él sin volverse—. Ni siquiera estabas ahí. No sabes lo que pasó.

—Sé que eres un hombre que se culpa a sí mismo por cosas fuera de su control. Sé que cargas el peso de promesas que eran imposibles de cumplir desde el principio. Y sé que no eres responsable de cada tragedia que toca tu vida.

Sebastian se volvió finalmente, y había lágrimas brillando en sus ojos aunque se negaba a dejarlas caer.

—Debí estar ahí —repitió, como si fuera un mantra que había repetido mil veces.

— ¿Y morir con ella? ¿Eso hubiera hecho alguna diferencia?

—Quizás.

Annabelle dio un paso hacia él, luego otro, hasta que estaba lo suficientemente cerca para tocar. En lugar de enfrentarlo, se movió detrás de él y lo rodeó con sus brazos, presionando su mejilla contra su espalda. Podía sentir la tensión en cada músculo, el temblor que recorría su cuerpo mientras luchaba contra emociones que había estado enterrando durante años.

—No fue tu culpa —susurró contra su espalda—. Y no estás solo ya. No tienes que cargar esto solo.

Sebastian se quedó rígido por un momento largo. Entonces algo en él se quebró. Sus hombros se sacudieron con un sollozo silencioso que contuvo en su garganta, rehusándose a darle voz incluso ahora. Sus manos cubrieron las de ella donde descansaban sobre su pecho, apretándolas como si fueran un salvavidas.

Permanecieron así durante largos minutos, Annabelle sosteniéndolo mientras él luchaba por recomponerse. Cuando finalmente habló, su voz era ronca.

—Deberías dormir. Mañana será otro día largo.

Era una clara señal de que la conversación había terminado, que había revelado todo lo que podía soportar revelar por una noche. Annabelle lo soltó lentamente, dando un paso atrás aunque cada fibra de su ser quería permanecer cerca.

— ¿Vendrás adentro pronto?

—En un momento.

Annabelle regresó a la habitación, pero no se metió en la cama. En cambio, se sentó junto a la ventana donde podía verlo en el balcón, su silueta recortada contra el cielo nocturno. Esperó hasta que finalmente entró, hasta que se derrumbó en la silla junto al fuego en lugar de acostarse en la cama.

Solo entonces se permitió cerrar los ojos, aunque el sueño tardó mucho en llegar.

Lo que Annabelle no vio, lo que no podría haber visto porque ya estaba durmiendo, fue lo que sucedió horas después. Sebastian bajó silenciosamente las escaleras cerca de la medianoche, buscando aire y soledad. Estaba en el pequeño jardín detrás de la posada cuando Victoria apareció, como si hubiera estado esperándolo.

—Sebastian —dijo ella con voz suave—. No podía dormir tampoco.

—Victoria, sobre antes...

—Podríamos intentarlo de nuevo —lo interrumpió ella, acercándose—. Tú y yo. Olvidar el pasado, empezar de nuevo. Sé que la guerra te cambió, pero yo también he cambiado. Podríamos ser buenos juntos.

Sebastian retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—No, Victoria. Lo siento, pero no. Hay alguien más.

Los ojos de Victoria se entrecerraron.

— ¿La chica? Por favor. Es joven, inocente, completamente inadecuada para alguien de tu posición. Te aburrirás de ella en meses.

—No —dijo Sebastian con voz firme, cada palabra cargada de certeza—. Ella es... todo. Es todo lo que no sabía que necesitaba. Y aunque probablemente me destruirá cuando finalmente se dé cuenta de lo roto que estoy, no puedo... no quiero a nadie más.

Victoria estudió su rostro durante un largo momento antes de asentir lentamente, aceptación y derrota mezclándose en su expresión.

—Entonces espero que ella vea lo que yo vi en ti alguna vez, Sebastian. Mereces ser feliz, incluso si no lo crees.

Se alejó hacia la posada, dejándolo solo en el jardín. Sebastian permaneció ahí durante largo rato antes de regresar silenciosamente a la habitación.

Lo que tampoco vio Annabelle fue la carta que Sebastian escribió antes del amanecer, sentado en el escritorio mientras ella dormía. Era dirigida a tres hombres: antiguos soldados bajo su mando que ahora trabajaban como guardias privados en Londres.

"Necesito que vengan al norte inmediatamente. Hay alguien que necesita protección discreta. Pagaré el doble de su tarifa habitual. Ella no debe saber que están ahí. Simplemente manténganla a salvo. Es todo lo que importa."

Selló la carta y la dejó para ser enviada con el correo matutino. Era el segundo sacrificio que hacía por Annabelle, gastando dinero que apenas tenía para asegurar su seguridad de maneras que ella nunca sabría.

Porque amarla, se dio cuenta mientras observaba la luz del amanecer filtrarse por la ventana, significaba protegerla incluso de sí mismo.

Capítulo 7

El sexto día del viaje amaneció con una tensión explosiva que llenaba el carruaje como gas inflamable esperando una chispa. Annabelle Thornton observaba el paisaje que pasaba por la ventanilla, pero sus pensamientos estaban a millas de distancia, atrapados en la imagen de Victoria Hartley con su elegancia impecable y su historia compartida con Sebastian. No podía dejar de preguntarse si esa mujer sofisticada y perfectamente compuesta era el tipo de mujer que Sebastian realmente debería tener a su lado.

La pregunta la carcomía desde adentro como ácido. Victoria conocía al Sebastian de antes de la guerra, al hombre que él había sido sin las cicatrices y las pesadillas. *¿Acaso no era esa versión de él la que merecía ser amada? ¿La versión sin el peso aplastante de la culpa y el trauma?*

Sebastian permanecía sentado frente a ella, sus ojos fijos en algún punto indeterminado más allá de la ventanilla opuesta. Las sombras bajo sus ojos se habían profundizado durante la noche, sugiriendo que había dormido tan poco como ella. La tensión en su mandíbula hablaba de pensamientos igual de turbulentos.

Annabelle no podía soportarlo más. Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera considerar la sabiduría de pronunciarlas.

— ¿Por qué terminaron? Tú y Lady Victoria.

Sebastian se tensó visiblemente, sus manos cerrándose en puños sobre sus rodillas. Durante un largo momento, pensó que no respondería, que la ignoraría como había hecho con tantas otras preguntas incómodas.

—Porque fui a la guerra —dijo finalmente con voz plana y neutral.

— ¿Ella no esperó por ti? —presionó Annabelle, incapaz de detenerse ahora que había comenzado.

—Le dije explícitamente que no lo hiciera. Que siguiera con su vida como si yo nunca hubiera existido.

La confesión cayó entre ellos como una piedra en aguas quietas. Annabelle frunció el ceño, procesando las implicaciones.

— ¿Por qué harías algo así? Si la amabas...

—Porque sabía con certeza absoluta que volvería roto de formas que no podría reparar —la interrumpió Sebastian, su voz cargándose con emoción contenida—. Había visto suficientes soldados veteranos regresar destrozados como para saber que yo no sería diferente. No quería condenarla a una vida atada a un hombre que ya no existiría cuando regresara.

Annabelle sintió algo contrayéndose en su pecho ante la resignación sombría en su voz.

—No estás roto, Sebastian.

—Sí lo estoy —respondió él con una certeza inquebrantable, finalmente mirándola directamente—. Estoy roto de maneras que ni siquiera puedes comprender completamente. Las pesadillas, los recuerdos que me persiguen, la incapacidad de estar en habitaciones llenas de gente sin evaluar constantemente cada amenaza potencial. Eso no es vivir, Annabelle. Es apenas sobrevivir.

—Entonces, ¿qué soy yo para ti? —las palabras salieron más ásperas de lo que pretendía, cargadas con la inseguridad que había estado acumulándose desde que vio a Victoria—. ¿Una distracción temporal? ¿Algo para pasar el tiempo hasta que encuentres a alguien más apropiada como ella?

—No —la negación fue inmediata y feroz.

— ¿Entonces qué soy? —exigió Annabelle, inclinándose hacia adelante con ojos que ardían con necesidad de saber—. ¿Qué significa todo esto? Las palabras que casi dices pero no pronuncias, los momentos de intimidad seguidos de frialdad calculada. ¿Qué soy para ti, Sebastian?

Sebastian la miró durante un largo momento, algo trabajando en su expresión que Annabelle no podía descifrar completamente. Cuando habló, su voz era ronca.

—No lo sé con certeza. No tengo palabras para nombrarlo apropiadamente. Pero sé con absoluta certeza que no eres temporal ni prescindible. Eres... —se detuvo, luchando claramente con algo interno—. Eres importante. Más importante de lo que debería permitir que fueras.

Era la primera admisión real, la primera vez que reconocía abiertamente que ella significaba algo más que una simple responsabilidad o una distracción física conveniente. Annabelle sintió su respiración atascarse en su garganta, su corazón martilleando salvajemente contra sus costillas.

El resto del viaje transcurrió en un silencio cargado que era diferente de los silencios anteriores. Este no era hostil ni incómodo. Era expectante, como si ambos estuvieran esperando que algo inevitable finalmente sucediera.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo, Annabelle levantó la vista para encontrar que habían llegado a una pequeña cabaña aislada en medio de un bosque denso. Era considerablemente más sustancial que la cabaña donde habían compartido su primera vez, con paredes de piedra sólida y un techo que parecía impermeable.

— ¿Dónde estamos? —preguntó mientras Sebastian la ayudaba a descender.

—Un lugar seguro —respondió él, escaneando el perímetro con ojos entrenados—. Un viejo amigo me debe favores y me prestó este refugio. Nadie excepto él sabe de su existencia. Estaremos completamente seguros aquí por esta noche.

La palabra "completamente" resonó en la mente de Annabelle con implicaciones que hicieron que su pulso se acelerara. Completamente seguros. Completamente solos. Completamente sin interrupciones ni testigos ni razones para mantener distancia.

El interior de la cabaña era sorprendentemente acogedor. Alguien había estado aquí recientemente para prepararlo, porque había leña apilada junto a la chimenea, provisiones básicas en la pequeña despensa, y sábanas limpias en la única cama grande que dominaba el espacio principal. Una mesa de madera maciza ocupaba el centro de la habitación, rodeada de sillas simples pero funcionales.

Sebastian encendió el fuego mientras Annabelle exploraba las provisiones disponibles. Encontró pan fresco, queso, embutidos, y hasta una botella de vino que parecía de calidad decente. Era un festín comparado con las comidas frías que habían estado consumiendo durante días.

—Tu amigo es generoso —comentó ella mientras comenzaba a preparar una comida sencilla.

—Es un hombre que comprende la importancia de pagar las deudas —respondió Sebastian, acercándose para ayudarla sin que ella tuviera que pedirlo.

Trabajaron juntos en una domesticidad forzada que se sentía extrañamente natural. Sebastian cortaba el pan con precisión militar mientras Annabelle arreglaba el queso y los embutidos en un plato. Sus manos se rozaban ocasionalmente mientras trabajaban en el espacio limitado, cada contacto enviando chispas de electricidad a través de su piel.

Annabelle notó algo que no había visto en días: Sebastian parecía más relajado aquí. Sus hombros habían perdido parte de su tensión habitual, su mandíbula no estaba tan apretada, y sus ojos escaneaban el espacio con menos frecuencia buscando amenazas. Sin gente mirando, sin necesidad de mantener apariencias, sin el peso de expectativas sociales, parecía permitirse simplemente existir.

—Te ves diferente aquí —dijo ella suavemente mientras colocaban la comida en la mesa.

— ¿Diferente cómo?

—Menos tenso. Como si pudieras respirar más profundamente.

Sebastian la miró con expresión pensativa.

—Es más fácil cuando no hay nadie observando, juzgando, esperando que sea algo que no puedo ser.

— ¿Y qué esperan que seas?

—El héroe de guerra sin fisuras. El capitán impecable que siempre tiene las respuestas correctas. El hombre que debería estar entero en lugar de estar quebrado en mil pedazos que apenas mantienen la forma.

Annabelle extendió su mano a través de la mesa, cubriendo la suya.

—Aquí no tienes que ser ninguna de esas cosas. Aquí puedes ser simplemente tú.

Los dedos de Sebastian se cerraron alrededor de los suyos, apretando con una intensidad que hablaba de emociones que no podía verbalizar. Se sentaron a comer con sus manos aún entrelazadas sobre la mesa, una conexión silenciosa que decía más que cualquier palabra.

Después de cenar, se sentaron frente al fuego con copas de vino que brillaban como rubíes líquidos bajo la luz danzante de las llamas. Annabelle observaba las sombras jugando sobre el rostro de Sebastian, notando cada detalle: la forma en que sus pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas, la línea fuerte de su mandíbula, la manera en que sus labios se curvaban ligeramente cuando pensaba que ella no estaba mirando.

— ¿Alguna vez te arrepientes? —preguntó de repente, las palabras escapando antes de que pudiera considerar la sabiduría de pronunciarlas.

Sebastian la miró con ojos que brillaban reflejando el fuego.

— ¿De qué específicamente?

—De aquella noche. En la otra cabaña después de la emboscada. De lo que pasó entre nosotros.

Los ojos de Sebastian se oscurecieron peligrosamente, su mirada intensificándose hasta que Annabelle sintió que podría quemarse bajo su escrutinio.

—Cada maldito segundo me arrepiento —dijo con voz ronca—. Pero no por las razones que probablemente crees.

Annabelle dejó su copa a un lado, su respiración acelerándose.

— ¿Entonces por qué razones?

Sebastian se inclinó hacia adelante, reduciendo el espacio entre ellos hasta que ella podía ver cada veta dorada en sus iris grises.

—Porque no fue suficiente. Porque fue apresurado y desesperado y tú merecías algo mejor. Y porque desde ese momento, cada segundo de cada día, he querido más. He querido tomarte de nuevo, lenta y cuidadosamente, demostrarte todo lo que no pude mostrarte esa primera vez.

La confesión cayó entre ellos como una cerilla encendida en pólvora. Annabelle sintió su respiración volverse entrecortada, su corazón martilleando tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo en el silencio cargado.

—Entonces tómalo —susurró, las palabras saliendo con una audacia que no sabía que poseía—. Toma lo que quieres, Sebastian. Yo te lo estoy dando libremente.

Sebastian cerró los ojos brevemente, como si estuviera librando alguna batalla interna épica. Cuando los abrió nuevamente, había rendición en sus profundidades.

—Si empiezo ahora, no estoy seguro de poder detenerme esta vez.

—No te estoy pidiendo que te detengas —respondió Annabelle con firmeza—. Te estoy pidiendo lo opuesto.

Sebastian se movió con velocidad que la sorprendió, cerrando la distancia entre ellos en un instante. Su mano se hundió en su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás mientras sus labios descendían sobre los suyos con un hambre que robó su aliento.

El beso era hambriento consumidor, tan diferente del primer beso desesperado en la cabaña anterior. Este tenía propósito, intención, la promesa de algo más profundo y duradero. Sebastian la besaba como si quisiera devorarla, como si cada segundo sin sus labios sobre los de ella fuera una tortura insoportable.

Annabelle respondió con igual fervor, sus manos moviéndose hacia los botones de su camisa con dedos que ahora tenían más experiencia y confianza. Había aprendido de la primera vez, sabía cómo tocarlo, dónde presionar para hacerlo gruñir contra su boca. Desabrochó los botones uno por uno con habilidad creciente, empujando la tela hacia abajo por sus hombros hasta que cayó al suelo olvidada.

Sus manos exploraron el pecho expuesto de él, trazando las cicatrices que marcaban su piel como un mapa de batallas sobrevividas. Se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra una cicatriz particularmente prominente que cruzaba sus costillas, saboreando el sabor salado de su piel.

Sebastian tembló bajo sus atenciones, sus manos cerrándose en su cabello con presión que era casi dolorosa pero increíblemente excitante al mismo tiempo.

—Annabelle —su nombre salió como una súplica y una advertencia simultáneamente.

Ella levantó la vista, sosteniendo su mirada mientras sus labios continuaban su exploración por su pecho.

—Quiero tocarte. Toda la noche. Quiero memorizar cada cicatriz, cada marca que la guerra dejó en ti.

Los ojos de Sebastian se oscurecieron hasta volverse casi negros, su respiración volviéndose irregular.

—Entonces déjame devolverte el favor primero.

La levantó en sus brazos con facilidad que hablaba de fuerza considerable, llevándola hacia la cama grande que dominaba la habitación. Esta vez la recostó sobre sábanas suaves en lugar del suelo duro, este tiempo tenía intención de hacerlo correctamente.

La desvistió con lentitud deliberada que era una tortura exquisita. Cada botón desabrochado revelaba más piel que él besaba reverentemente. Quitó su vestido con cuidado, luego sus enaguas, luego su corsé mientras ella yacía observándolo con respiración acelerada. Cuando finalmente estuvo desnuda bajo él, sus ojos recorrieron su cuerpo con una intensidad que la hizo estremecerse.

—Perfecta —murmuró, sus dedos trazando la curva de su cintura —. Eres absolutamente perfecta para mí.

—No lo soy —protestó Annabelle, consciente de cada imperfección que marcaba su cuerpo—. Soy demasiado delgada, mis pechos son pequeños, mis caderas...

—Para mí eres perfecta —la interrumpió Sebastian con firmeza, inclinándose para capturar uno de sus pechos con su boca—. Cada centímetro de ti es exactamente cómo debería ser.

Annabelle arqueó su espalda, un gemido escapando de su garganta mientras su lengua trabajaba su pezón con atención devastadora. Sus manos se movieron más abajo, acariciando su vientre, sus caderas, y luego más abajo aún hasta que sus dedos rozaron el vello entre sus piernas.

—Esta vez voy a hacerlo correctamente —dijo Sebastian con voz ronca, sus dedos explorando su sexo con toques ligeros que la hacían retorcerse—. Esta vez vas a sentir todo lo que te negué la primera vez.

Sus dedos encontraron humedad que la hizo sonrojarse, evidencia de cuánto lo deseaba. Exploró con cuidado, encontrando el pequeño punto de nervios que hizo que ella gritara su nombre. Trabajó ese punto con círculos precisos mientras sus labios continuaban su asalto a sus pechos, alternando entre ambos.

—Sebastian, yo... no puedo... es demasiado...

—Sí puedes —murmuró él contra su piel—. Déjate ir, Annabelle. Quiero sentirte deshacerte bajo mis manos.

Entonces, para absoluta sorpresa de Annabelle, descendió más abajo. Sus labios trazaron un camino ardiente por su vientre, sus caderas, y luego se posicionó entre sus piernas abiertas. Cuando comprendió su intención, intentó cerrar sus piernas con vergüenza súbita.

—Sebastian, no puedes... eso es...

—Delicioso —completó él, sus manos firmes en sus muslos manteniéndola abierta—. Y quiero saborearte hasta que grites mi nombre.

Su lengua la tocó, y Annabelle gritó. La sensación era abrumadora, demasiado intensa, demasiado íntima de maneras que no había imaginado posibles. Su lengua trabajaba su sexo con habilidad que sugería experiencia considerable, alternando entre lamidas largas y succiones precisas que la tenían retorciéndose contra las sábanas.

Sus dedos se unieron a su lengua, penetrándola mientras su boca se enfocaba en ese punto de nervios que hacía que viera estrellas. La tensión se acumuló en su vientre como una cuerda enrollándose cada vez más apretada, construyendo hacia algo que la aterraba y emocionaba simultáneamente.

—Sebastian, algo está... yo creo que...

—Déjate ir —ordenó él contra su carne sensible—. Ven para mí, Annabelle.

El orgasmo la golpeó como un relámpago, arqueando su espalda mientras gritaba su nombre hacia el techo. Oleadas de placer recorrieron su cuerpo, tan intensas que por un momento pensó que podría desmayarse. Sebastian continuó su asalto gentilmente, guiándola a través de cada temblor hasta que finalmente colapsó exhausta contra las almohadas.

Cuando levantó la vista, encontró a Sebastian observándola con expresión de satisfacción masculina.

—Hermosa —dijo simplemente—. Eres hermosa cuando te vienes.

Annabelle sintió calor subiendo por su cuello, pero no apartó la mirada. En cambio, extendió sus brazos hacia él.

—Tu turno.

Sebastian se quitó los pantalones restantes, liberando su erección que estaba dura y lista. Se posicionó entre sus piernas, la punta de su miembro presionando contra su entrada. Esta vez, cuando entró, no hubo dolor. Solo presión deliciosa y la sensación de ser llenada completamente.

—Mierda —gruñó Sebastian, enterrándose hasta el fondo—. Tan perfectamente apretada. Tan húmeda para mí.

Annabelle arqueó sus caderas, tomándolo más profundo, ajustándose a su invasión con facilidad que no había tenido la primera vez.

—Más —exigió, sus uñas clavándose en sus hombros—. Dame más, Sebastian.

Sebastian perdió el control. Se movió con embestidas profundas que la hacían jadear, sus caderas golpeando las de ella con fuerza que bordeaba lo brutal pero que ella ansiaba desesperadamente. Sus manos se movieron por todas partes, reclamando, poseyendo, marcándola como suya de maneras que trascendían lo físico.

—Mía —gruñó contra su cuello, sus dientes raspando su piel—. Eres mía, Annabelle. Dilo.

—Tuya —jadeó ella, sus piernas enredándose alrededor de sus caderas—. Soy tuya, Sebastian.

—Solo mía —insistió él, su mano deslizándose en su cabello y tirando gentilmente para exponer su garganta—. Nadie más te tocará así. Nadie más te hará sentir esto.

Era posesión pura y primitiva, un reclamo que no tenía nada que ver con amor y todo que ver con necesidad básica e innegable. Annabelle se entregó a ello, encontrando que la posesividad de él encendía algo igualmente primitivo dentro de ella.

Sebastian la volteó con movimiento fluido, posicionándola de espaldas mientras él se arrodillaba detrás. La penetró desde este nuevo ángulo, enterrándose aún más profundo que antes. La sensación la hizo gritar, era demasiado intenso, demasiado abrumador.

Su mano se cerró en su cabello nuevamente, no dolorosamente pero con firmeza suficiente para mantenerla exactamente donde la quería.

—Dime que soy el único que te ha tenido así —demandó, sus embestidas volviéndose más erráticas—. Dime que nadie más te

verá deshacerte como lo haces para mí.

—Eres el único —gimió Annabelle, empujando hacia atrás para encontrar cada embestida—. El primero. El único. Siempre.

La promesa pareció romper algo en él. Sus movimientos se volvieron casi salvajes, persiguiendo su liberación con abandono que era hermoso en su desesperación. Annabelle podía sentir otro orgasmo construyéndose, imposible tan pronto después del primero pero innegable en su aproximación.

—Sebastian, voy a...

—Hazlo —gruñó él—. Ven para mí. Quiero sentirte apretándome.

El segundo orgasmo la golpeó como un maremoto, más intenso que el primero porque él estaba dentro de ella, llenándola, haciéndola suya de maneras que trascendían lo físico. Sus músculos internos se contrajeron alrededor de él, apretándolo con fuerza que arrancó un gruñido gutural de su garganta.

Sebastian cambió de posición nuevamente, volteándola para que quedara encima. Ella no sabía que en esa posición lo tomaría más profundamente mientras él la observaba con ojos que ardían con hambre insaciable.

—Muévete —ordenó, sus manos agarrando sus caderas—. Muéstrame cuánto me quieres—le decía al tiempo que le mostraba como quería que lo hiciera.

Annabelle comenzó a moverse, subiendo y bajando sobre su erección con ritmo que se volvió más confiado con cada embestida. Era embriagador, esta posición donde ella tenía control, donde podía tomar lo que quería de él.

—Dios, eres hermosa así —jadeó Sebastian, sus ojos fijos en donde sus cuerpos se unían—. Montándome, tomándome, completamente desinhibida.

Annabelle se inclinó hacia atrás, cambiando el ángulo, y gimió cuando él golpeó un punto dentro de ella que envió chispas de placer por su columna vertebral. Continuó moviéndose, persiguiendo esa sensación, y entonces hizo algo que habría escandalizado a cualquier dama apropiada: llevó su mano entre sus piernas nuevamente, tocándose mientras él la observaba con fascinación absoluta.

— ¡Dios!—gruñó Sebastian, sus caderas empujando hacia arriba para encontrar cada uno de sus movimientos descendentes—. Eres la cosa más erótica que he visto en mi vida.

El tercer orgasmo la sorprendió, menos intenso que los anteriores pero más prolongado, oleadas de placer que continuaron mientras ella seguía moviéndose sobre él. Sebastian la observó durante todo, memorizado cada expresión que cruzaba su rostro.

Entonces sus manos apretaron sus caderas con fuerza que probablemente dejaría marcas.

—Annabelle, no puedo... voy a...

—Dentro —jadeó ella, sabiendo que era imprudente pero sin importarle en ese momento—. Quédate dentro. Quiero sentirlo.

Sebastian intentó protestar, intentó tener la responsabilidad que había mostrado la primera vez, pero su cuerpo traicionó su control. Se vino con un gruñido que resonó en la habitación, derramándose dentro de ella mientras sus caderas se sacudían con espasmos. Annabelle podía sentir el calor de su semilla llenándola, marcándola como suya de la manera más primitiva posible.

Colapsó sobre su pecho, ambos jadeando como si hubieran corrido millas. Sus corazones martilleaban uno contra el otro, sus respiraciones mezclándose en el espacio estrecho entre sus rostros.

—No debí... —comenzó Sebastian después de que su respiración se calmara lo suficiente para hablar.

—Si dices que fue un error, te golpearé —lo interrumpió Annabelle con fiereza, levantando su cabeza para mirarlo directamente—. No permitiré que arruines esto con arrepentimiento mal colocado.

Los labios de Sebastian se contrajeron en algo que casi era una sonrisa.

—No iba a decir que fue un error. Iba a decir que no debí haber perdido control así. Que debí haber sido más responsable. Pero la verdad es que fue... inevitable. Esto entre nosotros era inevitable desde el momento en que te conocí.

Por primera vez, Sebastian no se alejó inmediatamente después. Se quedó en la cama, atrayendo a Annabelle contra su costado mientras sus respiraciones se calmaban gradualmente. Sus dedos trazaban patrones perezosos sobre su espalda desnuda, cada toque enviando pequeños escalofríos por su piel sensibilizada.

— ¿Ahora qué? —preguntó Annabelle suavemente después de varios minutos de silencio cómodo.

—No lo sé con certeza —admitió Sebastian, su voz ronca—. No tengo un plan para esto.

Annabelle se levantó sobre un codo, mirándolo directamente.

— ¿Todavía crees que está mal? ¿Lo que acabamos de compartir?

Sebastian levantó su mano, acomodando un mechón de cabello detrás de su oreja con ternura que contrastaba con la pasión salvaje de momentos antes.

—Creo que es peligroso. Creo que cada vez que te toco, cada vez que te permito acercarte más, te pongo en mayor riesgo.

— ¿Riesgo de qué? —presionó Annabelle—. ¿De los hombres de Ashford? Ya estoy en riesgo por eso. ¿O riesgo de ti?

—Riesgo de mí —admitió él con voz apenas audible—. Todo lo que toco eventualmente se rompe, Annabelle. Todos los que se acercan demasiado terminan heridos o muertos. Es solo cuestión de tiempo antes de que te destruya también.

Annabelle se sentó completamente, las sábanas cayendo hasta su cintura mientras lo miraba con frustración creciente.

—Yo no me siento rota. Me siento más viva de lo que me he sentido en años. Me haces sentir viva, Sebastian.

Sebastian se sentó también, enfrentándola con expresión torturada.

—Annabelle, necesitas entender que yo no soy... no puedo ser el hombre que mereces. El hombre que te daría una vida tranquila y feliz sin complicaciones constantes.

— ¿Y si no quiero al hombre que supuestamente merezco según los estándares de la sociedad? —desafió ella—. ¿Si te quiero a ti con todas tus complicaciones y pesadillas y secretos?

Sebastian se tensó visiblemente, apartando la mirada.

—No sabes lo que estás diciendo. No comprendes completamente lo que significa estar conmigo.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo —insistió Annabelle, agarrando su rostro entre sus manos y forzándolo a mirarla—. Te quiero, Sebastian. Con tus pesadillas que te despiertan gritando. Con tus silencios cuando los recuerdos te abruman. Con todo lo que crees que está roto dentro de ti. Te quiero.

Los ojos de Sebastian se cerraron como si sus palabras fueran físicamente dolorosas.

—Te cansarás de mis pesadillas eventualmente. De mis silencios. De tener que lidiar con todo lo que está roto en mí día tras día.

— ¿O tú te cansarás de tener que fingir constantemente que no te importo? —lanzó Annabelle, las palabras saliendo como golpes directos—. ¿De mantener esta distancia emocional cuando claramente sientes algo por mí?

El golpe dio en el blanco. Sebastian abrió los ojos, y había dolor crudo en sus profundidades.

—No es fingir no importarme —dijo con voz quebrada—. Es intentar desesperadamente protegerte de mí mismo. De todo el daño que inevitablemente te causaré si me permito amarte completamente.

Annabelle procesó las palabras, escuchando lo que él casi había dicho. *Si me permito amarte.* No *si llegara a amarte* sino *si me permito*. Como si el amor ya estuviera ahí, esperando permiso para existir completamente.

Sebastian pareció darse cuenta de su desliz. Apartó la mirada rápidamente, pero Annabelle ya había visto la verdad en sus ojos.

—Sebastian...

—Deberías dormir —la interrumpió, su voz volviendo a esa neutralidad cuidadosa que usaba como armadura—. Mañana será otro día largo.

En lugar de argumentar, Annabelle se acurrucó contra su costado, su cabeza descansando sobre su pecho donde podía escuchar el latido constante de su corazón.

—No voy a rendirme contigo —murmuró contra su piel—. No importa cuánto te alejes o cuántas paredes construyas. No me voy a rendir.

Sebastian no respondió con palabras. En cambio, sus brazos se cerraron alrededor de ella, sosteniéndola contra él con fuerza que hablaba de necesidad desesperada. La sostuvo así durante toda la noche, protegiéndola incluso de las pesadillas que usualmente lo atormentaban.

Por primera vez desde que Annabelle había estado viajando con él, Sebastian durmió toda la noche sin gritar, sin despertarse sudando y temblando. Se quedó dormido con ella en sus brazos y permaneció así hasta que la luz del amanecer comenzó a filtrarse por la ventana.

En su interno, mientras escuchaba su respiración volverse regular con el sueño, Sebastian finalmente admitió la verdad que había estado negando: *Estoy enamorado de ella. Dios me ayude, estoy tan completamente enamorado que me aterra. Pero si lo digo en voz alta, si lo nombro, la condeno. Porque todo lo que amo muere, y no sobreviviré a perderla también.*

Annabelle yacía despierta mucho después de que Sebastian se durmiera, reproduciendo sus palabras en su mente. *Si me permito amarte.* Casi lo había dicho. Casi había confesado algo importante, algo que cambiaría todo entre ellos.

¿Por qué se detuvo? se preguntaba en la oscuridad. *¿Por qué siempre se detiene justo antes de decir lo que realmente significa?*

Ninguno de los dos sabía que el otro yacía despierto, cada uno atormentado por palabras no dichas, cada uno amando al otro pero demasiado asustado para nombrarlo completamente. Era una tragedia en desarrollo, dos personas desesperadamente enamoradas pero separadas por miedos que ninguno sabía cómo superar.

El fuego se apagó lentamente hasta cenizas mientras la noche avanzaba, dejándolos en oscuridad que se sentía apropiada para los secretos que guardaban. Afuera, el viento soplaba entre los árboles, llevando consigo el presagio de cambios que vendrían, de verdades que eventualmente tendrían que enfrentar, de un futuro incierto que los esperaba más allá del amanecer.

Capítulo 8

Annabelle despertó envuelta en calor, su mejilla presionada contra el pecho desnudo de Sebastian. El sonido constante de su corazón latiendo bajo su oído era reconfortante de maneras que no había anticipado. La luz del amanecer se filtraba suavemente por la ventana, pintando la habitación en tonos dorados y rosados.

Cuando levantó la vista, encontró que Sebastian ya estaba despierto, observándola con una expresión que era casi tierna en su intensidad. Sus dedos trazaban patrones perezosos sobre su espalda desnuda, cada toque enviando pequeños escalofríos de placer por su piel.

—Buenos días —murmuró ella, su voz ronca del sueño.

—Buenos días —respondió él, y había algo diferente en su tono, algo más suave que lo que había escuchado antes.

Se quedaron así durante largos momentos, simplemente mirándose en el silencio tranquilo de la mañana. Era un tipo de intimidad diferente de la pasión de la noche anterior, más quieta pero igualmente poderosa en su conexión.

Eventualmente se levantaron, vistiéndose con una domesticidad que se sentía extrañamente natural después de todo lo que habían compartido. Sebastian preparó el fuego mientras Annabelle buscaba entre las provisiones que quedaban, encontrando suficiente para un desayuno simple pero satisfactorio.

Se sentaron juntos a la mesa, comiendo pan con mermelada y queso mientras el sol ascendía completamente en el cielo. La conversación fluía más fácilmente que antes, sin la tensión constante que había caracterizado sus interacciones previas.

— ¿Sabes cocinar algo más elaborado que pan con queso? —preguntó Sebastian con un atisbo de humor en su voz.

Annabelle lo miró con fingida ofensa.

—Puedo cocinar perfectamente bien cuando tengo los ingredientes apropiados. No todos podemos sobrevivir con raciones militares como tú.

—Las raciones militares construyen carácter —respondió él con solemnidad exagerada que la hizo reír.

El sonido de su risa pareció sorprenderlo tanto como a ella. Sebastian se quedó inmóvil por un momento, observándola con expresión que rayaba en el asombro, como si acabara de presenciar algo milagroso.

— ¿Qué? —preguntó Annabelle, consciente de su mirada.

—Nada —dijo él, pero sus labios se curvaron en una sonrisa genuina que transformó completamente su rostro—. Solo que me gusta cómo suena tu risa.

Algo en el pecho de Annabelle se expandió con calidez ante esas palabras simples. En ese momento, sentada en una cabaña humilde comiendo un desayuno simple mientras Sebastian le sonreía como si ella fuera la cosa más preciosa del mundo, todo parecía perfecto. Como si pudieran quedarse ahí para siempre, suspendidos en esta burbuja donde el resto del mundo no existía.

Después del desayuno, Sebastian anunció que necesitaba revisar el perímetro de la cabaña para asegurarse de que seguían siendo completamente seguros. Annabelle asintió, observándolo salir con sus pistolas verificadas y cargadas como siempre. Incluso en este lugar aislado, incluso después de la noche que habían compartido, el soldado en él nunca descansaba completamente.

Decidió aprovechar el tiempo a solas para ordenar la cabaña. Habían dejado ropa dispersa la noche anterior en su prisa por tocarse, y las sábanas de la cama estaban completamente arrugadas. Mientras trabajaba, su pie golpeó algo hueco bajo las tablas del suelo cerca de la cama.

Curiosa, se arrodilló y presionó experimentalmente. Una de las tablas se levantó con facilidad, revelando un espacio hueco debajo. Dentro había un baúl pequeño de madera oscura, cubierto con una fina capa de polvo que sugería que había estado ahí durante años sin ser perturbado.

Annabelle sacó el baúl con manos que temblaban inexplicablemente. Sabía que no debería estar husmeando en cosas que claramente no eran suyas, pero algo en su instinto le decía que esto era importante. Cuando abrió la tapa, encontró un tesoro de cartas y documentos cuidadosamente ordenados, algunos con los bordes amarillentos por el tiempo.

La primera carta que tomó estaba escrita en caligrafía femenina elegante, las letras formadas con cuidado evidente. Estaba fechada tres años atrás, dirigida simplemente a "Sebastian".

"Querido Sebastian,

No tengo palabras suficientes para expresar mi gratitud por todo lo que has hecho por mí durante estos meses difíciles. La casa que conseguiste en el campo es perfecta, mucho más de lo que necesito o merezco. Por primera vez desde que James murió, me siento verdaderamente segura, protegida de los peligros que me acechan en Londres.

Sé cuánto debe costarte mantener este arreglo. Tu hermano Alistair mencionó en su última visita el precio que pagaste por esta propiedad y por mi manutención mensual. No debiste hacer tal sacrificio por mí, Sebastian. Ya has

hecho más que suficiente simplemente cumpliendo tu promesa a James.

Pero te estaré eternamente agradecida por tu bondad y generosidad. Eres un hombre de honor verdadero, algo raro en este mundo cruel.

Con cariño sincero, Emily"

Annabelle se quedó sin aliento, el papel temblando en sus manos. ¿Sebastian había mantenido a Emily? ¿Por años? Esto no era simplemente haber fallado en protegerla. Esto era haber hecho sacrificios enormes para mantenerla a salvo.

Tomó la siguiente carta con dedos que temblaban más ahora, fechada casi un año después de la primera.

"Sebastian,

Ya han pasado dos años completos desde que me escondiste aquí. Dos años de paz, de seguridad, de una vida tranquila lejos de los peligros de Londres. Debería estar agradecida. Y lo estoy, verdaderamente.

Pero no puedo seguir escondiéndome para siempre como un ratón asustado. Los hombres que mataron a James siguen libres ahí afuera, viviendo sus vidas sin consecuencias mientras mi hermano está muerto y enterrado. Debo regresar a Londres. Debo encontrarlos y asegurarme de que enfrenten justicia por lo que hicieron.

Sé que me advertiste contra esto innumerables veces. Sé que crees que es suicidio. Pero no puedo vivir así indefinidamente, con miedo constante, escondida del mundo. Prefiero morir buscando justicia para James que vivir como una cobarde.

Perdóname si esto termina mal. Pero debo intentarlo. Debo hacerlo por James, por su memoria.

Emily"

El estómago de Annabelle se contrajo dolorosamente. Emily había elegido regresar. Contra las advertencias de Sebastian, contra todo el sentido común, había elegido buscar venganza. Esto no había sido culpa de Sebastian en absoluto.

La tercera carta era diferente. Estaba escrita en la caligrafía de Sebastian, dirigida a alguien llamado Alistair, pero nunca había sido enviada. El papel mostraba señales de haber sido arrugado y alisado repetidamente, como si él hubiera luchado con enviarlo o no.

"Hermano,

Emily regresó a Londres la semana pasada contra todas mis advertencias explícitas. Está buscando activamente a los asesinos de James, haciendo preguntas en lugares peligrosos, llamando la atención de personas que no dudarían en silenciarla permanentemente. Es suicidio absoluto, y no hay nada que pueda hacer para detenerla.

Intenté razonar con ella. Intenté hacerle ver que James no querría que arriesgara su vida de esta manera. Pero ella está determinada, consumida por la necesidad de venganza. No puedo encerrarla contra su voluntad sin convertirme en su carcelero en lugar de su protector.

Si algo le pasa, si los encuentra antes de que yo pueda detenerla, será mi culpa. Otra promesa rota. Otra persona muerta por mi fracaso en protegerla adecuadamente. Otra alma agregada a la lista de aquellos que he fallado.

No merezco nada bueno en este mundo después de tantos fracasos. Quizás nunca lo merecí.

Tu hermano, Sebastian"

Lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Annabelle mientras leía. Podía sentir el dolor en cada palabra, la culpa que se había estado comiendo a Sebastian desde adentro. Tomó la última carta con manos que ahora temblaban violentamente.

Era de alguien firmado simplemente como "Harrison", dirigida a "Capitán Holloway" con formalidad militar.

"Capitán Holloway,

Es con profundo pesar que debo informarle que la señorita Emily Crawford falleció anoche en un incendio que consumió su residencia en Londres. Las autoridades creen que descubrió la identidad de los hombres que buscaba, aquellos responsables de la muerte de su hermano James, y ellos actuaron primero para silenciarla permanentemente.

Según los testigos, las llamas se propagaron con rapidez antinatural, sugiriendo el uso de algo que pudo acelerar el fuego. La señorita Crawford murió instantáneamente por inhalación de humo antes de que las llamas la alcanzaran. Los médicos aseguran que no sufrió, aunque sé que esto ofrece poco consuelo.

Sus posesiones personales están siendo enviadas a usted según lo especificado en su testamento. Ella lo nombró su único heredero, aunque tengo entendido que hay muy poco de valor material que heredar.

Mis más sinceras condolencias en este tiempo difícil.

Harrison"

Annabelle dejó caer la carta, su visión borrosa por las lágrimas. Toda la verdad se desplegaba frente a ella como un tapiz trágico. Sebastian había cuidado de Emily durante dos años completos, había pagado su escondite, había sacrificado su propia fortuna para mantenerla a salvo. Ella había elegido regresar a Londres contra sus advertencias. Había muerto por su propia decisión, no por ningún fracaso de Sebastian.

Él había hecho todo lo humanamente posible. Había cumplido su promesa a James de la manera más completa imaginable. La culpa que cargaba era completamente inmerecida, construida sobre una falsa premisa de responsabilidad por decisiones que no eran suyas para controlar.

Entre las cartas había también documentos financieros. Annabelle los revisó con manos temblorosas, su corazón rompiéndose más con cada página. Recibos de venta de propiedades familiares. Documentos de transferencia de joyas ancestrales. Registros de pagos mensuales a la casa donde Emily había vivido.

Sebastian se había empobrecido a sí mismo cumpliendo su promesa. Había vendido prácticamente todo lo que tenía de valor, reduciéndose casi a la pobreza para mantener a Emily escondida y segura. El sacrificio había sido masivo, y nadie lo sabía excepto aparentemente su hermano Alistair.

Esto explicaba completamente su comportamiento. Su frialdad no era indiferencia. Era trauma profundo y no procesado. Su distancia no era falta de sentimientos. Era protección contra más dolor devastador.

La puerta se abrió con un crujido suave. Annabelle levantó la vista con lágrimas aun corriendo por sus mejillas para encontrar a Sebastian de pie en el umbral. Sus ojos se movieron inmediatamente hacia las cartas dispersas en el suelo frente a ella, y su rostro palideció dramáticamente.

Se congeló como si hubiera recibido un disparo, cada músculo de su cuerpo tensándose visiblemente.

— ¿Leíste...? —su voz salió apenas como un susurro estrangulado.

Annabelle asintió, incapaz de formar palabras mientras las lágrimas continuaban cayendo. Sebastian cerró los ojos como si le hubiera causado dolor físico, su mandíbula apretándose con tanta fuerza que ella pudo ver los tendones marcándose en su cuello.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —logró preguntar finalmente, su voz quebrándose en la última palabra—. ¿Por qué dejaste que pensara que habías fallado cuando hiciste tanto?

Sebastian abrió los ojos, y había algo desolado en su mirada.

—Porque no cambia nada fundamental. Ella murió. Mi promesa a James fue rota de la manera más definitiva posible.

Annabelle se puso de pie bruscamente, las cartas cayendo de su regazo.

— ¡Hiciste TODO! —su voz subió con emoción—. ¡La mantuviste a salvo durante dos años completos! ¡Sacrificaste tu propia fortuna, vendiste propiedades familiares, te empobreciste por cumplir tu promesa!

—Y entonces murió de todas formas —dijo Sebastian con voz plana y muerta—. Porque no fui suficiente. Porque no pude

detenerla de tomar una decisión suicida.

— ¿No lo ves? —Annabelle cruzó el espacio entre ellos, agarrando sus brazos con manos que temblaban—. Ella ELIGIÓ. Eligió regresar contra tus advertencias. Eligió buscar venganza sabiendo los riesgos. No fue tu culpa, Sebastian.

Sebastian apartó la mirada, incapaz de sostener su mirada intensa.

—Debí haberla detenido de alguna manera. Debí haber encontrado una forma de mantenerla a salvo incluso contra su propia voluntad.

— ¿Cómo? —desafió Annabelle—. ¿Encerrarla como prisionera? ¿Quitarle toda libertad de elección?

— ¡Si era necesario para salvar su vida, entonces sí! —la voz de Sebastian finalmente se quebró con emoción—. ¡Debí haberla encerrado, debí haberla mantenido prisionera si eso la habría mantenido viva!

—Eso no es protección, Sebastian —dijo Annabelle con voz más suave ahora—. Eso es prisión. Eso es quitarle a alguien su humanidad, su derecho a tomar sus propias decisiones incluso si son malas.

Sebastian se alejó de ella, caminando hacia la ventana con pasos pesados.

— ¿Y qué debí hacer entonces? —su voz era ronca con dolor sin procesar—. ¿Simplemente dejarla ir sabiendo que probablemente moriría? ¿Cómo se supone que viva con eso?

—Hiciste todo lo que podías humanamente hacer —insistió Annabelle, siguiéndolo—. Y aun así te culpas. ¿Por qué? ¿Por qué no

puedes ver que cumpliste tu promesa de todas las maneras que importaban?

Sebastian se volvió hacia ella bruscamente, y había algo salvaje y desesperado en sus ojos.

—Porque todos los que amo MUEREN, Annabelle. James. Emily. Incluso mis padres murieron jóvenes dejándome solo. Cada persona que ha significado algo para mí termina muerta o destruida.

Era la primera vez que usaba esa palabra específica, amor, aunque fuera indirectamente. Annabelle sintió su respiración atascarse en su garganta.

— ¿La amabas? —preguntó con voz apenas audible—. ¿A Emily?

—Como a una hermana menor —respondió Sebastian inmediatamente—. Prometí a James que cuidaría de ella. Era mi responsabilidad sagrada. Y fallé en la manera más horrible posible.

Hubo una pausa larga donde solo se escuchaba su respiración irregular llenando el silencio. Entonces Sebastian habló nuevamente, su voz apenas más que un susurro.

—Por eso no puedo... contigo...

— ¿No puedes qué? —presionó Annabelle, necesitando escucharlo decirlo.

Sebastian la miró directamente, y había miedo crudo en sus ojos.

—Dejarte entrar completamente. Permitirme amarte de la manera que quiero hacerlo. Porque si te amo, morirás también. Es una certeza matemática basada en toda mi historia. Todos los que amo mueren, y no sobreviviré a perderte de la manera que perdí a James y Emily.

Lo había dicho. Finalmente había admitido que tenía miedo de amarla, lo que implicaba que estaba peligrosamente cerca de hacerlo. Las palabras colgaban en el aire entre ellos, imposibles de retractarse.

Annabelle caminó hacia él con pasos deliberados, negándose a permitir que se alejara más.

—Mírame, Sebastian.

Él mantuvo su mirada fija en algún punto más allá de ella, su mandíbula apretada.

—Por favor —añadió ella con voz más suave—. Mírame.

Finalmente sus ojos se encontraron con los de ella, y lo que vio ahí la hizo temblar. Había amor, dolor, miedo, y desesperación mezclados en proporciones iguales.

Annabelle tomó su rostro entre sus manos, forzándolo a mantener la mirada.

—Yo no soy Emily. No soy James. No soy tus padres. Y no voy a morir simplemente porque me ames.

—No puedes prometer eso —dijo Sebastian con voz quebrada—. Nadie puede prometer eso.

—Y tú no puedes vivir con miedo para siempre —respondió ella con firmeza—. No puedes dejar que el trauma del pasado destruya cualquier posibilidad de felicidad futura.

Sebastian cerró los ojos, lágrimas escapando de las comisuras.

—No sé cómo no tener miedo. El miedo es lo único que me mantiene cuerdo ahora.

Annabelle se puso de puntillas, presionando sus labios contra los de él en un beso que sabía a lágrimas saladas y desesperación. Sebastian se resistió por un momento antes de rendirse completamente, sus brazos rodeándola con fuerza que casi dolía.

Se besaron como si fuera la última vez que lo harían, con urgencia desesperada que trascendía la pasión física. Las lágrimas de ambos se mezclaban entre sus labios, saladas y amargas. Sebastian la sostenía como si ella fuera a desaparecer si aflojaba su agarre aunque fuera un centímetro.

Annabelle se aferraba a él con igual desesperación, sus dedos hundiéndose en su camisa como si pudiera mantenerlo con ella a través de pura fuerza de voluntad. Podía sentir su corazón martilleando contra el suyo, dos ritmos sincronizándose en su dolor compartido.

El beso se profundizó, volviéndose más intenso, más doloroso. Era un adiós disfrazado de conexión, una despedida disfrazada de intimidad. Ambos lo sabían incluso sin verbalizarlo, podían sentirlo en la forma en que sus manos se movían con urgencia casi violenta, en la forma en que sus respiraciones salían en sollozos entrecortados.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban jadeando, sus frentes presionadas juntas mientras trataban de recuperar el control.

—No puedo hacer esto —susurró Sebastian contra sus labios—. No puedo dejarte entrar completamente sabiendo que inevitablemente te perderé. No puedo vivir a través de ese dolor otra vez.

Annabelle sintió algo quebrándose dentro de su pecho, fragmentándose en pedazos tan pequeños que nunca podrían ser reparados completamente.

—Entonces me estás perdiendo ahora mismo —dijo con voz que temblaba peligrosamente—. Estás eligiendo perderme por miedo en lugar de arriesgarte a perderme al destino. ¿No ves la ironía devastadora en eso?

Sebastian se alejó de ella, su rostro una máscara de dolor.

—Es mejor así. Es más seguro para ti.

— ¿Para quién es mejor? —exigió Annabelle, su voz subiendo—. ¿Para mí que te quiero a pesar de todo? ¿O para ti que estás demasiado asustado para arriesgarte a ser feliz?

No hubo respuesta. Sebastian simplemente la miró con ojos que contenían más dolor del que cualquier persona debería cargar, antes de finalmente apartar la mirada.

Sebastian se obligó a hablar con voz que sonó más firme de lo que sentía.

—Cuando lleguemos al norte mañana, la dejaré con su familia como fue planeado originalmente. Y entonces me iré. Regresaré a Londres y nos separaremos de manera permanente.

— ¿Así de fácil? —la voz de Annabelle estaba cargada de incredulidad y dolor—. ¿Simplemente me dejas y sigues con tu vida como si nada de esto hubiera significado algo?

—No es fácil en absoluto —respondió él, incapaz de mirarla directamente mientras mentía—. Pero es absolutamente necesario para tu seguridad y bienestar.

—Eres un cobarde —las palabras salieron como acusación cortante—. Un cobarde que se esconde detrás de excusas sobre protección cuando realmente solo estás protegiéndote a ti mismo de sentir algo real.

Sebastian finalmente la miró, y había aceptación en sus ojos.

—Sí. Lo soy. Soy un cobarde. Pero prefiero ser un cobarde vivo que te mantiene viva también, que un valiente muerto que te lleva a la tumba conmigo.

Annabelle abrió la boca para responder, para argumentar más, pero entonces la cerró. ¿Qué sentido tenía? Él había tomado su decisión, construido sus muros, y nada de lo que ella dijera los derribaría. Se volvió y caminó hacia la puerta de la cabaña.

—Necesito aire —dijo simplemente antes de salir, cerrando la puerta detrás de ella con un clic que sonó final.

Sebastian se quedó solo en la cabaña, rodeado de las cartas de Emily dispersas por el suelo, evidencia de sus sacrificios pasados y sus fracasos. Se dejó caer en una silla, enterrando su rostro en sus manos mientras su cuerpo temblaba con sollozos silenciosos que se negaba a liberar.

Es por su bien, se repetía como un mantra. *Algún día lo entenderá. Algún día me agradecerá por alejarme antes de que fuera demasiado tarde.*

Pero no lo creía. No creía ni una sola palabra de su propia justificación.

*****

Annabelle regresó una hora después, su rostro una máscara de compostura fría que ocultaba el devastación debajo. Empacó sus pertenencias en silencio mientras Sebastian observaba desde la otra esquina de la habitación, manteniendo distancia física que reflejaba el abismo emocional que había excavado entre ellos.

Viajaron el resto del día en silencio absoluto. Annabelle subió al carruaje sola, sin esperar que Sebastian la ayudara. Él la siguió momentos después, sentándose en el asiento opuesto y manteniendo su mirada fija obstinadamente en la ventanilla.

El silencio era diferente de los silencios anteriores. Este no era tenso con atracción no resuelta o ira hirviendo bajo la superficie. Este era el silencio de dos personas que habían dicho todo lo que tenían que decir y habían descubierto que las palabras no eran suficientes para salvar lo que tenían.

Llegaron a una pequeña aldea al anochecer, la última parada antes de su destino final. La posada era modesta pero limpia, y Sebastian insistió en habitaciones separadas sin siquiera consultar con Annabelle primero.

—Dos habitaciones —le dijo al posadero con voz firme.

Annabelle no protestó. Simplemente asintió cuando le dieron su llave, subió las escaleras a su habitación asignada, y cerró la puerta sin mirar atrás.

Una vez sola, se derrumbó sobre la cama, permitiendo finalmente que las lágrimas que había estado conteniendo durante horas fluyeran libremente. Lloró por lo que podría haber sido, por el amor que ambos sentían pero que Sebastian se negaba a reconocer completamente, por el futuro que estaba siendo destruido por miedos del pasado.

Cuando finalmente se calmó lo suficiente para moverse, se levantó y buscó papel y tinta en el pequeño escritorio junto a la ventana. La carta a Eloise Pemberton había estado formándose en su mente durante horas, necesitando ser liberada aunque sabía que probablemente nunca la enviaría.

"Querida Eloise,

No sé qué hacer. Me enamoré de él. Profunda, irrevocable, devastadoramente enamorada de un hombre que está tan roto por dentro que no puede permitirse amar de vuelta sin importar cuánto lo desee.

Y él me está dejando ir. No porque no le importe. Creo que le importo demasiado, de hecho. Tiene tanto miedo de perderme que me está perdiendo por elección propia. Prefiere la certeza del dolor auto infligido que el riesgo de un dolor futuro que podría nunca llegar.

Encontré cartas hoy que revelaron tanto sobre él. Sacrificó todo por cumplir una promesa a un amigo muerto. Se empobreció manteniendo a salvo a la hermana de ese amigo durante años. Y cuando ella murió por su propia elección, él asumió toda la culpa como si hubiera sido su fracaso personal.

No sé cómo arreglar esto. No sé si puedo arreglar a alguien que está tan determinado a permanecer roto. No sé cómo amar a alguien que cree que su amor es una maldición mortal.

Todo lo que sé es que mi corazón está destrozado de maneras que no estoy segura que pueda reparar. Y mañana él me dejará con mi familia y desaparecerá de mi vida como si estos días juntos nunca hubieran significado nada.

Tu amiga completamente rota, Annabelle"

Dobló la carta cuidadosamente y la guardó en su bolso. Quizás algún día tendría el coraje de enviarla. Quizás algún día podría hablar de esto sin sentir que su corazón se hacía pedazos nuevamente.

Se preparó para dormir con movimientos mecánicos, quitándose el vestido y poniéndose su camisola. Se metió en la cama y cerró los

ojos, sabiendo que el sueño sería esquivo pero necesitando al menos fingir normalidad.

En la habitación al lado, separado solo por una delgada pared de madera, Sebastian Holloway permanecía de pie frente a la ventana observando la aldea dormida abajo. Su reflejo en el vidrio mostraba un hombre al borde del colapso, sostenido solo por pura fuerza de voluntad y determinación obstinada.

Había golpeado la pared una vez, con tanta fuerza que sus nudillos sangraban ahora, manchando su camisa blanca con gotas rojas. El dolor físico era bienvenido, una distracción de la agonía emocional que amenazaba con consumirlo.

Es por su bien, se repetía una y otra vez. *Algún día lo entenderá. Algún día, cuando esté viva y a salvo y feliz con alguien que no esté maldito, me agradecerá por haber tenido la fuerza de alejarme.*

Pero las palabras sonaban huecas incluso en su propia mente. Sabía la verdad que se negaba a admitir en voz alta: no estaba protegiendo a Annabelle. Se estaba protegiendo a sí mismo del terror paralizante de amar a alguien y perderla como había perdido a todos los demás.

Era egoísmo disfrazado de nobleza. Cobardía envuelta en el lenguaje del sacrificio. Lo sabía, lo reconocía, y aun así no podía detenerse porque el miedo era demasiado grande, demasiado consumidor, demasiado arraigado en su alma para ser arrancado por amor solo.

Se dejó caer en la silla junto a la ventana, observando las estrellas aparecer una por una en el cielo oscurecido. En algún lugar de su mente, una voz pequeña susurraba que estaba cometiendo el error más grande de su vida. La ignoró, sofocándola bajo capas de justificaciones y miedos.

Te amo, pensó en la dirección de la pared que los separaba, como si Annabelle pudiera escuchar sus pensamientos. *Te amo tanto que me aterra hasta el punto de la parálisis. Por eso debo dejarte ir. Porque mi amor es una sentencia de muerte para todos los que lo reciben.*

Annabelle no escuchó estos pensamientos. Yacía en su propia habitación, su almohada húmeda con lágrimas silenciosas, completamente inconsciente de que el hombre que amaba estaba sentado al otro lado de la pared amándola de vuelta pero demasiado asustado para hacer algo al respecto.

La ironía cruel de la situación habría sido cómica si no fuera tan devastadoramente trágica. Dos personas desesperadamente enamoradas, separadas no por circunstancias externas sino por los demonios internos que uno de ellos se negaba a enfrentar.

El amanecer llegó demasiado pronto y no lo suficientemente rápido al mismo tiempo. Annabelle se levantó con ojos hinchados y un dolor de cabeza pulsante que no tenía nada que ver con enfermedad física y todo que ver con horas de llanto. Se lavó la cara con agua fría del lavabo, tratando de reducir la hinchazón visible, pero no ayudó mucho.

Se vistió con cuidado mecánico, eligiendo su vestido más sobrio en tono gris oscuro que parecía apropiado para el funeral de su relación con Sebastian. Cepilló su cabello y lo arregló en un moño simple y práctico. Cuando se miró en el espejo pequeño sobre el lavabo, apenas reconoció a la mujer que le devolvía la mirada.

Sus ojos, usualmente brillantes con curiosidad y vida, estaban apagados y sin brillo. Su piel estaba pálida, haciendo que las ojeras oscuras debajo de sus ojos fueran más pronunciadas. Se veía exactamente cómo se sentía: destrozada.

Bajó a desayunar porque la alternativa era quedarse en su habitación y arriesgarse a que Sebastian viniera a buscarla, lo cual haría todo más doloroso. El comedor estaba casi vacío a esta hora temprana, solo unos pocos viajeros madrugadores comiendo en silencio.

Sebastian ya estaba allí, sentado en una mesa en la esquina con una taza de café negro frente a él que parecía no haber tocado. Se veía tan terrible como ella se sentía, con sombras oscuras bajo sus ojos y una tensión en su mandíbula que hablaba de una noche sin dormir.

Sus ojos se encontraron brevemente cuando ella entró, y Annabelle vio dolor reflejado en los suyos que igualaba el suyo propio. Entonces él apartó la mirada rápidamente, como si mirarla fuera físicamente doloroso.

Annabelle ordenó té y tostadas que sabía que no podría comer, simplemente porque necesitaba hacer algo con sus manos. Se sentó en una mesa diferente, manteniendo distancia física que reflejaba el abismo emocional entre ellos.

Comieron en silencio, cada uno intensamente consciente del otro pero sin hacer ningún movimiento para cerrar la distancia. Cuando Sebastian finalmente se levantó para pagar, Annabelle lo siguió afuera donde el carruaje ya estaba esperando.

—Llegaremos a su destino antes del mediodía —dijo él con voz cuidadosamente neutral mientras la ayudaba a subir, el primer contacto físico entre ellos desde la cabaña—. Su familia estará esperándola.

Annabelle no respondió. ¿Qué había que decir? Todo lo importante ya había sido dicho, y las palabras habían resultado ser insuficientes para cambiar nada.

El viaje final fue el más largo a pesar de ser el más corto en distancia. Cada kilómetro los acercaba más a su separación inevitable, y ambos lo sentían con intensidad que hacía difícil respirar normalmente.

Annabelle observaba el paisaje pasar, memorizando cada detalle como si pudiera de alguna manera capturar este momento y preservarlo para siempre. Las colinas verdes ondulantes, los muros de piedra que dividían los campos, las ovejas que pastaban pacíficamente sin conciencia del drama humano desarrollándose en el carruaje que pasaba.

Sebastian mantenía su mirada fija en algún punto más allá de la ventanilla opuesta, su perfil tallado en líneas duras de determinación y dolor reprimido. Sus manos descansaban sobre sus rodillas, los nudillos aún con rastros de sangre seca de donde había golpeado la pared la noche anterior.

Horas después, cuando finalmente llegaron a la propiedad de la familia de Annabelle, Sebastian ayudó a bajar sus pertenencias del carruaje con eficiencia mecánica. Sus manos se rozaron una vez mientras él le entregaba su bolso más pequeño, y ambos se apartaron como si hubieran sido quemados.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal. Sebastian descendió primero, sus movimientos tan precisos y medidos como siempre. Esta vez no le ofreció la mano a Annabelle para ayudarla a bajar, como si incluso ese contacto menor fuera demasiado para soportar. Ella bajó sola, alisando sus faldas con manos que temblaban imperceptiblemente.

La puerta principal se abrió antes de que pudieran alcanzarla, y una mujer apareció en el umbral. Tía Beatrice era una mujer de aproximadamente sesenta años, con cabello gris perfectamente peinado bajo una cofia de encaje, vestida con un vestido de lana color ciruela que hablaba de comodidad en lugar de ostentación. Sus

ojos, del mismo tono avellana que los de Annabelle, se iluminaron al verla.

— ¡Annabelle, querida! —exclamó, bajando los escalones con una gracia que desmentía su edad—. ¡Finalmente llegaste! Estaba tan preocupada después de recibir tu carta. Ese horrible asunto con tu tío...

Tía Beatrice envolvió a Annabelle en un abrazo cálido que olía a lavanda y pan recién horneado. Annabelle se permitió hundirse en el abrazo por un momento, absorbiendo el consuelo que ofrecía, antes de apartarse suavemente.

—Tía Beatrice, permítame presentarle al capitán Sebastian Holloway. Él... me escoltó hasta aquí.

Sebastian se inclinó con perfecta corrección militar, su rostro una máscara de cortesía profesional.

—Señora. Es un honor.

Tía Beatrice estudió a Sebastian con ojos que habían visto suficiente vida para reconocer cuando algo no estaba bien. Su mirada se movió entre él y Annabelle, notando la tensión que colgaba entre ellos como niebla espesa.

— ¿Todo bien, capitán? —preguntó con voz suave pero penetrante—. Parece... tenso.

—Perfectamente bien, señora —respondió Sebastian con voz que no admitía discusión—. La señorita Thornton está a salvo ahora. Esa era mi única responsabilidad.

La palabra "responsabilidad" cayó entre ellos como una piedra. Annabelle sintió algo apretarse dolorosamente en su pecho. ¿Eso era todo lo que había sido para él? ¿Una responsabilidad? ¿Un deber que cumplir?

Tía Beatrice frunció el ceño ligeramente, claramente sintiendo las corrientes ocultas pero sin comprenderlas completamente. Miró a

Annabelle con pregunta silenciosa en sus ojos, pero Annabelle apartó la mirada, incapaz de sostener su escrutinio.

—Bueno —dijo tía Beatrice finalmente, su voz adquiriendo un tono de hospitalidad forzada—. Al menos entre a tomar té antes de partir, capitán. Debe estar exhausto después del viaje.

—Gracias, señora, pero debo declinar —Sebastian ya estaba retrocediendo hacia donde el cochero sostenía su caballo—. Tengo asuntos urgentes que atender en Londres.

Giró hacia Annabelle finalmente, realmente la miró por primera vez en todo el día, y había algo en sus ojos que hizo que ella contuviera la respiración. Dolor, anhelo, arrepentimiento, todo brillando en esas profundidades grises antes de que bajara las defensas nuevamente.

—Que esté bien, señorita Thornton —dijo con voz formal que contrastaba violentamente con la emoción en sus ojos—. Ha sido... un honor escoltarla.

Annabelle tuvo que tragar contra el nudo en su garganta antes de poder responder.

—Gracias por su servicio, capitán Holloway.

Las palabras salieron frías, formales, tan dolorosamente corteses que se sintieron como cuchillos. Sebastian se quedó inmóvil por un momento, como si esperara que ella dijera algo más, como si le estuviera dando una última oportunidad para detenerlo.

Pero Annabelle no dijo nada. Su orgullo, su dolor, su confusión, todo se combinaba para mantener las palabras atrapadas en su garganta.

Sebastian asintió una vez, corto y militar. Luego montó su caballo con la gracia fluida de alguien que había pasado años en la silla de montar. Sin mirar atrás, sin una palabra final de despedida, espoleó al animal y se alejó al trote por el camino bordeado de árboles.

Annabelle lo observó irse, su figura oscura haciéndose más pequeña con cada segundo que pasaba. Observó hasta que desapareció completamente detrás de una curva en el camino, hasta que el sonido de los cascos del caballo se desvaneció en la distancia.

No lloró. Todavía no. Se mantuvo erguida y quieta, sus manos apretadas en puños a sus costados, su barbilla levantada con orgullo que no sentía realmente.

—Querida —dijo tía Beatrice con suavidad, tocando su brazo—. ¿Qué sucedió?

Annabelle se volvió hacia su tía, y solo entonces permitió que la máscara se resquebrajara ligeramente.

—Nada, tía. Absolutamente nada. Y ese es precisamente el problema.

Capítulo 9

Tía Beatrice no presionó por más detalles mientras guiaba a Annabelle al interior de la casa. El vestíbulo era cálido y acogedor, con pisos de madera pulida cubiertos por alfombras gruesas, paredes decoradas con paisajes pastorales en marcos dorados, y un fuego crepitante visible a través de la puerta abierta del salón. Era exactamente el tipo de lugar que Annabelle habría encontrado reconfortante en cualquier otra circunstancia.

Ahora se sentía como una prisión.

—Tu habitación está preparada, querida —dijo tía Beatrice, estudiando su rostro con preocupación evidente—. ¿Por qué no subes a descansar? El viaje debe haber sido agotador.

Annabelle asintió sin confiar en su voz. Subió las escaleras con piernas que se sentían como plomo, cada paso requiriendo más esfuerzo que el anterior. La habitación que le habían asignado era encantadora: papel tapiz color crema con rosas pequeñas, una cama con dosel cubierta con colchas bordadas, ventanas que daban a los jardines traseros. Una jarra de agua fresca esperaba en el lavabo, y alguien había colocado flores silvestres en un jarrón sobre la mesita de noche.

Era perfecta. Era horrible.

Annabelle cerró la puerta detrás de ella y se apoyó contra la madera, sus piernas finalmente cediendo. Se deslizó al suelo, su espalda contra la puerta, sus faldas formando un charco de tela alrededor de ella.

Entonces, finalmente, lloró.

Los sollozos la sacudieron con violencia que no podía controlar. Todo lo que había estado conteniendo durante días, semanas quizás, salió en una oleada de emoción que la dejó sin aliento. Lloró por Sebastian, por el hombre roto que se negaba a aceptar amor. Lloró por sí misma, por enamorarse de alguien que insistía en alejarla.

Lloró por James y Emily, por las tragedias que habían moldeado a Sebastian en el hombre atormentado que era ahora.

Lloró hasta que no quedaron más lágrimas, hasta que solo quedaban sollozos secos que dolían en su pecho. Lloró hasta que escuchó el suave golpe en la puerta detrás de ella.

—Annabelle, querida —la voz de tía Beatrice era gentil—. ¿Puedo entrar?

Annabelle se levantó con esfuerzo, secándose las mejillas con manos temblorosas antes de abrir la puerta. Tía Beatrice estaba ahí con una bandeja de té y expresión de compasión maternal que casi hizo que Annabelle comenzara a llorar nuevamente.

—Oh, querida —murmuró tía Beatrice, entrando y dejando la bandeja sobre la mesa antes de guiar a Annabelle hacia la cama—. Cuéntamelo todo.

Y Annabelle lo hizo. No todo, por supuesto. Omitió los detalles más íntimos, las noches compartidas, el sexo en la cabaña. Pero contó lo esencial: cómo Sebastian había cambiado durante el viaje, cómo había vislumbrado al hombre detrás de la armadura, cómo él se alejaba cada vez que se acercaban demasiado.

—Me enamoré del hombre equivocado —concluyó Annabelle con voz rota, aceptando la taza de té que su tía le ofrecía aunque no tenía intención de beberla—. De un hombre que se niega a ser amado.

Tía Beatrice estudió su rostro durante un largo momento antes de hablar.

— ¿O te enamoraste del hombre correcto en el momento equivocado?

Annabelle levantó la vista, sorprendida.

— ¿Qué diferencia hace? El resultado es el mismo. Él se fue.

—El momento importa, querida —tía Beatrice tomó la mano de Annabelle entre las suyas, su piel suave y cálida—. Algunos hombres

necesitan tiempo para enfrentar sus demonios antes de poder aceptar el amor. Eso no significa que el amor esté equivocado. Solo significa que el momento es... complicado.

—Él piensa que está maldito —susurró Annabelle—. Que todos los que ama terminan muriendo. ¿Cómo se lucha contra eso?

—No lo haces —respondió tía Beatrice con sabiduría de años—. No puedes luchar contra sus miedos por él. Solo puedes decidir si estás dispuesta a esperarlo mientras él lucha contra ellos por sí mismo. Y si no está dispuesto a luchar... entonces tienes que decidir si puedes vivir con eso.

Annabelle cerró los ojos, dejando que las palabras penetraran. ¿Podía vivir con eso? ¿Podía aceptar que Sebastian simplemente se alejara, que se rindiera con ellos sin pelear?

No. La respuesta vino clara y firme. No podía. No lo haría.

Mientras Annabelle escribía con determinación renovada a kilómetros de distancia, Sebastian Holloway cabalgaba sin rumbo real, dejando que su caballo eligiera la dirección mientras su mente giraba en círculos oscuros.

Había hecho lo correcto. Lo sabía. Había protegido a Annabelle de la maldición que lo seguía. Entonces, ¿por qué sentía como si hubiera cometido el error más grande de su vida?

Cuando el sol comenzó a ocultarse, se detuvo en una taberna pequeña en un pueblo cuyo nombre no molestó en aprender. El interior era oscuro y olía a cerveza rancia y humo de tabaco. Perfecto para alguien que quería perderse en el olvido por unas horas.

Se sentó en la barra y ordenó whisky. Luego otro. Y otro. El cantinero, un hombre mayor con una cicatriz que atravesaba su mejilla izquierda, lo observaba con expresión conocedora.

— ¿Problemas de mujer? —preguntó finalmente después del cuarto trago de Sebastian.

Sebastian soltó una risa amarga.

—Problemas de ser un maldito cobarde.

El cantinero asintió como si eso explicara todo.

—Las peores decisiones que he tomado en mi vida fueron cuando dejé que el miedo hiciera mis elecciones por mí.

Sebastian levantó su vaso en saludo sardónico.

—Entonces somos dos idiotas bebiendo para olvidar nuestra estupidez.

Bebió hasta que el mundo se volvió borroso en los bordes, hasta que el dolor agudo en su pecho se embotó a un dolor sordo. Eventualmente, el cantinero lo guió hacia una habitación en el piso superior, pequeña y espartana pero limpia.

Sebastian se derrumbó en la cama con ropa aún puesta, su mente girando incluso mientras la embriaguez lo arrastraba hacia el sueño.

La pesadilla lo golpeó con la fuerza de un maremoto.

James sangrando en sus brazos. Emily gritando mientras las llamas la consumían. Ambos acusándolo, culpándolo, condenándolo por sus fracasos. Luego el sueño cambió, torciéndose en algo nuevo y más aterrador.

Annabelle estaba ahí, rodeada de fuego, gritando su nombre mientras él trataba desesperadamente de alcanzarla. Pero no importaba cuán rápido corriera, ella siempre estaba más lejos,

siempre fuera de su alcance. Su voz se desvanecía mientras las llamas la envolvían, y entonces solo había silencio y cenizas.

Despertó gritando su nombre, su voz ronca y quebrada. Sudor empapaba su camisa, su corazón martilleaba tan fuerte que pensó que podría explotar. Miró alrededor del cuarto vacío con ojos salvajes, buscando alguna amenaza, algún enemigo que combatir.

No había nada. Solo él, solo en una habitación de posada barata, sufriendo las consecuencias de sus propias decisiones.

Por primera vez desde que conoció a Annabelle, la pesadilla había regresado. Durante las noches que había dormido con ella en sus brazos, los sueños habían estado silenciosos. Ahora, sin su presencia reconfortante, los demonios regresaban con venganza.

Se sentó en el borde de la cama, enterrando su rostro en sus manos. Su respiración salía en jadeos irregulares mientras trataba de recuperar el control.

Ya la extraño, pensó con desesperación. *Han pasado solo horas desde que la dejé, y ya la extraño como si hubiera sido años. ¿Cómo voy a sobrevivir el resto de mi vida sin ella?*

No tenía respuesta para esa pregunta. Solo sabía que había tomado su decisión y tenía que vivir con las consecuencias, sin importar cuánto doliera.

Annabelle yacía despierta en su cama horas después, incapaz de encontrar el sueño a pesar del agotamiento que pesaba sobre ella como una manta. Su mente insistía en reproducir memorias, momentos con Sebastian que ahora brillaban con nueva importancia.

Recordaba su primera sonrisa genuina, cuando se golpeó la cabeza con la viga en la casa abandonada. La forma en que su rostro completo se había transformado, las líneas duras

suavizándose hasta revelar al hombre que podría haber sido sin la guerra y el trauma. Esa sonrisa había sido un regalo, algo raro y precioso que él raramente compartía.

Recordaba la forma en que él la miraba cuando creía que no se daba cuenta. Ella lo había atrapado observándola tantas veces, su expresión suavizándose de maneras que nunca mostraba cuando sabía que estaba siendo observado. Había anhelo en esas miradas, y miedo, y algo más profundo que ella ahora reconocía como amor.

Recordaba cómo había dicho su nombre durante el sexo, con voz quebrada y reverente como si fuera una oración. *Annabelle.* No señorita Thornton, no formalidades distantes. Solo su nombre, cargado con todo el significado que él se negaba a verbalizar.

Recordaba el beso en la cabaña, el desesperado y doloroso que había sabido a despedida. La forma en que sus manos la habían sostenido como si fuera lo único manteniéndolo anclado a la tierra. La forma en que había temblado contra ella como si estuviera librando alguna batalla interna épica.

Él me ama, pensó con certeza que la llenó con calidez y dolor simultáneamente. *Lo sé aunque nunca lo diga en voz alta. Puedo verlo en cada mirada, sentirlo en cada toque, escucharlo en las palabras que no pronuncia.*

El conocimiento no la hacía sentir mejor. De alguna manera, hacía todo peor. Porque si Sebastian la amaba y aún elegía alejarse, ¿qué esperanza había de que alguna vez cambiara de opinión?

A kilómetros de distancia, Sebastian yacía en su propia cama sin dormir, su mente igualmente torturada por memorias que no podía suprimir.

Recordaba su risa cuando él se golpeó la cabeza, el sonido puro y genuino que había cortado a través de sus defensas como un

cuchillo caliente a través de mantequilla. No había escuchado risa así en años, tan libre de carga o expectativa.

Recordaba la forma en que lo tocaba sin miedo ni repulsión. Sus dedos trazando sus cicatrices con reverencia en lugar de horror, besando cada marca que la guerra había dejado en su cuerpo. Había dicho que era hermoso, y por un momento, mirándola, casi lo había creído.

Recordaba su fiereza cuando mató para salvarlo durante la emboscada. La forma en que había sostenido esa roca con determinación mortal, golpeando al atacante sin vacilación. Haría cualquier cosa para protegerlo, incluso matar. Esa realización lo había golpeado con fuerza que aún no había procesado completamente.

Recordaba cómo se veía dormida en sus brazos después de hacer el amor, su cabello desplegado sobre su pecho, su respiración suave y uniforme. Paz. Ella le había dado paz por primera vez en años, un respiro de las pesadillas que lo atormentaban.

La amo, admitió en el silencio de su mente. *Dios me ayude, la amo tanto que me duele respirar. Por eso debo mantenerme alejado. Porque mi amor es una sentencia de muerte, y no sobreviviré a perderla como perdí a los demás.*

Era lógica retorcida nacida del trauma, pero para Sebastian tenía el peso de la verdad absoluta. No podía cambiarla más de lo que podía cambiar el color de sus ojos o la forma de su rostro. Era parte de quién era ahora, tallada en su alma por años de pérdida y culpa.

El segundo día después de su separación amaneció gris y amenazante, con nubes oscuras acumulándose en el horizonte. Annabelle se había levantado temprano a pesar de otra noche sin

dormir, incapaz de permanecer en cama con sus pensamientos girando en círculos interminables.

Estaba tomando té en la sala de estar cuando escuchó el golpe urgente en la puerta principal. Voces bajas resonaron en el vestíbulo, luego pasos rápidos. Beatrice apareció en la puerta con expresión preocupada.

—Annabelle, hay un hombre aquí que insiste en verte. Dice que es urgente.

Annabelle se puso de pie, su corazón acelerándose. Durante un momento loco, pensó que podría ser Sebastian, que había cambiado de opinión. La esperanza murió cuando un hombre desconocido entró en la habitación.

Era joven, quizás veinticinco años, con el porte militar inconfundible de un soldado. Estaba vestido simplemente pero con ropa de calidad, y había urgencia en sus ojos azules.

—Señorita Thornton —dijo con voz tensa—. Mi nombre es Thomas Blackwell. Sirvo bajo el mando del capitán Holloway.

Annabelle se quedó sin aliento.

— ¿Qué pasa? ¿Está herido?

Thomas negó con la cabeza rápidamente.

—No todavía. Pero necesito contarle algo importante. Algo que el capitán me mataría por revelar, pero que usted necesita saber.

—Continúe —dijo Annabelle, su estómago contrayéndose con aprensión.

Thomas tomó una respiración profunda antes de hablar.

—Soy uno de tres soldados que el capitán Holloway contrató en secreto para protegerla durante su viaje. Hemos estado siguiéndolos todo el camino desde Londres, manteniéndonos ocultos según sus órdenes específicas.

Annabelle sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies. Tuvo que agarrar el respaldo de una silla para mantenerse erguida.

— ¿Qué? ¿Nos siguieron todo el viaje?

—Sí, señorita. El capitán nos contrató el segundo día de viaje. Nos pagó generosamente de su propio bolsillo para asegurarnos de que usted estuviera completamente protegida en todo momento.

— ¿Por qué me está diciendo esto ahora? —exigió Annabelle, su voz temblando—. ¿Por qué revelar su secreto?

Thomas la miró directamente, y había miedo genuino en sus ojos.

—Porque el capitán está en peligro mortal. Regresó a Londres solo ayer. Para enfrentar al Conde de Ashford directamente.

El pánico helado inundó las venas de Annabelle.

— ¿QUÉ? ¿Por qué haría algo tan estúpido?

—Encontró información nueva entre las pertenencias de Emily Crawford —explicó Thomas rápidamente—. Evidencia de que los hombres que la mataron están directamente conectados con Ashford y su conspiración. El capitán planea confrontarlos, forzarlos a confesar. Ir solo contra ellos es suicidio.

Las piezas encajaron en la mente de Annabelle con claridad devastadora. Sebastian no estaba simplemente alejándose de ella. Estaba preparándose para morir. Esto era una misión suicida disfrazada de justicia.

— ¿Dónde está exactamente? —preguntó, su voz saliendo más firme de lo que sentía.

—Partió de aquí hace aproximadamente una hora, cabalgando duro hacia Londres. Si continúa a ese ritmo, llegará mañana al anochecer.

Annabelle giró hacia Beatrice, quien había estado observando el intercambio con ojos que se agrandaban progresivamente.

—Necesito caballos. Los más rápidos que tengas. Ahora.

— ¡Annabelle! —protestó Beatrice—. ¡Es peligroso! No puedes simplemente...

—No lo dejaré morir solo —la interrumpió Annabelle con fiereza—. No después de todo lo que sacrificó por mí. No cuando hay algo que puedo hacer para detenerlo.

Beatrice estudió su rostro durante un largo momento, viendo sin duda la determinación férrea ahí. Finalmente asintió.

—Prepararé los caballos. Pero irás con escolta apropiada.

—Iré con ella —ofreció Thomas inmediatamente—. Y llamaré a los otros dos soldados. El capitán puede despedirnos después si sobrevive, pero al menos estará vivo para hacerlo.

Annabelle corrió escaleras arriba para empacar rápidamente. No necesitaba mucho, solo ropa práctica para montar y las pocas posesiones esenciales. Su mente ya estaba en Londres, calculando distancias y tiempos, rezando para no llegar demasiado tarde.

Mientras empacaba, Thomas explicó más detalles que hicieron que su corazón doliera aún más.

—El capitán nos contrató el segundo día del viaje, señorita. Nos dijo específicamente: 'Protéjanla incluso de mí. Si intento alejarme, asegúrense de que esté completamente a salvo sin importar el costo.' No le importaba cuánto le costara. Solo su seguridad importaba.

Annabelle sintió lágrimas picando en sus ojos pero las parpadeó furiosamente.

—Ese idiota. Ese hermoso, noble, completamente estúpido idiota.

Thomas sonrió ligeramente.

—Lo ama.

No era una pregunta, pero Annabelle respondió de todos modos.

—Más de lo que él se ama a sí mismo. Y voy a demostrárselo aunque tenga que arrastrarlo fuera de Londres por el cuello.

Media hora después, estaban cabalgando duro hacia el sur, con Annabelle en el centro flanqueada por Thomas y los otros dos soldados que habían aparecido al llamado. El viento azotaba su rostro mientras cabalgaba más rápido de lo que nunca había cabalgado antes, su corazón martilleando con urgencia que igualaba el golpeteo de los cascos del caballo.

Aguanta, rezaba silenciosamente en dirección a Londres. *Solo aguanta hasta que llegue allí. No te atrevas a morir antes de que pueda decirte que eres un idiota en persona.*

Mientras tanto, Sebastian Holloway cabalgaba hacia su destino con determinación sombría, inconsciente de que Annabelle venía tras él con igual determinación. En su bolsillo interno llevaba una carta sellada, dirigida a ella, que contenía todas las palabras que nunca había tenido el coraje de decir en persona.

Si moría, al menos ella sabría la verdad finalmente. Era un consuelo pequeño, pero era lo único que le quedaba para darle.

Capítulo 10

Annabelle Thornton había cabalgado durante día y medio sin apenas detenerse para descansar, cambiando caballos en postas del camino con urgencia que no admitía demora. Sus muslos dolían de la montura prolongada, su espalda estaba rígida, y cada hueso de su cuerpo protestaba contra el castigo que le había infligido. Nada de eso importaba. Solo importaba llegar a Londres antes de que Sebastian hiciera algo irrevocablemente estúpido.

La ciudad apareció finalmente en el horizonte al atardecer del segundo día, sus edificios recortándose contra un cielo que se teñía de rojo sangre. Annabelle apretó las riendas con manos que temblaban tanto de fatiga como de miedo.

—La propiedad de Ashford está al este de la ciudad —dijo Thomas Blackwell, cabalgando a su lado con expresión tensa—. Es una casa antigua que ha estado abandonada durante años desde que el conde cayó en desgracia financiera. Si el capitán planeaba confrontarlo privadamente, ese sería el lugar lógico.

Siguieron por calles cada vez más deterioradas a medida que se alejaban del centro elegante de Londres. Las casas se volvían más espaciadas, más descuidadas, hasta que finalmente llegaron a una propiedad que claramente había visto días mejores. Los muros de piedra estaban cubiertos de hiedra salvaje, las ventanas rotas miraban como ojos vacíos, y la puerta principal colgaba torcida de sus bisagras.

Annabelle desmontó antes de que su caballo se detuviera completamente, tropezando ligeramente cuando sus piernas protestaron contra el movimiento. Thomas la agarró del brazo para estabilizarla.

—Cuidado, señorita. No servirá de nada si se rompe el tobillo antes de llegar a él.

—Estoy bien —insistió ella, recuperando su equilibrio—. ¿Escuchas eso?

Se quedaron quietos, conteniendo la respiración. Desde el interior de la casa llegaban sonidos inconfundibles de violencia: el choque de metal contra metal, gruñidos de esfuerzo, el golpe sordo de cuerpos impactando contra superficies duras.

El estómago de Annabelle se contrajo con miedo.

— ¿Cuántos hombres tiene típicamente Ashford bajo su mando?

Thomas intercambió miradas con los otros dos soldados que los habían acompañado, ambos con expresiones sombrías.

—Al menos seis guardias personales leales según nuestra última información. Hombres duros, veteranos de guerra como el capitán. El conde no es tonto cuando se trata de su propia protección.

—Sebastian está solo contra seis hombres —dijo Annabelle, la realidad de la situación golpeándola con fuerza—. Es un suicidio.

—Sí, señorita. Por eso vinimos tan rápido como pudimos.

Annabelle apretó los puños a sus costados, su decisión tomándose en un instante.

—Ya no está solo. Vamos.

Thomas le entregó una de sus pistolas sin que ella tuviera que pedirla.

— ¿Sabe usarla?

—Tuve un buen maestro durante el viaje —respondió Annabelle, verificando que estuviera cargada con movimientos que Sebastian le había enseñado durante uno de sus descansos—. Espero no tener que usarla, pero lo haré si es necesario.

—Esa es la actitud correcta —dijo Thomas con aprobación—. Manténgase detrás de nosotros hasta que evaluemos la situación. Si las cosas se ponen feas, corra y busque ayuda. ¿Entendido?

Annabelle asintió, aunque ambos sabían que no tenía intención de correr sin importar qué tan feas se pusieran las cosas. Había cabalgado durante día y medio para llegar aquí. No iba a huir ahora.

Se acercaron a la casa con cautela, Thomas y los otros soldados moviéndose con el sigilo entrenado de hombres acostumbrados a operaciones militares. La puerta principal estaba entreabierta, revelando un vestíbulo oscuro más allá. Los sonidos de pelea eran más fuertes ahora, viniendo de algún lugar profundo dentro de la casa.

Thomas empujó la puerta lentamente, verificando primero el interior antes de hacer señas a los demás para que lo siguieran. El vestíbulo estaba vacío excepto por muebles cubiertos con sábanas y una espesa capa de polvo que mostraba huellas recientes de botas.

Siguieron los sonidos a través de pasillos oscuros hasta que llegaron a una puerta grande que conducía a lo que alguna vez debió ser un salón de baile. La puerta estaba abierta, revelando una escena de caos dentro.

Sebastian estaba en el centro del salón vacío, rodeado por cuatro hombres que lo atacaban con sincronización que hablaba de entrenamiento considerable. Su camisa estaba rasgada y manchada de sangre, una cortada profunda atravesaba su brazo izquierdo, y sangre corría por el lado de su rostro desde un corte en su ceja. Su

respiración salía en jadeos irregulares, y Annabelle podía ver que la fatiga estaba comenzando a afectar sus movimientos.

Pero luchaba con la ferocidad de un hombre que no tenía nada que perder. Su espada se movía en arcos precisos, bloqueando ataques, buscando aperturas, aprovechando cada error que sus oponentes cometían. Había elegancia brutal en su forma de pelear, economía de movimiento nacida de años de experiencia en campos de batalla.

Annabelle lo observó con el corazón en la garganta mientras bloqueaba un golpe de espada de un hombre a su derecha, luego giraba para patear a otro en el estómago con fuerza suficiente para enviarlo tropezando hacia atrás. No se rendirían fácilmente, y él no se rendiría en absoluto.

Entonces vio algo que hizo que su sangre se congelara. Un quinto hombre emergía de las sombras al otro lado del salón, moviéndose con sigilo hacia la espalda expuesta de Sebastian. Llevaba un cuchillo largo en su mano, la hoja brillando débilmente bajo la luz tenue que se filtraba por las ventanas rotas.

Annabelle no pensó. Actuó.

Arrancó la pistola del cinturón de Thomas, levantándola con manos que milagrosamente no temblaban a pesar del terror que la inundaba. Apuntó cuidadosamente, recordando todo lo que Sebastian le había enseñado sobre respiración y control, y apretó el gatillo.

El disparo resonó como un trueno en el espacio cerrado. El quinto hombre cayó con un grito, su cuchillo cayendo al suelo con un repiqueteo metálico mientras se agarraba su hombro donde la bala lo había alcanzado.

Sebastian se volvió bruscamente hacia el sonido, sus ojos encontrando a Annabelle en la puerta. El shock absoluto cruzó su rostro ensangrentado.

— ¿Annabelle? —su voz salió como un jadeo incrédulo—. ¿Qué diablos...?

La distracción casi le cuesta la vida. Uno de los atacantes que había estado peleando aprovechó el momento, su espada descendiendo en un arco mortal hacia el cuello expuesto de Sebastian. Thomas disparó antes de que Annabelle pudiera gritar una advertencia, su bala alcanzando al atacante en el pecho y enviándolo cayendo hacia atrás.

— ¡Concéntrate, capitán! —gritó Thomas, entrando al salón con pistola lista—. Terminaremos las conmovedoras reuniones después de que todos estemos vivos.

Los otros dos soldados lo siguieron, formando un triángulo defensivo con Sebastian en el centro. Los atacantes restantes vacilaron, calculando rápidamente sus probabilidades ahora que los números se habían igualado.

Sebastian sacudió su cabeza como si intentara aclarar su confusión, luego volvió su atención a la pelea con determinación renovada. Ahora trabajaban como una unidad coordinada, Sebastian y los tres soldados moviéndose con la sincronización de hombres que habían luchado juntos antes.

Annabelle se mantuvo en la puerta, recargando la pistola con dedos torpes pero determinados. Sus ojos nunca dejaron a Sebastian, rastreando cada movimiento, cada golpe que recibía, cada gota de sangre que caía de sus heridas. El miedo era un puño apretado alrededor de su corazón, pero se negaba a permitir que la paralizara.

Uno de los atacantes cargó hacia Thomas, solo para encontrarse con el puño de Sebastian golpeando su sien con fuerza que lo envió girando al suelo. Otro intentó flanquear a los soldados pero fue derribado por un disparo preciso de uno de los compañeros de Thomas.

El número de enemigos disminuyó rápidamente bajo el asalto coordinado. Pronto solo quedaba uno en pie, retrocediendo lentamente mientras evaluaba sus opciones cada vez más limitadas. Tomó la decisión inteligente y giró para correr hacia una puerta lateral.

Excepto que había otra figura bloqueando esa salida. El Conde de Ashford emergió de las sombras, su rostro contorsionado con ira mientras observaba a sus hombres derrotados dispersos por el suelo.

—Maldito seas, Holloway —escupió con voz llena de veneno—. Debiste haber muerto en España con ese idiota de Crawford.

Sebastian dio un paso amenazador hacia él, su espada aún en mano y goteando sangre.

—James Crawford valía diez de ti, Ashford. Valía cien de los cobardes que contrataste para matar a su hermana.

— ¡Ella estaba haciendo demasiadas preguntas! —gritó Ashford, su compostura aristocrática finalmente rompiéndose—. Estaba a punto de exponer toda la operación. No tuve elección.

—Siempre hay elección —dijo Sebastian con voz peligrosamente tranquila—. Elegiste matar a una joven inocente para proteger tus secretos sucios. Ahora vivirás con las consecuencias de esa elección.

Ashford intentó correr, desesperación finalmente superando su arrogancia. Sebastian lo alcanzó en tres zancadas largas,

agarrándolo por el cuello de su abrigo caro y arrojándolo contra la pared con fuerza que hizo que polvo cayera del techo.

Golpeó al conde con brutalidad sistemática, cada puñetazo llevando años de rabia reprimida y dolor sin procesar.

—Esto es por Emily —gruñó, su puño conectando con la mandíbula de Ashford—. Por James. Por todos los que destruiste con tu codicia.

Ashford cayó al suelo sangrando de nariz y boca, levantando las manos en rendición débil.

—No fui solo yo —jadeó, sangre goteando sobre su camisa blanca —. Hay otros involucrados. Deveraux, Pemberton, incluso algunos en el Parlamento. Si me matas, nunca los encontrarás.

Sebastian lo agarró del cabello, obligándolo a mirar hacia arriba.

—No voy a matarte. Eso sería demasiado misericordioso. Vas a vivir para enfrentar justicia apropiada. Vas a confesar todo, nombrar a todos tus cómplices. Y luego pasarás el resto de tu miserable vida en prisión pudriéndote con tu culpa.

Thomas y los otros soldados se acercaron con cuerdas, atando a Ashford y a los atacantes sobrevivientes con eficiencia militar. Annabelle observaba desde la puerta, su pistola aún en mano aunque sus brazos temblaban ahora que la adrenalina comenzaba a disiparse.

Cuando Ashford y sus hombres estuvieron asegurados, Sebastian finalmente se volvió completamente hacia Annabelle. La miraba como si fuera una aparición, como si no pudiera creer que realmente estuviera ahí parada en la puerta con vestido de montar arrugado y cabello escapando de su moño.

Cruzó el salón hacia ella con pasos que comenzaron lentos y luego se aceleraron hasta que casi corría. Se detuvo frente a ella, su pecho subiendo y bajando con respiración irregular.

— ¿Qué diablos haces aquí? —exigió, su voz saliendo más áspera de lo que probablemente pretendía.

Annabelle levantó su barbilla desafiante.

—Salvarte, aparentemente. De nada, por cierto.

—Pudiste haber muerto —dijo él, sus manos cerrándose en puños a sus costados como si luchara contra el impulso de tocarla—. Esos hombres eran asesinos entrenados. Una bala pérdida, un cuchillo mal dirigido, y podrías estar muerta ahora mismo.

— ¡Lo mismo tú! —gritó Annabelle, su propio temperamento finalmente explotando—. ¡Viniste aquí solo contra seis hombres! ¿Qué esperabas que pasara?

Sebastian apartó la mirada, su mandíbula apretándose.

—Ese era el plan desde el principio. Enfrentarlos, obtener justicia para Emily, y si moría en el proceso... —se encogió de hombros con fingida indiferencia que engañaba a nadie—. Al menos habría significado algo.

La mano de Annabelle se movió antes de que su mente consciente tomara la decisión. La cachetada resonó en el salón como un disparo, dejando una marca roja en la mejilla de Sebastian que se destacaba vivamente contra su piel ensangrentada.

— ¡Idiota! —gritó, su voz quebrándose—. ¡Egoísta! ¡Cobarde!

Sebastian tocó su mejilla con dedos sorprendidos, luego bajó la mano.

—Ya lo sé. Sé exactamente lo que soy.

— ¿Ibas a morir? —las lágrimas comenzaban a correr por las mejillas de Annabelle ahora, toda su compostura finalmente rompiéndose—. ¿Sin decirme? ¿Sin siquiera darme la oportunidad de...?

No pudo terminar. Los sollozos la superaron, sacudiendo su cuerpo con fuerza que la hizo tambalearse.

Sebastian la atrapó antes de que cayera, sus brazos rodeándola con fuerza que casi dolía. La sostuvo contra su pecho mientras ella lloraba, una de sus manos acariciando su cabello con torpeza reconfortante.

—Lo siento —murmuró contra su cabello—. Dios, Annabelle, lo siento mucho. Por todo. Por ser un cobarde. Por alejarme. Por planear esto sin decirte.

Annabelle se aferró a él, sus dedos hundiéndose en su camisa ensangrentada sin importarle las manchas que estaba dejando en su propio vestido. Podía sentir su corazón martilleando contra su mejilla, el temblor casi imperceptible que recorría su cuerpo traicionando la emoción que intentaba ocultar.

—Pensé que llegaría demasiado tarde —sollozó contra su pecho —. Pensé que te encontraría muerto y nunca tendría la oportunidad de decirte que eres un idiota en persona.

A pesar de todo, Sebastian soltó una risa que sonó mitad sollozo.

—Bueno, aquí estoy. Vivo y listo para escuchar todo lo que necesites decirme sobre mi estupidez.

Permanecieron así durante largos momentos, aferrándose el uno al otro en medio del caos del salón. Thomas y los otros soldados se

movían discretamente hacia la puerta, dándoles privacidad tanta cómo era posible dadas las circunstancias.

Finalmente, Annabelle se separó lo suficiente para mirarlo directamente. Sus ojos estaban rojos e hinchados de llorar, pero había determinación férrea en su expresión.

—Encontré tu carta. La que escribiste para que la leyera después de que murieras.

Sebastian se tensó visiblemente, su agarre en ella aflojándose.

—No debías encontrar esa. Thomas no tenía derecho a...

—Thomas hizo exactamente lo correcto —lo interrumpió Annabelle con firmeza—. La carta decía que me amabas.

Sebastian cerró los ojos brevemente, como si las palabras fueran físicamente dolorosas de escuchar.

—Sí. Lo dice.

— ¿Y planeabas que lo descubriera solo después de que estuvieras muerto? —la voz de Annabelle subió con incredulidad y renovada ira—. ¿Ese era tu gran plan?

—Pensé que sería más fácil así —admitió él, abriendo los ojos para encontrar los suyos—. Para ambos.

Annabelle se separó completamente de él, dando un paso atrás con expresión de furia absoluta.

— ¿Para quién exactamente sería más fácil, Sebastian? ¿Para ti porque no tendrías que enfrentar tus sentimientos mientras seguías vivo? ¿Porque podrías tomar la salida cobarde y dejarme con una carta en lugar de tener que ser valiente y decírmelo a la cara?

— ¡Porque no quiero que mueras por mí! —explotó él, su propia voz subiendo finalmente—. ¡Porque todos los que amo terminan muertos y no podría sobrevivir a perderte de esa manera!

— ¡ESA NO ES TU DECISIÓN PARA TOMAR! —gritó Annabelle de vuelta, sus manos apretadas en puños—. ¡No puedes decidir por mí qué riesgos estoy dispuesta a tomar! ¡No puedes protegerme de la vida misma!

El silencio cayó entre ellos como un manto pesado. Ambos jadeaban de la intensidad emocional del intercambio, mirándose el uno al otro a través del espacio de metros que parecía tan ancho como un océano.

Annabelle tomó una respiración profunda, obligándose a calmarse. Cuando habló nuevamente, su voz era más controlada pero no menos intensa.

—Sebastian. Mírame.

Él la miró, y ella vio miedo crudo en sus ojos grises.

—Yo elijo estar aquí en este momento —dijo ella con claridad que no admitía discusión—. Elegí cabalgar durante día y medio sin descanso para llegar a ti. Elegí entrar en esa pelea sabiendo que podría morir. Elijo arriesgarme cada día que paso contigo. Y elijo amarte sin importar cuán difícil lo hagas.

—Annabelle...

—No —lo interrumpió ella, levantando una mano—. Déjame terminar. Tú no puedes impedirme hacer estas elecciones. No puedes protegerme de todo. No puedes controlar el futuro ni prevenir cada pérdida posible. Todo lo que puedes hacer es decidir si me amas lo suficiente para dejarme elegir libremente. O si tu miedo es más fuerte que tus sentimientos por mí.

Sebastian la miraba con expresión que era mitad desesperación, mitad esperanza. Su voz, cuando finalmente habló, salió rota y áspera como si las palabras estuvieran siendo arrancadas de algún lugar profundo dentro de su pecho.

—No sé cómo hacer esto. Amar a alguien sin miedo paralizante. Sin esperar constantemente que todo se desmorone y se convierta en cenizas como siempre lo hace.

Annabelle dio un paso hacia él, reduciendo la distancia que había puesto entre ellos momentos antes.

—Entonces aprenderemos juntos. Los dos. No espero que seas perfecto, Sebastian. Solo espero que seas honesto.

— ¿Y si fallo? —la pregunta salió como un susurro torturado—. ¿Si te fallo de las maneras que fallé a James y Emily? ¿Si no soy suficiente para mantenerte a salvo?

Annabelle tomó su rostro entre sus manos, obligándolo a sostener su mirada.

—Entonces fallarás. Y será doloroso y difícil. Y nos levantaremos y lo intentaremos de nuevo. Juntos. Porque eso es lo que significa amar a alguien, Sebastian. No es nunca fallar. Es levantarse después de cada caída y seguir intentando.

Sebastian cerró los ojos, lágrimas finalmente escapando de las comisuras a pesar de sus esfuerzos por contenerlas. Cuando habló nuevamente, su voz temblaba.

— ¿Cómo puedes ser tan increíblemente valiente? ¿Cómo puedes estar aquí parada después de todo lo que te he hecho pasar y aun así estar dispuesta a darme otra oportunidad?

Annabelle sonrió a través de sus propias lágrimas.

—Porque tú me enseñaste a serlo. Me mostraste que la verdadera fuerza no es la ausencia de miedo. Es actuar a pesar del miedo, hacer lo correcto incluso cuando aterra hacerlo. Aprendí eso de ti.

Algo en Sebastian se quebró finalmente, todas las barreras que había construido tan cuidadosamente alrededor de su corazón desmoronándose como muros de arena ante la marea. La atrajo hacia él con movimiento súbito, sus labios encontrando los de ella en un beso que era completamente diferente de todos los que habían compartido antes.

Este no era desesperación o lujuria o la necesidad urgente de afirmar vida después de enfrentar muerte. Este era suave, tierno, una promesa en lugar de una demanda. Sus labios se movían sobre los de ella con reverencia que hablaba de sentimientos demasiado profundos para palabras.

El beso de reconexión comenzó lento y exploratorio, como si fuera la primera vez pero infinitamente mejor porque ahora ambos sabían exactamente lo que significaba. No era solo deseo físico, aunque eso estaba ahí también. No era solo necesidad de consuelo, aunque también necesitaban eso. Era amor, puro y simple y aterrador en su intensidad.

Sebastian besó cada centímetro de su rostro entre palabras que brotaban de él como agua de una presa rota.

—Te amo —murmuró contra sus labios.

—Te amo —repitió contra su mejilla.

—Te amo —susurró contra su frente.

Repetía las palabras como un mantra, como si necesitara creerlas él mismo, como si pronunciarlas suficientes veces pudiera hacer que el miedo finalmente se desvaneciera. Sus manos temblaban donde

sostenían su rostro, sus pulgares acariciando sus mejillas con ternura que contrastaba con la intensidad de sus emociones.

Annabelle sonrió contra sus labios, sus propias manos moviéndose para enredarse en su cabello ensangrentado sin importarle la suciedad y la sangre.

—Lo sé. Siempre lo supe, incluso cuando intentabas ocultarlo. Podía verlo en cada mirada, sentirlo en cada toque, escucharlo en las palabras que no pronunciabas.

Se besaron hasta que ambos necesitaron aire, separándose solo lo suficiente para jadear respiraciones entrecortadas. Sebastian presionó su frente contra la de ella, sus ojos cerrados como si estuviera memorizando este momento, guardándolo en algún lugar seguro dentro de su corazón.

— ¿Ahora qué? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué hacemos con esto que tenemos?

Annabelle mantuvo sus ojos cerrados también, disfrutando de la simple intimidad de respirar el mismo aire, de compartir el mismo espacio sin barreras entre ellos.

—Ahora terminamos esto apropiadamente. Exponemos a Ashford y todos sus cómplices. Aseguramos que enfrenten justicia por lo que le hicieron a Emily y James. Y luego...

— ¿Y luego? —presionó Sebastian cuando ella hizo una pausa.

Annabelle abrió los ojos, encontrando los suyos a centímetros de distancia.

—Y luego construimos algo nuevo. Juntos. Una vida que no esté definida por el pasado o por el miedo. Una vida que elijamos

activamente en lugar de una que nos sea impuesta por circunstancias.

Sebastian estudió su rostro como si estuviera buscando alguna señal de duda o arrepentimiento. Cuando no encontró ninguna, algo en su expresión se suavizó completamente.

—No merezco tu fe en mí. No merezco tu amor. Pero voy a pasar el resto de mi vida intentando ser el hombre que crees que soy.

—Ya eres ese hombre —dijo Annabelle con firmeza—. Solo necesitas creerlo tú mismo.

Podrían haberse quedado así indefinidamente, perdidos en su propio mundo privado, si no hubieran sido interrumpidos por el sonido de alguien aclarando su garganta educadamente. Ambos se volvieron para encontrar a Thomas parado en la puerta con expresión que oscilaba entre diversión e incomodidad.

—Perdón por interrumpir, capitán —dijo Thomas con tono cuidadosamente neutral—. Pero tenemos a Ashford y sus hombres asegurados. ¿Qué quiere que hagamos con ellos?

Sebastian se separó de Annabelle con reluctancia, aunque mantuvo una mano firmemente entrelazada con la suya como si necesitara mantener ese contacto físico para creer que realmente estaba ahí.

—Lo llevamos ante las autoridades apropiadas. Específicamente, ante el Duque de Rutherford. Él tiene influencia suficiente para garantizar que Ashford enfrente justicia apropiada sin que sus amigos corruptos puedan interferir.

—Entendido, señor. ¿Y las evidencias?

—Necesitamos buscar esta propiedad minuciosamente —respondió Sebastian, su mente militar ya trabajando en el problema —. Si Ashford usaba este lugar para reuniones clandestinas, debe haber documentos, correspondencia, algo que podamos usar para conectarlo definitivamente con la conspiración.

Pasaron la siguiente hora registrando sistemáticamente la casa abandonada. Annabelle trabajó junto a Sebastian, revisando cajones polvorientos y archivos olvidados mientras Thomas y los otros soldados se encargaban de las habitaciones superiores.

Fue en lo que alguna vez había sido el estudio privado de Ashford donde Annabelle hizo el descubrimiento crucial. Detrás de un panel secreto en la pared, encontró una caja fuerte pequeña. Sebastian la abrió con herramientas que sacó de su bolsillo, revelando montones de documentos cuidadosamente organizados.

—Registros bancarios —murmuró Sebastian, revisando los papeles con ojos que se agrandaban progresivamente—. Cuentas conjuntas entre Ashford y Deveraux. Pagos masivos a oficiales gubernamentales. Esto es exactamente lo que necesitábamos.

Annabelle tomó uno de los documentos, leyéndolo con atención creciente. Era correspondencia entre Ashford y Deveraux, discutiendo los detalles de sus operaciones ilegales con franqueza imprudente.

—Esto lo prueba todo —dijo con voz cargada de satisfacción—. Emily no murió en vano. Encontramos exactamente lo que ella estaba buscando.

—Sí —concordó Sebastian, pero su expresión se había oscurecido —. Ahora solo necesitamos asegurar que llegue a las personas correctas antes de que Ashford pueda advertir a sus cómplices.

Annabelle continuó revisando los documentos, su ceño frunciéndose mientras algo captaba su atención. Una carta en particular, fechada apenas seis meses atrás, estaba firmada por Deveraux pero contenía una línea que la hizo detenerse abruptamente.

—Sebastian... mira esta firma en particular.

Él se acercó, leyendo por encima de su hombro. La carta discutía financiamiento para alguna operación no especificada, y al final decía: *"W. ha aprobado los fondos adicionales según lo solicitado. Proceda con el plan acordado."*

Sebastian se tensó visiblemente.

— ¿W? ¿Quién diablos es W?

Annabelle revisó más documentos, encontrando varias referencias similares a esta misteriosa figura con inicial W. Siempre en el contexto de aprobación de fondos masivos, siempre sugiriendo que W. estaba en una posición de autoridad sobre Ashford y Deveraux.

—Alguien más estaba financiando toda la operación —dijo Annabelle lentamente, las implicaciones cayendo sobre ella como piedras—. Alguien con suficiente poder y dinero para controlar a hombres como Ashford.

—Esto es más grande de lo que pensábamos —murmuró Sebastian, su expresión volviéndose sombría—. Mucho más grande.

Thomas apareció en la puerta del estudio.

— ¿Encontraron algo, capitán?

—Más de lo que esperábamos —respondió Sebastian—. Prepara a los hombres. Viajamos a Rutherford Hall inmediatamente. Y mantén

a Ashford bajo vigilancia constante. Si hay alguien más poderoso que él involucrado, podrían intentar silenciarlo antes de que pueda hablar.

*****

El viaje a Rutherford Hall tomó varias horas, tiempo que Annabelle y Sebastian pasaron en el carruaje con sus manos entrelazadas, ninguno dispuesto a romper ese contacto físico después de días de separación dolorosa. Ashford y sus hombres viajaban en un carruaje separado bajo guardia armada, mientras Thomas y los otros soldados cabalgaban como escolta.

Sebastian miraba por la ventanilla hacia el paisaje que pasaba, pero Annabelle podía ver que su mente estaba a kilómetros de distancia, procesando todo lo que habían descubierto.

— ¿Qué le diremos a mi hermana cuando finalmente lleguemos? —preguntó Annabelle, rompiendo el silencio contemplativo.

Sebastian se volvió hacia ella, una sonrisa pequeña curvando sus labios.

—La verdad. Que me enamoré de ti en algún punto entre Londres y Escocia. Y que no me arrepiento de nada excepto del tiempo que desperdicié intentando alejarme.

— ¿Y a tu hermano Alistair? —continuó Annabelle—. ¿Qué le dirás cuando te pregunte sobre este viaje?

La sonrisa de Sebastian se amplió, alcanzando sus ojos por primera vez en lo que parecían años.

—Que cumplí con mi deber de escoltarte a salvo. Y que en el proceso encontré algo que no sabía que estaba buscando.

— ¿Qué encontraste? —preguntó Annabelle, aunque ya conocía la respuesta.

Sebastian levantó su mano entrelazada, besando sus nudillos con ternura que aún la sorprendía cada vez que lo mostraba.

—Todo. Encontré absolutamente todo lo que importa.

Annabelle se acurrucó contra su costado, su cabeza descansando en su hombro mientras el carruaje continuaba su camino hacia Rutherford Hall y hacia un futuro que aún estaba por escribirse. Había desafíos por delante, sabía eso. Tendrían que exponer la conspiración, enfrentar a quienquiera que fuera este misterioso W., y navegar las complejidades de construir una vida juntos después de todo lo que habían pasado.

Pero por primera vez desde que se conocieron, ambos enfrentaban ese futuro incierto sin miedo paralizante. Lo enfrentaban juntos, y eso hacía toda la diferencia.

Sebastian presionó un beso en su cabello, sus brazos estrechándola contra él.

—Gracias —murmuró contra su cabeza.

— ¿Por qué?

—Por no rendirte conmigo. Por ser lo suficientemente valiente para ambos cuando yo no podía serlo. Por amarme a pesar de todo.

Annabelle sonrió contra su pecho.

—Siempre. Te amaré siempre, Sebastian Holloway. Incluso cuando seas imposiblemente difícil.

—Especialmente entonces —bromeó él, y ella podía escuchar la sonrisa en su voz.

El carruaje continuó su camino mientras la noche comenzaba a caer, llevándolos hacia respuestas y nuevas preguntas, hacia justicia y hacia el comienzo de algo que ambos habían pensado imposible: un futuro construido sobre esperanza en lugar de miedo.

Capítulo 11

Rutherford Hall apareció en la distancia al atardecer del día siguiente, sus torres y torreones recortándose contra un cielo que se teñía de púrpura y oro. Annabelle Thornton había visto la propiedad antes durante su breve visita meses atrás, pero nunca había apreciado completamente su magnificencia hasta este momento. La casa ancestral de los Rutherford era un testimonio de siglos de poder y prestigio, con jardines perfectamente cuidados y una fachada de piedra que hablaba de solidez inquebrantable.

Sebastian Holloway apretó su mano mientras el carruaje atravesaba las puertas principales. Podía sentir la tensión radiando de él en oleadas, aunque su expresión permanecía cuidadosamente neutral. Esto era más que simplemente entregar a un criminal. Esto era el cierre de un capítulo que había estado escribiéndose durante años, desde el momento en que James Crawford murió en sus brazos.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal justo cuando las puertas se abrían. Alistair Holloway salió con pasos largos, su expresión ansiosa transformándose en shock cuando vio el segundo carruaje detrás del primero, donde Ashford permanecía bajo guardia armada.

Sebastian descendió primero, luego se volvió para ayudar a Annabelle. Alistair los alcanzó en tres zancadas, sus ojos moviéndose rápidamente entre su hermano y el prisionero.

—Dios mío. Realmente lo hiciste —dijo con voz cargada de asombro—. Capturaste a Ashford.

Sebastian miró a Annabelle con expresión que contenía más calidez de la que ella había visto en sus ojos alguna vez.

—Lo hicimos. No podría haberlo hecho solo.

Alistair siguió su mirada, notando por primera vez la manera en que Sebastian sostenía la mano de Annabelle como si fuera un salvavidas. Una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Ya veo. Entonces el viaje fue... productivo en más de una manera.

Antes de que Sebastian pudiera responder, otra figura apareció en la puerta. Eloise Rutherford, ahora visiblemente embarazada con vientre redondeado que hablaba de aproximadamente ocho meses de gestación, bajó los escalones con más cuidado que la última vez que Annabelle la había visto.

— ¡Annabelle! —exclamó con alegría genuina, acelerando su paso tanto como su condición lo permitía—. Gracias a Dios que estás bien. Cuando Margaret me contó sobre los asesinos y el peligro...

Envolvió a Annabelle en un abrazo cuidadoso, su vientre presionándose entre ellas. Annabelle devolvió el abrazo con fervor, sintiendo lágrimas picando en sus ojos ante la bienvenida cálida.

—Estoy bien. Más que bien, de hecho.

Eloise se separó, estudiando su rostro con ojos perceptivos que no perdían detalle.

—Hay algo diferente en ti. Algo en tus ojos. —Sus ojos se movieron hacia Sebastian, luego de vuelta a Annabelle—. Oh. Ya veo.

—Margaret está dentro —continuó Eloise con sonrisa conocedora —. Te ha extrañado terriblemente y se ha estado culpando por enviarte en este viaje peligroso.

Annabelle sintió culpa retorciéndose en su estómago. Margaret había estado preocupada mientras ella estaba... bueno, enamorándose del hombre contratado para protegerla.

— ¿Está bien? ¿El bebé?

—Ambos están perfectamente sanos —aseguró Eloise—. Aunque estará mucho mejor una vez que te vea con sus propios ojos.

Entraron a la casa en un grupo, con Thomas y los otros soldados escoltando a Ashford por una entrada lateral hacia lo que Annabelle asumió eran las mazmorras o celdas de detención. La casa interior era tan impresionante como el exterior, con techos altos, tapices antiguos en las paredes, y candelabros de cristal que proyectaban luz dorada sobre todo.

Margaret apareció en lo alto de la gran escalinata, una mano descansando protectoramente sobre su propio vientre embarazado. Cuando vio a Annabelle, su rostro se iluminó con alivio tan intenso que fue casi palpable.

— ¡Annabelle! —gritó, bajando las escaleras con velocidad que hizo que Alistair se moviera instintivamente para alcanzarla en caso de que tropezara.

Margaret alcanzó a Annabelle y la envolvió en un abrazo que era mitad alivio, mitad reproche.

—Estabas en tanto peligro —sollozó contra su hombro—. Cuando Alistair me contó sobre los hombres de Ashford, sobre las emboscadas... pensé que te había enviado a tu muerte.

Annabelle sostuvo a su hermana, frotando círculos reconfortantes en su espalda.

—Pero sobreviví. Y cambié. Este viaje me cambió de maneras que nunca imaginé posibles.

Margaret se separó, limpiándose las lágrimas de sus mejillas mientras estudiaba el rostro de Annabelle con intensidad. Su mirada se movió hacia Sebastian, quien permanecía a pocos pasos de distancia observando la reunión con expresión inescrutable. Algo en la forma en que Annabelle y Sebastian se miraban debe haber revelado la verdad, porque los ojos de Margaret se agrandaron con comprensión.

— ¿Pasó algo entre ustedes dos? —preguntó en voz baja, aunque no lo suficientemente baja como para que Sebastian no pudiera escuchar.

Annabelle sintió calor subiendo por su cuello pero sostuvo la mirada de su hermana con firmeza.

—Todo. Pasó absolutamente todo.

Margaret abrió la boca, cerró, luego la abrió nuevamente. Finalmente se volvió hacia Sebastian con expresión evaluadora.

—Capitán Holloway. Creo que usted y yo necesitaremos tener una conversación muy seria sobre sus intenciones hacia mi hermana.

Sebastian se inclinó con respeto formal.

—Estaré honrado de tener esa conversación, Lady Margaret. Pero primero debemos tratar con Ashford y la evidencia que hemos recopilado. Hay asuntos de justicia que no pueden esperar.

Alistair asintió con acuerdo.

—Sebastian tiene razón. He convocado una reunión del consejo privado para mañana al amanecer. Lord Canciller Weatherby ha

aceptado presidir nuevamente dadas las implicaciones políticas. Necesitaremos presentar toda la evidencia de manera organizada y convincente.

—Entonces descansen esta noche —ordenó Eloise con autoridad que solo una duquesa podía lograr—. Los sirvientes prepararán habitaciones. Cenaremos en una hora, y luego todos necesitan dormir apropiadamente antes de mañana.

Annabelle fue escoltada a una suite de invitados que era más grande que toda la casa de su tío en Londres. Una bañera ya estaba siendo preparada con agua caliente que olía a lavanda, y vestidos limpios habían sido colocados sobre la cama. El lujo era abrumador después de días de viaje.

Se sumergió en el baño con un suspiro de puro alivio, dejando que el agua caliente relajara músculos que no había sabido que estaban tensos. Cerró los ojos, permitiendo que su mente se desviara hacia Sebastian. ¿Dónde lo habían alojado? ¿Estaba pensando en ella también?

La cena fue un asunto formal a pesar de las circunstancias extraordinarias. Annabelle se sentó entre Margaret y Eloise, con Sebastian al otro lado de la mesa junto a Alistair. Los hombres discutían estrategia para la reunión del consejo mañana, mientras las mujeres mantenían conversación más ligera que no engañaba a nadie sobre la tensión subyacente.

Annabelle atrapó a Sebastian mirándola varias veces durante la comida, su expresión suavizándose de maneras que hacían que su corazón se acelerara. Cada vez, él apartaba la mirada rápidamente, pero no antes de que ella viera el calor en sus ojos.

Después de la cena, cuando los demás se retiraron a sus habitaciones, Annabelle se encontró demasiado inquieta para dormir.

Bajó silenciosamente las escaleras y salió a los jardines traseros, donde la luz de la luna pintaba todo en tonos plateados.

No estaba sola por mucho tiempo. Escuchó pasos detrás de ella y se volvió para encontrar a Sebastian acercándose con expresión que mezclaba determinación y nerviosismo.

*****

El amanecer llegó demasiado pronto. Annabelle se había quedado despierta hasta tarde hablando con Sebastian en los jardines, y el sueño que finalmente encontró había sido demasiado breve. Se vistió con uno de los vestidos que Eloise había proporcionado, un diseño elegante en verde oscuro que era apropiado para una reunión formal.

La sala del consejo en Rutherford Hall era intimidante en su grandeza. Una mesa larga de roble dominaba el centro, rodeada de sillas con respaldos altos tallados con el escudo de armas Rutherford. Ventanas altas dejaban entrar luz matutina que iluminaba tapices que representaban siglos de historia familiar.

Alistair ya estaba allí cuando Annabelle entró junto con Sebastian, organizando documentos con precisión meticulosa. Varios otros hombres estaban presentes también: consejeros de confianza de Alistair y, en la cabecera de la mesa, un hombre mayor con cabello gris y expresión severa que debía ser Lord Canciller Weatherby.

Weatherby se puso de pie cuando Annabelle entró, inclinándose con cortesía formal.

—Señorita Thornton. Es un placer conocerla, aunque desearía que fuera bajo circunstancias menos graves.

—Lord Canciller —respondió Annabelle con reverencia apropiada.

Sebastian permaneció de pie junto a ella, su presencia un consuelo silencioso mientras tomaban asientos a lo largo de la mesa. Ashford fue traído momentos después, esposado y flanqueado por guardias. Su rostro aún mostraba moretones de la pelea, y su ropa estaba arrugada y manchada. El poderoso conde había sido reducido a un criminal ordinario.

Alistair comenzó la presentación formal, colocando los documentos recuperados sobre la mesa con cuidado.

—Caballeros, ante ustedes está la evidencia de una conspiración que se extiende años atrás. El Conde de Ashford, trabajando en conjunto con Lord Deveraux y otros aún no identificados, ha estado involucrado en soborno, extorsión, y asesinato.

Pasó los registros bancarios al Lord Canciller, quien los examinó con expresión externamente calmada aunque Annabelle notó un destello de algo en sus ojos. ¿Nerviosismo quizás?

—Aquí pueden ver cuentas conjuntas entre Ashford y Deveraux —continuó Alistair—. Pagos masivos a oficiales gubernamentales, jueces, incluso algunos miembros del Parlamento. Las sumas son sustanciales y los destinatarios están claramente identificados en la mayoría de casos.

Uno de los consejeros tomó un registro, estudiándolo con ceño fruncido.

—Esto es... extraordinario. Si esto es genuino, implica a docenas de personas en posiciones de poder.

—Es completamente genuino —dijo Sebastian con voz firme—. Esos documentos fueron tomados directamente de la caja fuerte personal de Ashford. Y tenemos su confesión verbal de que ordenó el asesinato de Emily Crawford.

Ashford se removió en su silla pero permaneció silencioso bajo la mirada de advertencia de sus guardias.

Weatherby continuó revisando los documentos con atención que parecía casi demasiado cuidadosa. Finalmente levantó la vista con expresión pensativa.

—Evidencia muy convincente, por supuesto. Pero tengo una pregunta. Esta cuenta conjunta entre Ashford y Deveraux. ¿De dónde vino el dinero inicial para financiar estas operaciones?

Sebastian se tensó casi imperceptiblemente.

—De Deveraux, según nuestro entendimiento. Él viene de familia con riqueza considerable.

— ¿Está seguro de eso? —presionó Weatherby con tono suave que de alguna manera era más inquietante que si hubiera gritado—. Porque según estos registros específicos aquí, hubo un depósito masivo hace tres años de una fuente externa. No de las cuentas personales de Deveraux. Marcado solo como 'W'.

El silencio cayó sobre la sala como un manto pesado. Annabelle intercambió miradas con Sebastian, viendo su propia aprensión reflejada en sus ojos.

Alistair se inclinó hacia adelante, su expresión volviéndose tensa.

— ¿Está sugiriendo que hay otro conspirador no identificado, Lord Canciller? ¿Alguien con inicial W que estaba financiando toda la operación?

Weatherby dejó los documentos sobre la mesa con movimiento deliberado.

—No estoy sugiriendo nada definitivamente. Simplemente señalo que necesitamos investigar completamente todos los ángulos de esta conspiración. No querríamos acusar a personas inocentes ni pasar por alto a los verdaderamente culpables en nuestra prisa por justicia.

Había algo en su tono, una calidad casi defensiva que hizo que las alarmas sonaran en la mente de Annabelle. ¿Estaba Weatherby intentando proteger a este misterioso W? ¿O genuinamente buscaba verdad completa?

—Por supuesto —dijo Alistair con voz cuidadosa—. La investigación continuará. Mientras tanto, la evidencia contra Ashford específicamente es abrumadora.

—Concordado —asintió Weatherby—. La orden de arresto contra Ashford será emitida formalmente hoy. Y enviaremos hombres para arrestar a Deveraux también. En cuanto a este misterioso W... continuaremos investigando hasta identificarlos.

La reunión continuó durante otra hora, revisando cada detalle de la evidencia meticulosamente. Finalmente, Weatherby declaró que habían cubierto suficiente terreno por un día y que se reunirían nuevamente una vez que Deveraux estuviera bajo custodia.

Mientras la sala se vaciaba, Annabelle notó a Weatherby detenerse brevemente junto a los documentos, sus dedos rozando uno en particular antes de que se volviera y saliera con los demás. Algo en ese gesto la inquietó, aunque no podía nombrar exactamente qué.

Esa noche, después de otra cena formal y conversación educada que no lograba ocultar la tensión subyacente, Annabelle se escapó

nuevamente a los jardines. La luna estaba casi llena, proyectando luz plateada sobre los senderos cuidadosamente mantenidos y los setos perfectamente recortados.

Sebastian la encontró allí, como ella sabía que lo haría. Se acercó silenciosamente, sus pasos apenas audibles sobre la grava hasta que estuvo justo detrás de ella.

—No podías dormir tampoco —dijo, no como pregunta sino como declaración.

—Hay demasiado en mi mente —admitió Annabelle, volviéndose para enfrentarlo—. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Sebastian tomó su mano, entrelazando sus dedos con los suyos.

—Hay algo más que necesitas saber. Sobre Emily. Sobre por qué ella estaba tan determinada a regresar a Londres a pesar de todas mis advertencias.

Annabelle apretó su mano, dándole ánimo silencioso para continuar.

—Los hombres que ella estaba buscando, los que eventualmente la mataron... —hizo una pausa, su mandíbula apretándose con emoción contenida—. Trabajaban directamente para Ashford. Ella había descubierto la conexión entre el asesinato de James y toda la conspiración contra mi familia.

Annabelle sintió su respiración atascarse en su garganta.

— ¿Qué estás diciendo exactamente?

Sebastian la miró directamente, y había dolor crudo en sus ojos grises.

—James no murió en batalla regular como siempre me dijeron. Fue una emboscada deliberada. Porque había descubierto algo crítico sobre la conspiración que involucraba a mi padre. Ashford ordenó su muerte para silenciarlo antes de que pudiera revelar lo que sabía.

—Dios mío —susurró Annabelle, las piezas finalmente encajando en un patrón devastador.

—Emily lo descubrió de alguna manera —continuó Sebastian con voz que temblaba a pesar de sus esfuerzos por controlarla—. Por eso regresó a Londres contra todas mis súplicas. No era solo venganza ciega. Era justicia. Quería exponer la verdad sobre cómo realmente murió su hermano. Y Ashford la mató también para proteger sus secretos.

El círculo estaba completo ahora. James muerto por la conspiración. Emily muerta buscando justicia para su hermano. Sebastian casi muerto buscando venganza por ambos. Annabelle casi muerta simplemente por estar junto a Sebastian. Todo conectado en una red de tragedia que se extendía años.

—Entonces ninguna parte fue tu culpa —dijo Annabelle con firmeza, agarrando ambas manos de Sebastian entre las suyas—. James fue asesinado por hombres poderosos protegiendo secretos. Emily fue asesinada por los mismos hombres por las mismas razones. Tú no pudiste haberlos salvado porque nunca supiste contra qué estabas luchando realmente.

Sebastian cerró los ojos, lágrimas escapando de las comisuras.

—Pero tampoco pude salvarlos. No estuve ahí cuando más me necesitaban.

—No —acordó Annabelle—. No pudiste salvarlos. Pero los vengaste. Encontraste la verdad que Emily estaba buscando.

Expusiste la conspiración que mató a James. Y ahora ambos pueden finalmente descansar en paz sabiendo que su sacrificio no fue en vano.

Sebastian abrió los ojos, mirándola con expresión que era mitad esperanza, mitad desesperación.

— ¿Cómo haces eso? ¿Cómo tomas algo tan oscuro y lo conviertes en algo que puedo soportar?

Annabelle se puso de puntillas, presionando un beso suave contra sus labios.

—Porque te amo. Y porque veo cosas en ti que tú mismo no puedes ver. Veo fuerza donde tú ves debilidad. Veo honor donde tú ves fracaso. Veo un hombre que merece ser amado donde tú ves alguien maldito.

Sebastian tomó ambas manos de Annabelle entre las suyas, sus pulgares trazando círculos nerviosos sobre sus nudillos. La luz de la luna hacía que sus ojos grises brillaran casi plateados mientras la miraba con intensidad que la hacía temblar.

—Annabelle, hay algo que debo decirte antes de... —comenzó, su voz temblando de una manera que ella nunca había escuchado antes.

— ¿Antes de qué? —preguntó ella, su corazón comenzando a acelerarse.

Sebastian soltó una respiración temblorosa.

—Antes de pedirte algo que no tengo ningún derecho a pedir. Algo que probablemente es egoísta y presuntuoso y...

Se arrodilló.

Annabelle se quedó sin aliento, sus manos volando hacia su boca mientras procesaba lo que estaba viendo. Sebastian Holloway, el soldado orgulloso que raramente mostraba vulnerabilidad, estaba arrodillado frente a ella en el jardín bañado por la luna con expresión que era pura esperanza mezclada con terror.

—Sebastian... —susurró, su voz quebrándose.

—No tengo anillo preparado —dijo él rápidamente, las palabras saliendo en torrente como si temiera que si se detenía perdería el coraje para continuar—. No tengo un plan perfecto o un discurso ensayado. Solo tengo esto: te amo. Profundamente, completamente, aterradoramente. Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo de todas las maneras posibles. Si me dejas. Si me perdonas por ser un idiota durante tanto tiempo. Si puedes...

Annabelle se inclinó y lo besó, silenciándolo con sus labios contra los suyos. Podía sentir su sonrisa contra su boca mientras sus brazos la rodeaban, sosteniéndola incluso mientras permanecía arrodillado.

—Sí —dijo ella cuando finalmente se separaron, apenas lo suficiente para hablar—. Sí a todo.

— ¿Sí? —repitió Sebastian, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando—. ¿Estás segura? Porque una vez que digas que sí, no te dejaré retractarte.

Annabelle rió a través de las lágrimas que habían comenzado a correr por sus mejillas.

—Sí al amor aterrador. Sí a la vida juntos con todas sus complicaciones. Sí a perdonarte por ser imposiblemente difícil. Sí a absolutamente todo lo que implica estar contigo.

Sebastian se puso de pie en un movimiento fluido, levantándola del suelo y girándola en un círculo mientras reía con alegría pura que

ella nunca había escuchado de él antes. Cuando finalmente la bajó, su expresión se volvió más seria mientras metía la mano en su bolsillo.

—Espera. Dije que no tenía anillo preparado, pero eso no es completamente cierto.

Sacó un anillo delicado con una sola piedra que brillaba azul oscuro bajo la luz de la luna. El diseño era simple pero hermoso, claramente antiguo pero bien cuidado.

—Esto era de mi madre —explicó con voz suave—. Alistair lo guardó para mí después de que ella murió, esperando que algún día encontrara a alguien a quien dárselo. No es tan elaborado como los que podrías tener si te casaras con alguien más rico, pero...

—Es perfecto —lo interrumpió Annabelle, extendiendo su mano izquierda—. Es absolutamente perfecto.

Sebastian deslizó el anillo en su dedo con manos que temblaban ligeramente. Encajaba como si hubiera sido hecho para ella, la piedra azul brillando como una estrella capturada.

Se quedaron de pie en el jardín, abrazados bajo la luna, saboreando este momento de felicidad pura antes de que la realidad del mundo los alcanzara nuevamente.

Sebastian tomó la mano de Annabelle, entrelazando sus dedos mientras la guiaba de regreso hacia la casa. Subieron las escaleras en silencio, conscientes de los sirvientes que aún se movían por los pasillos preparando la casa para la noche. Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Sebastian, él se detuvo.

— ¿Estás segura de esto? —preguntó en voz baja, sus ojos buscando los suyos—. Podemos esperar. Hasta después de la boda.

Hasta que sea apropiado.

Annabelle se puso de puntillas, besándolo suavemente.

—Estoy más segura de esto que de cualquier cosa en mi vida. Y… bueno…no es como si fuera nuestra primera vez—dijo sin poder evitar sonreír, haciendo que él también sonriera.

Entraron a la habitación juntos, Sebastian cerrando la puerta detrás de ellos y asegurando el pestillo. La habitación estaba iluminada solo por la luz de la luna que se filtraba por las ventanas grandes, pintando todo en tonos plateados y sombras profundas.

Era diferente esta vez. Más lento, más deliberado, sin la urgencia desesperada que había caracterizado sus encuentros anteriores. Sebastian se movió hacia ella con pasos medidos, sus manos levantándose para enmarcar su rostro mientras la besaba con ternura que hablaba de promesas en lugar de pasión desenfrenada.

—Tenemos toda la noche —murmuró contra sus labios—. Todo el tiempo del mundo. No hay prisa.

Annabelle comenzó a desabotonar su camisa con dedos que se movían lentamente, besando cada centímetro de piel que revelaba. Trazó las cicatrices que marcaban su pecho con labios y lengua, memorizando cada línea, cada marca que la guerra había dejado en su cuerpo. Sebastian tembló bajo sus atenciones, sus manos enredándose en su cabello mientras dejaba escapar suspiros suaves.

Cuando finalmente le quitó la camisa completamente, Sebastian se volvió hacia su vestido. Desabrochó cada botón con cuidado reverente, deslizando la tela por sus hombros y dejándola caer al suelo en un charco de seda. Su corsé siguió, luego sus enaguas, hasta que estuvo parada frente a él en solo su camisola delgada.

—Hermosa —susurró, sus ojos recorriendo su forma con apreciación que la hizo sonrojarse—. Siempre tan increíblemente hermosa.

La levantó en sus brazos y la llevó a la cama, recostándola sobre sábanas suaves que olían a lavanda. Se posicionó sobre ella, su peso presionándola contra el colchón de manera que era reconfortante en lugar de restrictiva.

La besó profundamente, su lengua explorando su boca con familiaridad creciente. Una de sus manos se deslizó bajo su camisola, acariciando la piel de su estómago, sus costillas, y luego más arriba hasta que cubrió su pecho. Annabelle arqueó su espalda, presionándose contra su palma mientras gemía suavemente contra sus labios.

—Sebastian... —suspiró su nombre como una oración.

—Shh —la silenció gentilmente—. Déjame adorarte apropiadamente esta vez. Déjame mostrarte cuánto significas para mí.

Sus labios trazaron un camino ardiente por su cuello, su clavícula, y luego más abajo. Quitó su camisola lentamente, revelando su cuerpo centímetro por centímetro mientras sus labios seguían cada revelación nueva. Besó la curva de sus pechos, el valle entre ellos, la piel suave de su estómago.

Cuando llegó a la unión de sus muslos, Annabelle se tensó con anticipación mezclada con nerviosismo. Sebastian levantó la vista, sosteniendo su mirada mientras presionaba un beso suave contra su muslo interno.

—Relájate —murmuró contra su piel—. Quiero saborearte. Quiero hacerte sentir todo lo que mereces sentir.

Su lengua la tocó, y Annabelle gritó. La sensación era abrumadora, demasiado intensa, demasiado íntima. Sus manos se agarraron a las sábanas mientras su lengua trabajaba con habilidad devastadora, alternando entre lamidas largas y succiones precisas que la tenían retorciéndose.

—Sebastian... por favor... no puedo...

—Sí puedes —murmuró contra su carne sensible—. Déjate ir. Quiero sentirte venirte contra mi boca.

Sus dedos se unieron a su lengua, penetrándola mientras su boca se enfocaba en ese punto de nervios que hacía que viera estrellas. El orgasmo la golpeó como un relámpago, arqueando su espalda de la cama mientras gritaba su nombre hacia el techo. Oleadas de placer recorrieron su cuerpo, tan intensas que por un momento pensó que podría desmayarse.

Sebastian continuó su asalto gentilmente, guiándola a través de cada temblor hasta que finalmente colapsó exhausta contra las almohadas. Él se arrastró hacia arriba por su cuerpo, besándola profundamente para que pudiera saborear su propia esencia en sus labios.

—Mi turno —dijo Annabelle con voz ronca, empujándolo sobre su espalda.

Exploró su cuerpo con nueva confianza, besando y lamiendo su camino hacia abajo mientras sus manos trabajaban para liberarlo de sus pantalones restantes. Cuando finalmente tuvo su erección libre, la tomó en su mano con curiosidad mezclada con deseo de complacerlo.

—Muéstrame —pidió, mirándolo a los ojos—. Enséñame cómo te gusta.

Sebastian cubrió su mano con la suya, guiándola en movimientos que lo hacían gemir. Entonces, reuniendo coraje, Annabelle se inclinó y lo tomó en su boca.

—Dios —jadeó Sebastian, sus caderas levantándose involuntariamente—. Annabelle... no tienes que...

Pero ella continuó, aprendiendo rápidamente lo que lo hacía temblar, qué sonidos indicaban placer. Cuando sus dedos se cerraron en su cabello, sosteniéndola pero no forzándola, supo que lo estaba haciendo correctamente.

—Suficiente —dijo finalmente con voz áspera, tirando de ella hacia arriba—. Más de eso y terminaré antes de que realmente empecemos.

Se posicionó entre sus piernas, la punta de su erección presionando contra su entrada. Sus ojos encontraron los suyos, sosteniéndolos mientras se deslizaba dentro lentamente.

—Mírame —ordenó suavemente—. Quiero verte. Quiero ver cada expresión que cruza tu rostro.

Annabelle mantuvo sus ojos abiertos, vulnerables, mientras él se enterraba completamente. Los movimientos eran lentos y deliberados, cada embestida llevando significado que trascendía lo físico. No era solo sexo. Era una promesa, un compromiso, una declaración de amor más poderosa que cualquier palabra.

—Mía —susurró Sebastian contra sus labios.

—Tuyo —respondió Annabelle, sus piernas enredándose alrededor de sus caderas—. Siempre tuyo.

Se movieron juntos con ritmo que se volvió más urgente gradualmente pero nunca perdió esa conexión de ojos que los

mantenía anclados el uno al otro. Cuando Sebastian la volteó para que ella quedara encima, Annabelle se inclinó hacia adelante para mantener ese contacto visual, sus manos entrelazándose con las de él contra las almohadas.

—Te amo —dijo ella, las palabras saliendo como respiración.

—Lo sé —respondió él, sus caderas empujando hacia arriba para encontrar cada uno de sus movimientos descendentes—. Yo también... —se detuvo, como si las palabras estuvieran atascadas en su garganta.

—Está bien —susurró Annabelle—. No tienes que decirlo. Lo veo. Lo siento en cada toque.

El clímax se construyó lentamente entre ellos, intensidad creciendo con cada embestida, cada beso, cada mirada compartida. Sebastian la volteó nuevamente, cubriéndola con su cuerpo mientras sus movimientos se volvían más erráticos.

—Annabelle... yo... —jadeó, su frente presionada contra la de ella —. No puedo... voy a...

—Lo sé —dijo ella, sus piernas apretándose alrededor de él—. Yo también. Juntos.

Tuvieron su clímax juntos, sus cuerpos temblando en sincronía mientras el placer los consumía. Sebastian la sostuvo a través de todo, sus brazos rodeándola como si nunca fuera a soltarla. Y mientras yacían entrelazados, sudorosos y completos, Annabelle supo con certeza que esto era para siempre.

—Eso fue... —comenzó Sebastian cuando su respiración finalmente se calmó lo suficiente para hablar.

—Perfecto —completó Annabelle con sonrisa satisfecha.

—Sí —concordó él, presionando un beso en su cabello—. Absolutamente perfecto.

Se quedaron dormidos así, entrelazados tan íntimamente que era difícil decir dónde terminaba uno y comenzaba el otro. Por primera vez desde que Annabelle lo conocía, Sebastian durmió toda la noche sin pesadillas, sin gritos, sin despertarse sudando y temblando. Dormía paz completa con ella en sus brazos.

Annabelle despertó con luz de sol entrando por las ventanas, pintando la habitación en tonos dorados. Sebastian ya estaba despierto, observándola con expresión suave que hacía que su corazón se acelerara.

—Buenos días —murmuró, estirándose como gato satisfecho.

—Buenos días, prometida —respondió él con sonrisa que alcanzaba sus ojos completamente.

Annabelle sonrió ante el título, levantando su mano para admirar el anillo que brillaba en su dedo.

—Buenos días, prometido.

Trazó las cicatrices en su pecho perezosamente, había convertido esto en una rutina matutina, memorizar cada marca que lo hacía quien era. Sebastian observaba con expresión que mezclaba ternura con algo más profundo.

— ¿En qué piensas? —preguntó ella, notando la distancia en sus ojos.

—En el futuro —admitió—. En lo que viene después de todo esto.

— ¿Y qué ves?

Sebastian tomó su mano, besando sus nudillos.

—Veo una boda pequeña. Solo familia y amigos cercanos. Nada elaborado ni formal.

—Me gusta eso —dijo Annabelle—. ¿Qué más?

—Una casa en el campo. Lejos de Londres y todas sus complicaciones. Un lugar donde podamos tener paz finalmente.

Annabelle se incorporó sobre un codo, mirándolo con curiosidad.

— ¿Y tu carrera militar? Pensé que era tu vida.

Sebastian negó con la cabeza lentamente.

—Era mi vida cuando no tenía nada más. Cuando el ejército era lo único que me daba propósito. Ahora tengo algo mejor. Te tengo a ti. Y quiero paz, Annabelle. Quiero despertar cada mañana sin preguntarme qué batalla viene siguiente. Quiero construir algo en lugar de destruir.

— ¿Estás seguro? —presionó ella—. No quiero que renuncies a algo importante por mí.

—No estoy renunciando a nada —dijo él con firmeza—. Estoy eligiendo algo mejor. Estoy eligiendo vida sobre supervivencia. Estoy eligiéndote.

Annabelle lo besó suavemente, su corazón tan lleno que pensó que podría explotar.

—Entonces construyamos esa vida juntos. Una casa en el campo. Jardines donde pueda cultivar flores. Quizás hijos eventualmente.

Sebastian la miró con expresión que era mitad esperanza, mitad miedo.

— ¿Hijos? ¿Confiarías en mí con hijos después de...?

—Después de que demostraste ser el hombre más honorable y protector que conozco —lo interrumpió Annabelle—. Sí. Confiaría en ti con nuestros hijos. Confío en ti con todo.

Se quedaron en la cama hasta que el sol estuvo alto en el cielo, planeando su futuro juntos con detalles que iban desde lo mundano hasta lo profundo. Cuando finalmente se vistieron y bajaron a desayunar, encontraron a la familia ya reunida esperándolos.

Margaret los miró con expresión conocedora cuando notó cómo Annabelle y Sebastian no podían dejar de tocarse, sus manos constantemente encontrándose incluso cuando no era necesario.

—Tengo algo que anunciar —dijo Annabelle, levantando su mano para mostrar el anillo—. Sebastian me pidió matrimonio anoche. Y acepté.

Los gritos de alegría de Eloise y Margaret llenaron el comedor mientras Alistair se acercaba a felicitar a su hermano con abrazo fuerte y palmadas en la espalda.

—Sabía que eventualmente entrarías en razón —dijo Alistair con sonrisa amplia—. Bienvenida a la familia oficialmente, Annabelle.

Era el comienzo de algo nuevo. El final de años de dolor y el inicio de algo mejor. Y mientras Annabelle miraba a Sebastian rodeado de familia, riendo genuinamente por primera vez en lo que probablemente eran años, supo que habían encontrado su camino hacia la felicidad finalmente.

Capítulo 12

La capilla de Rutherford Hall había sido transformada durante las últimas dos semanas. Lo que normalmente era un espacio austero y formal ahora brillaba con decoraciones simples pero hermosas: guirnaldas de flores blancas y crema que colgaban de las columnas de piedra, velas que proyectaban luz dorada sobre los bancos de madera pulida, y la luz del sol filtrándose a través de las ventanas emplomadas creando patrones de color sobre el suelo.

Sebastian Holloway permanecía al altar con las manos entrelazadas frente a él, tratando de controlar los nervios que amenazaban con abrumarlo. Llevaba su uniforme militar completo, las medallas brillando en su pecho, cada botón pulido hasta que brillaba. Había considerado usar ropa civil, pero Annabelle había insistido en que quería verlo en uniforme, que representaba parte de quien era.

Alistair permanecía a su lado como padrino, observando a su hermano menor con expresión que mezclaba afecto y diversión apenas contenida.

— ¿Nervioso? —preguntó en voz baja mientras esperaban.

Sebastian soltó una risa temblorosa.

—Aterrado. Más aterrado que antes de cualquier batalla que haya enfrentado.

Alistair sonrió, apretando su hombro con gesto reconfortante.

—Bien. Significa que esto importa realmente. Que ella importa.

—Importa más que nada en mi vida —admitió Sebastian, su voz apenas audible—. Por eso me aterra tanto. Porque si algo sale mal...

—Nada saldrá mal —lo interrumpió Alistair con firmeza—. Mírala a los ojos hoy, hermano. Dile todo lo que has estado guardando. Y confía en que ella te amará a través de todo.

Los invitados comenzaron a tomar sus asientos. Era un grupo pequeño como habían planeado: Eloise y Margaret en la primera fila. La tía Beatrice estaba junto a ellas, secándose lágrimas que ya habían comenzado a caer. Thomas y los otros soldados que habían ayudado durante el viaje ocupaban bancos traseros, vestidos con sus mejores uniformes.

Julian Holloway, el otro hermano de Sebastian y Alistair, se deslizó en un banco lateral con expresión que oscilaba entre aburrimiento aristocrático y curiosidad genuina. Isabella Holloway, la hermana menor, estaba sentada junto a Eloise, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

La música comenzó, un aria suave tocada en el órgano de la capilla. Sebastian sintió su respiración atascarse en su garganta mientras todas las cabezas se volvían hacia la entrada.

Y entonces la vio.

Annabelle Thornton apareció en el umbral con Margaret a su lado, asumiendo el rol de padre que habría desempeñado su tío si las circunstancias hubieran sido diferentes. Su vestido era de seda color crema, simple en diseño pero elegante en ejecución, con encaje delicado en el cuello y las mangas. Su cabello estaba arreglado con suavidad, algunos mechones enmarcando su rostro mientras el resto caía en ondas sobre sus hombros.

Pero era su expresión lo que robó el aliento de Sebastian. Sonreía a través de lágrimas que ya corrían por sus mejillas, sus ojos fijos en él con amor tan intenso que Sebastian sintió algo quebrándose en su pecho. Algo bueno esta vez. Algo que había estado cerrado durante

demasiado tiempo finalmente abriéndose para dejarla entrar completamente.

Lágrimas comenzaron a correr por su propio rostro, y por primera vez en su vida adulta, no intentó esconderlas ni limpiarlas. Las dejó caer libremente mientras observaba a Annabelle caminar hacia él con pasos medidos que parecían tomar una eternidad.

Cada paso la acercaba más. Cada paso era una promesa. Cada paso era el futuro manifestándose en tiempo presente.

Margaret sostenía el brazo de Annabelle con firmeza, caminando con dignidad que ocultaba su propia emoción evidente. Cuando finalmente llegaron al altar, se volvió hacia Annabelle con sonrisa temblorosa.

—Cuida de ella —dijo Margaret a Sebastian, su voz quebrándose —. O responderás ante mí.

Sebastian asintió solemnemente.

—Con mi vida. Lo juro.

Margaret colocó la mano de Annabelle en la de Sebastian, luego se retiró a su asiento junto a Eloise. Sebastian entrelazó sus dedos con los de Annabelle, sosteniéndola como si fuera lo más precioso que hubiera tenido jamás.

El sacerdote comenzó la ceremonia con palabras tradicionales sobre matrimonio y compromiso, pero Sebastian apenas escuchaba. Estaba perdido en los ojos de Annabelle, viendo su futuro completo reflejado en esas profundidades que lo conocían mejor que nadie.

—Los novios han preparado votos personales —anunció el sacerdote finalmente—. Capitán Holloway, cuando esté listo.

Sebastian tomó una respiración profunda, apretando las manos de Annabelle mientras buscaba las palabras que había estado ensayando durante días pero que de repente parecían insuficientes para capturar la magnitud de lo que sentía.

—Annabelle —comenzó, su voz ronca con emoción—. Llegaste a mi vida cuando creía firmemente que solo merecía oscuridad. Cuando había aceptado que mi destino era vivir con fantasmas y pesadillas hasta que finalmente me consumieran. Me mostraste luz. No solo me la mostraste, me obligaste a verla incluso cuando intentaba mantener los ojos cerrados.

Hizo una pausa, parpadeando contra las lágrimas que amenazaban con cegarlo.

—No puedo prometerte que seré perfecto. Tendré días oscuros donde las memorias me abrumen. Tendré momentos donde el miedo intentará hacerme alejarme. Tendré pesadillas que me despierten gritando. Pero te prometo que elegiré estar contigo, cada día, incluso en los más oscuros. Especialmente en los más oscuros. Porque aprendiste a verme y me mostraste que no tengo que enfrentar la oscuridad solo.

Una lágrima cayó sobre sus manos entrelazadas, y no estaba seguro si era de él o de ella.

—Prometo verte completamente. No solo las partes que son fáciles de amar, sino también tu fiereza cuando me desafías, tu terquedad cuando crees que tengo razón sobre algo que no la tengo, tu valentía cuando enfrentas cosas que te aterrorizan. Prometo honrar cada parte de quién eres, incluso cuando no lo entienda completamente.

Sebastian sintió su voz quebrarse pero continuó, necesitando decir estas palabras mientras aún tenía el coraje.

—Prometo protegerte con cada fibra de mi ser. Pero también prometo dejarte protegerme a mí. Dejar que me salves cuando lo necesite. Dejar que seas fuerte cuando yo no pueda serlo. Porque aprendiste que la fuerza no es solo física, y que a veces el acto más valiente es permitir que alguien más cargue el peso.

Miró sus ojos, viendo su propio reflejo en ellos.

—Prometo construir contigo el futuro que nunca pensé que merecía. Una vida de paz en lugar de guerra. Una casa llena de amor en lugar de silencio. Una familia si así lo deseas. Todo lo que alguna vez creí imposible para alguien como yo.

Su voz se suavizó hasta casi un susurro, aunque en el silencio de la capilla cada palabra resonaba clara.

—Eres mi paz después de años de guerra. Te amo, Annabelle. Te amo con cada parte rota de mí que me ayudaste a sanar. Te amo con todo lo que soy y todo lo que alguna vez podré ser. Y siempre te amaré. Hasta mi último aliento y más allá de él.

Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en público, la primera vez que las decía frente a testigos sin miedo o reservas. La declaración resonó en la capilla como un voto sagrado.

No había un solo ojo seco entre los invitados. Margaret sollozaba abiertamente en el brazo de Eloise. Alistair se limpiaba discretamente las mejillas con un pañuelo. Incluso Julian, normalmente tan controlado, tenía los ojos brillantes con lágrimas no derramadas.

El sacerdote se volvió hacia Annabelle.

—Señorita Thornton, sus votos.

Annabelle tomó una respiración temblorosa, apretando las manos de Sebastian como si fueran su ancla.

—Sebastian —comenzó, su voz sorprendentemente firme a pesar de las lágrimas que corrían libremente por sus mejillas—. Me mostraste que la verdadera fuerza no es la ausencia de miedo, sino actuar a pesar del miedo. Me mostraste que el coraje no es nunca tener miedo, sino enfrentar lo que te aterra y hacerlo de todos modos. Me enseñaste eso no con palabras, sino con cada acción, cada decisión, cada momento donde elegiste seguir adelante cuando habría sido más fácil rendirte.

Sonrió a través de sus lágrimas, su amor por él tan evidente que Sebastian sintió su corazón expandirse dolorosamente.

—Prometo verte completamente. El soldado que luchó en guerras que dejaron cicatrices más profundas que las visibles. El hombre debajo de todo eso, el que ríe cuando se golpea la cabeza, el que se sonroja cuando lo halago, el que sostiene tan gentilmente a pesar de toda la violencia que ha conocido. Prometo amarlos a todos, cada versión de ti que exista.

Su voz se suavizó con ternura.

—Prometo estar presente tanto en las pesadillas como en los sueños. En la oscuridad cuando las memorias te abrumen, y en la luz cuando finalmente encuentres paz. No prometo hacer que la oscuridad desaparezca porque sé que eso está fuera de mi control. Pero prometo estar ahí, sosteniéndote a través de ella, recordándote que no estás solo.

Annabelle apretó sus manos con más fuerza.

—Prometo luchar por nosotros, incluso cuando sea difícil, porque tú vales cada desafío, cada momento complicado que enfrentaremos juntos.

Su sonrisa se amplió, alcanzando sus ojos.

El sacerdote se limpió discretamente sus propios ojos antes de hablar con voz que temblaba ligeramente—Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer. Capitán Holloway, puede besar a su esposa.

Sebastian no esperó más invitación. Tiró de Annabelle hacia él, sus labios encontrando los de ella en un beso que era profundo y apasionado, lleno de amor tan puro que trascendía palabras. La sostuvo contra él como si nunca fuera a soltarla, vertiendo cada emoción que no podía verbalizar en ese beso.

El aplauso atronador de los invitados los rodeó, pero apenas lo escucharon. Estaban perdidos en su propio mundo, saboreando este momento de felicidad perfecta antes de que la realidad los alcanzara nuevamente.

Cuando finalmente se separaron, ambos sonreían a través de sus lágrimas. Sebastian presionó su frente contra la de ella, sus ojos cerrados.

—Esposa mía —susurró con asombro.

—Esposo mío —respondió Annabelle con igual maravilla.

La recepción se llevó a cabo en el gran salón de baile de Rutherford Hall, transformado con decoraciones que igualaban la simplicidad elegante de la capilla. Mesas redondas estaban dispuestas alrededor del perímetro, dejando espacio amplio en el centro para bailar. Músicos tocaban suavemente en una esquina mientras los invitados disfrutaban de comida y conversación.

Julian Holloway se había retirado al bar casi inmediatamente después del brindis inicial, pidiendo whisky con expresión que mezclaba aburrimiento aristocrático con algo más oscuro que se negaba a nombrar. Observaba a su hermano menor bailar con su nueva esposa, algo retorciéndose incómodamente en su pecho.

—Hermoso discurso de su hermano —una voz femenina comentó a su lado.

Julian se volvió para encontrar a Lady Beatrice Carlisle parada junto a él. Era hermosa de maneras que desafiaban la lógica: cabello oscuro recogido en estilo elaborado, ojos verdes que brillaban con inteligencia aguda, y una sonrisa que sugería que sabía exactamente el efecto que tenía en los hombres.

— ¿Usted cree en el amor, Lady Carlisle? —preguntó Julian, su tono deliberadamente casual mientras tomaba un sorbo de su whisky.

Beatrice consideró la pregunta, aceptando su propia copa de champagne de un sirviente que pasaba.

—Solía creer fervientemente. Cuando era más joven e ingenua. Ahora... —hizo una pausa, sus ojos moviéndose hacia la pareja bailando—. Ahora no estoy segura de qué creer.

Julian la estudió con interés creciente, notando el dolor apenas oculto en sus ojos.

—Qué conveniente. Porque yo estoy comenzando a creer por primera vez en mi vida, que podría enamorarme.

Sus ojos se encontraron, y algo chisporroteó en el aire entre ellos. Química instantánea que ninguno de los dos esperaba ni particularmente quería. Se miraron durante un momento que se

extendió demasiado, ambos conscientes de la atracción pero igualmente conscientes de las complicaciones que traería.

—Cuidado, Lord Holloway —dijo Beatrice finalmente, su voz llevando advertencia suave—. El amor puede ser peligroso para aquellos no preparados para sus complejidades.

—Quizás me gustan las cosas peligrosas —respondió Julian con sonrisa que era pura provocación.

En otra parte del salón, Isabella Holloway se había escabullido hacia los jardines traseros, necesitando aire fresco y soledad. Permanecía junto a una fuente, observando el agua caer con expresión distante.

Un sirviente se acercó con sobre en mano.

—Señorita Holloway. Una carta urgente llegó para usted.

Isabella tomó el sobre con manos que temblaban inexplicablemente. Reconoció la escritura inmediatamente, y su corazón se hundió. Rompió el sello con dedos torpes, leyendo las pocas líneas escritas con caligrafía fuerte y masculina.

Palideció, el papel casi cayendo de sus manos.

Eloise apareció momentos después, preocupación evidente en su rostro.

—Isabella, querida, ¿qué pasa? Te ves como si hubieras visto un fantasma.

—Lord Blackwood me ha convocado —dijo Isabella con voz apenas audible—. Debo regresar a Londres inmediatamente.

Eloise conocía esa historia, los fragmentos que Isabella había compartido durante noches de confidencias.

— ¿El hombre de hace cinco años? ¿El que...?

Isabella asintió, su expresión endureciéndose.

— ¿Todavía lo amas? —preguntó Eloise con suavidad.

Isabella cerró los ojos, dolor cruzando su rostro.

—Lo odio por amarlo todavía. Lo odio por tener ese poder sobre mí después de todo este tiempo.

—Oh querida…te deseo toda la suerte del mundo.

*****

Después de horas de celebración, Sebastian y Annabelle finalmente escaparon hacia la suite que habían preparado para ellos. Era una de las habitaciones más grandes de Rutherford Hall, con cama con dosel que dominaba el espacio, chimenea crepitante, y ventanas que daban a los jardines bañados por la luna.

Sebastian cerró la puerta detrás de ellos, asegurando el pestillo antes de volverse hacia Annabelle. Ella estaba de pie junto a la ventana, aún en su vestido de novia, la luz de la luna haciéndola brillar como algo etéreo.

Cruzó hacia ella con pasos deliberados, tomando sus manos entre las suyas.

—Necesito decirte algo. Apropiadamente esta vez.

Annabelle inclinó su cabeza, curiosidad brillando en sus ojos.

— ¿Qué necesitas decirme que no dijiste en tus votos frente a todos?

Sebastian tomó una respiración profunda, buscando palabras que habían estado formándose en su mente durante semanas.

—Te amo. Y no solo porque lo dije en los votos o porque era lo esperado. Lo digo porque necesito que lo escuches de nuevo. Una y otra vez hasta que finalmente se hunda en mi cabeza que tengo derecho a decirlo.

Annabelle sintió lágrimas de felicidad corriendo por sus mejillas mientras escuchaba cada palabra, memorizándolas para atesorarlas durante el resto de su vida.

—Y yo te amo —respondió con voz que temblaba de emoción—. Te amo por tu fuerza que nunca se rinde incluso cuando todo parecía perdido. Te amo por tu vulnerabilidad cuando finalmente me dejas ver detrás de tus defensas. Te amo por la forma en que proteges a los que amas incluso cuando te duele hacerlo.

Se puso de puntillas para besar sus labios suavemente. Sebastian la besó profundamente, vertiendo todo su amor en ese contacto. Cuando se separaron, ambos sonreían a través de sus lágrimas.

Luego comenzó a desvestir a su esposa con movimientos que eran ceremoniales en su deliberación, como si estuviera desenvolviendo el regalo más precioso que hubiera recibido jamás. Cada botón desabrochado era acompañado por un beso, cada capa de tela removida revelaba más piel que adoraba con labios y dedos.

—Mi esposa —murmuró con asombro mientras deslizaba su vestido por sus hombros.

—Mi esposo —respondió Annabelle, sus manos trabajando los botones de su uniforme con igual reverencia.

Las palabras eran nuevas, cargadas con significado que trascendía lo físico. No eran simplemente amantes ahora. Eran esposo y esposa, unidos ante Dios y familia, comprometidos para toda la vida.

Cuando finalmente estuvieron desnudos, Sebastian la guió hacia la cama con ternura que hablaba de adoración. La recostó sobre las sábanas suaves, luego se posicionó sobre ella, su peso apoyado en sus brazos para no aplastarla.

—Déjame amarte apropiadamente esta noche —susurró contra sus labios—. Déjame mostrarte cuánto significas en todas las formas que conozco.

Comenzó a besar cada centímetro de su cuerpo, moviéndose con lentitud tortuosa mientras susurraba las mismas dos palabras entre cada contacto de sus labios con su piel.

Besó la punta de su nariz, haciéndola reír suavemente. Sus labios encontraron los de ella en un beso profundo que robó su aliento y Se movió más abajo, besando su cuello, el hueco de su garganta donde su pulso latía salvajemente. Sus labios trazaron la curva de su hombro, luego descendieron al valle entre sus pechos. Tomó un pezón en su boca, succionando gentilmente mientras su mano acariciaba el otro. Continuó su descenso, besando la suave piel de su estómago, sus caderas, el interior de sus muslos. Cuando finalmente llegó al ápice de estos, Annabelle estaba temblando con necesidad, su respiración saliendo en jadeos entrecortados.

—Sebastian... por favor... —rogó, sus dedos enredándose en su cabello.

—Todavía no —murmuró contra su piel sensible. Su lengua la tocó, y ella gritó. Mientras la trabajaba con habilidad devastadora, continuaba susurrando entre lamidas y succiones.

El orgasmo la golpeó como un maremoto, arqueando su espalda de la cama mientras gritaba su nombre hacia el techo. Sebastian la guió a través de cada temblor, sus palabras constantes como un mantra sagrado.

Cuando finalmente se arrastró hacia arriba por su cuerpo, Annabelle lo atrajo hacia un beso desesperado, saboreándose a sí misma en sus labios. Se posicionó entre sus piernas, la punta de su erección presionando contra su entrada.

Sus ojos se encontraron, sosteniéndose mientras él entraba lentamente. No había prisa esta vez, no había urgencia. Solo la necesidad de estar conectados de la manera más íntima posible.

—Te amo —dijo Sebastian mientras se deslizaba dentro de ella, llenándola completamente.

—Te amo —respondió Annabelle, sus piernas enredándose alrededor de sus caderas.

Comenzó a moverse, cada embestida lenta y profunda, cada retiro deliberado. Y con cada movimiento, repetían las palabras como si fueran un voto más sagrado que los que habían pronunciado en la capilla. El ritmo se volvió un mantra, las palabras mezclándose con gemidos y suspiros hasta que era imposible decir dónde terminaban las palabras y comenzaban los sonidos de placer.

Sebastian la volteó gentilmente hasta que ella estaba encima, montándolo mientras él la observaba con ojos que brillaban con amor tan intenso que casi dolía mirarlo.

La volteó nuevamente, posicionándola de espaldas mientras él se arrodillaba detrás. Se inclinó sobre ella, su pecho presionado contra su espalda mientras susurraba en su oído.

—Annabelle —dijo Sebastian con voz que temblaba— ¿Podemos intentar...?

Comprendió inmediatamente lo que estaba preguntando. Si podía quedarse dentro cuando llegara al clímax, si podían intentar crear un bebé juntos deliberadamente en lugar de por accidente.

—Sí —respondió sin vacilación—. Quiero todo contigo. Cada experiencia, cada momento, cada posibilidad de futuro.

Era deliberado esta vez, intencional. No era solo sexo o incluso hacer el amor. El clímax se construyó lentamente entre ellos, y cuando finalmente llegó, fue devastador.

Sebastian la sostuvo a través de todo, sus brazos rodeándola como si el mundo pudiera acabar y necesitara mantenerla a salvo.

Permanecieron entrelazados mientras sus respiraciones se calmaban gradualmente, lágrimas y sudor mezclándose en su piel. Ninguno se movió para separarse, contentos de permanecer conectados de esta manera tan íntima como fuera posible.

—Eso fue... —comenzó Sebastian cuando finalmente pudo hablar.

—Perfecto —completó Annabelle con sonrisa satisfecha.

Sebastian sacudió su cabeza suavemente.

—Más que perfecto.

Finalmente se separaron, aunque Sebastian inmediatamente la atrajo de vuelta a sus brazos, acomodándola contra su costado con su cabeza descansando sobre su pecho. Sus dedos trazaban patrones perezosos sobre su espalda desnuda.

— ¿Crees que...? —comenzó Annabelle tímidamente.

— ¿Un bebé? —completó Sebastian, comprendiendo su pregunta.

— ¿Quieres uno? ¿Realmente?

Sebastian fue silencioso por un momento largo, considerando su respuesta cuidadosamente.

—Con terror absoluto. Y con desesperación igual. Sí. Quiero todo lo que implica construir una vida contigo, incluyendo hijos si somos bendecidos con ellos.

Annabelle levantó la vista para mirarlo.

— ¿Todavía tienes miedo?

—Siempre tendré miedo —admitió él con honestidad—. Miedo de fallar, de no ser suficiente, de repetir los errores del pasado. Pero ahora sé que el miedo no tiene que controlarme. Puedo sentirlo y actuar de todos modos. Me enseñaste eso.

Se quedaron dormidos así hasta que el sueño finalmente los venció. Sus voces se volvieron más suaves, más espaciadas, hasta que solo era respiración tranquila en la oscuridad.

La mañana siguiente amaneció brillante y clara, luz de sol entrando por las ventanas e iluminando la habitación con calidez dorada. Annabelle despertó primero, encontrándose completamente enredada con Sebastian de maneras que habrían escandalizado a cualquier dama apropiada. Sus piernas estaban entrelazadas, su brazo atravesado sobre su pecho, su cabeza descansando en el hueco de su hombro.

Sebastian despertó momentos después, sus ojos abriéndose lentamente antes de que una sonrisa se extendiera por su rostro.

—Buenos días, esposa.

Annabelle sonrió contra su pecho.

—Buenos días, esposo.

Las palabras aún se sentían nuevas, emocionantes, cargadas con promesa de todo lo que vendrá. Se quedaron en la cama durante largo rato, simplemente disfrutando de la cercanía, de la libertad de tocarse sin restricciones o preocupaciones sobre propiedad.

—Necesitamos hacer planes concretos —dijo Sebastian finalmente, sus dedos jugando con su cabello—. Sobre nuestra vida juntos.

Annabelle se incorporó sobre un codo, mirándolo con interés.

— ¿Qué tipo de planes?

—Primero, necesitamos encontrar una propiedad en el campo. Algo con tierra suficiente para criar caballos como hablamos. Un lugar donde podamos tener paz lejos de Londres y todas sus complicaciones.

—Me gusta eso —dijo Annabelle—. ¿Qué más?

Sebastian trazó la línea de su mandíbula con dedos gentiles.

—Tú terminarás tu novela. La que empezaste pero nunca tuviste tiempo de completar. Necesitas un espacio para escribir, una habitación con buena luz y silencio.

Annabelle sintió lágrimas picando en sus ojos ante su consideración.

— ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Ayudaré con los establos. Aprenderé sobre cría de caballos. Quizás escriba mis propias memorias eventualmente, procesando todo lo que viví durante la guerra. Pero principalmente... —hizo una pausa, su sonrisa volviéndose tierna—. Principalmente seré tu esposo. Y si somos bendecidos, padre de nuestros hijos.

—Suena perfecto —susurró Annabelle.

—Construiremos una familia —continuó Sebastian con voz que se volvía más segura—. No perfecta, porque ninguna familia lo es. Pero nuestra. Llena de amor incluso cuando sea complicado.

Annabelle trazó una cicatriz en su pecho pensativamente.

— ¿Qué pasará con la investigación? ¿Con la búsqueda de W y los otros conspiradores?

Sebastian suspiró, su expresión volviéndose más seria.

—Alistair continuará esa búsqueda. Y Julian también, creo. Tienen recursos y posiciones que yo no tengo. Yo... ya hice mi parte. Capturé a Ashford, encontré justicia para Emily y James. Ahora es momento de dejar que otros continúen mientras yo construyo algo nuevo.

— ¿No más guerra? —preguntó Annabelle, necesitando escucharlo decir las palabras.

—No más guerra —confirmó Sebastian con firmeza—. Solo paz. Contigo. Por el resto de nuestras vidas.

Epílogo

Días después…

La casa de campo que Sebastian Holloway había comprado con sus ahorros restantes era modesta en comparación con Rutherford Hall, pero hermosa en su simplicidad. Dos pisos de piedra gris con techo de pizarra, rodeada de campos verdes que se extendían hacia el horizonte en todas direcciones. Los establos recién construidos estaban vacíos aún, esperando los caballos que planeaban criar juntos.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal justo cuando el sol comenzaba su descenso, pintando el cielo en tonos de rosa y dorado. Sebastian descendió primero, luego se volvió hacia Annabelle con sonrisa que alcanzaba sus ojos completamente.

—Bienvenida a casa, señora Holloway.

Annabelle tomó su mano, permitiendo que la ayudara a bajar. Antes de que pudiera dar más de dos pasos hacia la puerta, Sebastian la levantó en sus brazos con movimiento fluido que la hizo gritar con sorpresa.

— ¡Sebastian! ¿Qué estás haciendo?

—Tradición —respondió él con sonrisa traviesa—. Se supone que debo cargar a mi esposa sobre el umbral de nuestra primera casa juntos.

La llevó a través de la puerta abierta, sus botas resonando sobre el suelo de madera pulida. El interior era acogedor y cálido, con fuego ya encendido en la chimenea de la sala principal proyectando luz dorada sobre muebles simples pero de buena calidad. Olía a comida recién cocinada, cortesía del ama de llaves que Sebastian

había contratado para preparar todo antes de retirarse discretamente para darles privacidad.

Sebastian finalmente bajó a Annabelle, aunque mantuvo sus brazos alrededor de su cintura. Ella giró lentamente, tomando cada detalle: las vigas de madera oscura en el techo, las ventanas grandes que daban a los campos, la escalera que llevaba al segundo piso, la mesa ya puesta con cena simple.

—Es perfecto —suspiró, sus ojos brillando con lágrimas de felicidad.

Sebastian se tensó ligeramente, su agarre en ella aflojándose.

—Sé que no es un palacio como Rutherford Hall o las casas elegantes en Londres. Es pequeño y simple, y probablemente te acostumbrarás a vida más modesta de la que mereces...

Annabelle se volvió en sus brazos, colocando un dedo sobre sus labios para silenciarlo.

—Es mejor que cualquier palacio. Porque es nuestro. Lo construiremos juntos, lo llenaremos con memorias, lo convertiremos en hogar verdadero.

Sebastian la abrazó por detrás, presionando un beso en su cuello que envió escalofríos por su columna.

— ¿Eres feliz? ¿Realmente?

Annabelle se apoyó contra él, cubriendo sus manos con las suyas donde descansaban sobre su estómago.

—Incandescentemente feliz. Más de lo que pensé posible.

Sebastian continuó besando su cuello, sus labios moviéndose hacia su oído.

—Yo también —murmuró—. Y me aterra.

Annabelle se volvió en sus brazos para enfrentarlo directamente, sus manos levantándose para enmarcar su rostro.

— ¿Por qué te aterra ser feliz?

Sebastian cerró los ojos brevemente antes de abrirlos para encontrar su mirada.

—Porque nunca tuve algo tan bueno en mi vida. Algo tan precioso y perfecto. Y tengo miedo de arruinarlo, de perderlo, de despertarme y descubrir que todo fue un sueño.

Annabelle tocó su rostro con ternura que hablaba de todo el amor que sentía.

—No me perderás. No soy un sueño. Estoy aquí, sólida y real. Y estaré aquí mañana, y el día después, y todos los días que vengan. Para siempre, Sebastian.

Él la besó entonces, profundamente y con pasión que robó su aliento. Cuando finalmente se separaron, ambos estaban jadeando.

—La cena puede esperar —dijo Sebastian con voz ronca, levantándola nuevamente en sus brazos.

— ¿A dónde me llevas? —preguntó Annabelle con sonrisa conocedora.

—A nuestra habitación. Nuestra habitación compartida, donde dormiremos juntos cada noche por el resto de nuestras vidas.

Subió las escaleras con ella en brazos, empujando la puerta de la habitación principal con su hombro. Era espaciosa y acogedora, con cama grande con dosel dominando el espacio, cortinas de terciopelo en las ventanas, y otra chimenea donde el fuego ya ardía.

Sebastian dejó a Annabelle de pie junto a la cama, sus manos moviéndose inmediatamente hacia los botones de su vestido. Esta vez era diferente de sus encuentros anteriores. Había experiencia ahora, familiaridad con el cuerpo del otro, pero también pasión renovada de saber que esto era el comienzo de toda una vida juntos.

Annabelle ayudó a desabrochar los botones, impaciente por sentir su piel contra la suya. Cuando el vestido cayó al suelo, comenzó a trabajar en su propio corsé mientras Sebastian se quitaba su abrigo y camisa.

—Déjame verlo —dijo ella con voz que temblaba de deseo—. Quiero ver todo de ti en la luz apropiada esta vez.

Sebastian se desnudó completamente, permitiéndole observarlo sin vergüenza. Su cuerpo era un mapa de guerra: cicatrices cruzaban su pecho, su espalda, sus brazos. Pero para Annabelle, cada marca era hermosa porque era parte de lo que lo hacía quien era.

Se acercó y trazó una cicatriz que atravesaba sus costillas con dedos gentiles.

—Cuéntame sobre esta.

Sebastian cubrió su mano con la suya.

—España. Una bayoneta durante combate cercano. Casi me mató.

Ella besó la cicatriz, luego se movió a otra en su hombro.

— ¿Y esta?

—Francia. Metralla de cañón. Tuve suerte de mantener el brazo.

Continuó su exploración, tocando cada marca mientras él contaba las historias detrás de ellas. Era intimidad emocional y física entrelazadas, compartiendo partes de él que nadie más había conocido.

Cuando terminó su inventario, Sebastian la atrajo hacia la cama, recostándola sobre sábanas suaves. Se posicionó sobre ella, pero esta vez Annabelle lo empujó gentilmente hasta que rodaron y ella estaba encima.

—Enséñame cómo tocarte —pidió, sus manos explorando su pecho—. Quiero aprender todo lo que te da placer.

Sebastian guió sus manos, mostrándole dónde tocar, cuánta presión aplicar, qué movimientos lo hacían gemir. Annabelle era estudiante atenta, memorizando cada reacción, aprendiendo su cuerpo como si fuera un libro que necesitaba memorizar.

Cuando finalmente lo tomó en su mano, acariciándolo con confianza creciente, Sebastian cerró los ojos con gemido profundo.

—Dios, Annabelle... así... exactamente así.

Ella continuó explorando, besando su camino hacia abajo por su pecho, su estómago, hasta que su boca estaba peligrosamente cerca de su erección. Cuando lo tomó entre sus labios, Sebastian gritó su nombre, sus manos enredándose en su cabello.

—Suficiente —jadeó después de minutos tortuosos—. Si continúas, esto terminará demasiado pronto.

La volteó hasta que estaba debajo de él nuevamente, sus labios encontrando los suyos en beso hambriento. Sus manos exploraron su cuerpo con familiaridad creciente, sabiendo exactamente dónde tocar para hacerla arquear y gemir.

Cuando finalmente la penetró, ambos suspiraron con alivio. Se movió con movimientos que eran más rápidos y profundos que su primera vez, confianza reemplazando cautela inicial. Annabelle igualaba cada embestida, sus caderas levantándose para encontrarlo, sus piernas enredándose alrededor de las suyas.

—Más —exigió ella, sus uñas clavándose en su espalda—. Dame más, Sebastian.

Él obedeció, aumentando su ritmo hasta que el sonido de piel contra piel llenaba la habitación. La volteó hasta que estaba de rodillas, penetrándola desde atrás con ángulo que la hacía gritar. Luego la volteó nuevamente, posicionándola sobre él para que ella pudiera controlar el ritmo.

Annabelle se movía sobre él con abandono, su cabeza echada hacia atrás, sus pechos rebotando con cada movimiento. Sebastian observaba con ojos oscurecidos por deseo, sus manos agarrando sus caderas para guiarla.

El placer se construyó entre ellos como tormenta, intensidad creciendo hasta que era casi doloroso. Cuando finalmente llegaron, fue explosivo, más intenso que cualquier vez anterior. Annabelle gritó su nombre mientras Sebastian se derramaba dentro de ella, ambos temblando con la fuerza de su liberación.

Colapsó sobre su pecho, ambos jadeando y cubiertos de sudor. Sebastian la sostuvo a través de los temblores posteriores, sus manos acariciando su espalda con ternura.

—Cada vez es mejor —murmuró Annabelle cuando finalmente pudo hablar.

Sebastian rió suavemente.

—Tenemos toda una vida para practicar y mejorar.

Annabelle levantó la cabeza para mirarlo con sonrisa traviesa.

—Qué conveniente.

Se quedaron así por largo rato, simplemente disfrutando de la cercanía, de la libertad de estar desnudos juntos sin prisa o preocupaciones. El silencio era cómodo, lleno de satisfacción mutua.

— ¿Annabelle? —dijo Sebastian finalmente.

— ¿Sí?

—Gracias.

Ella frunció el ceño, confundida.

— ¿Por qué?

Sebastian acarició su cabello con dedos gentiles.

—Por salvarme. De mí mismo. De una vida de oscuridad y soledad autoimpuestas.

Annabelle presionó un beso sobre su corazón.

—Nos salvamos mutuamente. Eso es lo que hace el amor verdadero.

Se quedaron dormidos así, entrelazados tan íntimamente que era difícil decir dónde terminaba uno y comenzaba el otro. La noche era profunda y silenciosa, solo el ocasional crepitar del fuego rompiendo la quietud.

Horas después, Sebastian comenzó a agitarse. Sus músculos se tensaron, su respiración se volvió irregular. Pequeños sonidos de angustia escapaban de su garganta mientras su mente lo arrastraba de vuelta a campos de batalla que nunca realmente había dejado.

Comenzó a gritar, palabras incoherentes mezcladas con nombres de camaradas muertos. Sus manos se cerraron en puños, golpeando el aire como si luchara contra enemigos invisibles.

Annabelle despertó inmediatamente, recordando el consejo de Eloise. Se inclinó sobre él, tocando su rostro gentilmente mientras hablaba con voz calmada y firme.

—Sebastian. Estás a salvo. Estás en casa. Conmigo. No estás en batalla. Estás en nuestra cama, en nuestra casa. Estás a salvo.

Él despertó con jadeo, sus ojos abriéndose salvajemente mientras buscaba amenazas en la oscuridad. Annabelle mantuvo sus manos sobre su rostro, anclándolo a la realidad.

—Estoy aquí —repitió suavemente—. Estás a salvo. Todo está bien.

Sebastian se derrumbó contra ella, su cuerpo temblando mientras la realidad reemplazaba la pesadilla. Annabelle lo sostuvo, acariciando su cabello mientras su respiración se calmaba gradualmente.

—Lo siento —susurró con voz rota—. No quería despertarte.

—No te disculpes. Nunca por esto —dijo Annabelle con firmeza—. Las pesadillas son parte de ti. Y yo estoy aquí para todas las partes.

Lo acunó contra su pecho hasta que su respiración se volvió regular nuevamente, hasta que la tensión dejó sus músculos.

— ¿Mejor? —preguntó cuándo finalmente se relajó completamente.

Sebastian asintió contra ella.

—Sí. Tú... haces todo mejor. Solo tu presencia hace que la oscuridad se retire.

Se durmieron nuevamente, esta vez con Annabelle sosteniéndolo protectoramente, guardiana contra las pesadillas que nunca desaparecerían completamente pero que al menos ahora tenían menos poder sobre él.

Seis Meses después...

La primavera había transformado su propiedad. Los campos que habían estado marrones y dormidos durante el invierno ahora explotaban con verde vibrante y flores silvestres. Los establos albergaban cuatro caballos hermosos que estaban comenzando a atraer interés de compradores locales. La casa misma parecía más viva, llena con sonidos de vida cotidiana.

Annabelle estaba sentada en el estudio pequeño que Sebastian había creado para ella en el segundo piso. Tenía ventanas grandes que daban a los campos, escritorio sólido lleno de papeles, y estantes ya comenzando a llenarse con libros. Estaba inclinada sobre su manuscrito, pluma moviéndose rápidamente mientras capturaba pensamientos antes de que se desvanecieran.

Sebastian entró con bandeja conteniendo té y galletas, sonriendo ante la imagen de su esposa tan concentrada en su trabajo.

— ¿Cómo va? —preguntó, dejando la bandeja sobre una mesa lateral.

Annabelle levantó la vista, su rostro iluminándose al verlo.

—Casi terminada. Otros dos capítulos y el manuscrito estará completo.

Sebastian se acercó, leyendo por encima de su hombro. Sus ojos se agrandaron mientras reconocía elementos de su propia historia entretejidos en la narrativa.

— ¿Este personaje soy yo? —preguntó con diversión.

Annabelle se sonrojó ligeramente.

— ¿Tan obvio es?

—Me haces parecer mucho más heroico de lo que realmente soy.

Annabelle se volvió en su silla para mirarlo directamente.

—Te escribo exactamente cómo te veo. Como el hombre que salvó mi vida múltiples veces. Como el hombre que luchó contra sus propios demonios para encontrar felicidad. Como mi héroe.

Sebastian se inclinó para besar su frente.

—Entonces soy un hombre afortunado de ser visto a través de tus ojos.

El sonido de un carruaje acercándose los interrumpió. Ambos se acercaron a la ventana para ver quién llegaba, sonriendo cuando

reconocieron el carruaje de Rutherford.

Bajaron juntos para recibir a sus invitados. Alistair descendió primero, luego se volvió para ayudar a Eloise, cuyo vientre embarazado era tan grande ahora que se movía con cuidado extremo. Julian llegó momentos después en su propio caballo, desmontando con gracia casual. Margaret, la hermana de Annabelle, salió del carruaje detrás de Eloise, su propio embarazo menos avanzado pero visible.

Hubo abrazos y saludos cálidos mientras todos entraban a la casa. La cena fue un asunto alegre, lleno de conversación y risas mientras se ponían al día sobre los últimos meses.

— ¿Cómo va el negocio de caballos? —preguntó Alistair entre bocados.

—Bien —respondió Sebastian con orgullo evidente—. Vendimos tres caballos pura sangre este mes. Y tenemos varios compradores potenciales interesados en los potros que nacerán en otoño.

Eloise se volvió hacia Annabelle con sonrisa.

— ¿Y tu libro? ¿Está terminado?

Annabelle se movió nerviosamente en su silla.

—Casi. Pero no sé si alguien querrá realmente leerlo. Es solo nuestra historia, ligeramente disfrazada.

Margaret tomó su mano con firmeza.

—Yo lo leeré. Y lo amaré porque es tuyo.

Julian, quien había estado silencioso hasta ahora, se inclinó hacia adelante con interés genuino.

— ¿De qué trata exactamente?

Annabelle y Sebastian intercambiaron miradas, sonrisas secretas pasando entre ellos.

—De aventura —dijo Annabelle finalmente—. De amor. De superar trauma y encontrar esperanza cuando parecía imposible.

En medio de la cena, Eloise dejó escapar grito agudo que hizo que todos se congelaran. Su mano voló hacia su vientre, sus ojos agrandándose con shock y dolor.

—Alistair... el bebé... creo que viene...

Pánico instantáneo llenó la sala. Alistair se puso de pie tan rápidamente que su silla cayó hacia atrás con estruendo.

— ¡Dios mío! ¡El bebé! ¿Ahora? ¡Pero no hay tiempo de llevarla a casa!

Annabelle tomó control inmediatamente, su lado práctico surgiendo ante la crisis.

— ¡A nuestra habitación! Es la más grande y la cama es más cómoda.

Alistair levantó a Eloise en sus brazos con cuidado extremo, su rostro pálido con miedo mientras la llevaba escaleras arriba. Margaret y Annabelle los siguieron.

Sebastian y Julian se quedaron abajo, paseando nerviosamente. El sonido de los gritos de Eloise desde arriba hacía que ambos se estremecieran.

— ¿Crees que estará bien? —preguntó Julian, su compostura aristocrática habitual completamente ausente.

Sebastian se pasó una mano por el cabello.

—Eloise es fuerte. Y Alistair... nunca lo había visto tan aterrado. Pero estarán bien. Tienen que estarlo.

Las horas pasaron con lentitud agonizante. Los gritos continuaban, ocasionalmente mezclados con voces calmantes de Annabelle y Margaret. Alistair gritó una vez, un sonido de angustia pura que hizo que Sebastian comenzara a subir las escaleras antes de escuchar risas reconfortantes.

Finalmente, cuando Sebastian pensó que no podría soportar la tensión un minuto más, escucharon el llanto fuerte y saludable de un recién nacido.

Los hombres corrieron escaleras arriba, empujándose el uno al otro en su prisa. El ama de llaves les dijo que no entraran pero ellos irrumpieron en la habitación para encontrar a Eloise exhausta pero radiante, sosteniendo un bulto pequeño envuelto en mantas.

—Es un niño —anunció Eloise con voz cansada pero llena de alegría—. Tenemos un hijo.

Alistair estaba de rodillas junto a la cama, lágrimas corriendo libremente por su rostro mientras miraba a su hijo con asombro absoluto.

—Mi hijo —susurró, su voz quebrándose—. Nuestro hijo perfecto y hermoso.

Eloise sonrió a través de sus propias lágrimas.

—Nuestro hijo. Nuestro pequeño milagro.

Sebastian se acercó cautelosamente, observando al bebé con expresión que Annabelle no podía descifrar completamente. Alistair levantó la vista hacia su hermano, extendiendo el bulto hacia él.

— ¿Quieres cargarlo?

Sebastian retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza.

—Yo... podría lastimarlo. Mis manos son demasiado…

Annabelle tocó su brazo gentilmente.

—No lo harás. Yo confío en ti.

Con manos que temblaban visiblemente, Sebastian tomó al bebé en sus brazos. El niño era tan pequeño, tan frágil, cabiendo fácilmente en sus brazos grandes y con cicatrices. Lo miró con asombro mientras pensamientos corrían por su mente. *Algún día. Annabelle y yo. Algún día tendremos nuestro propio hijo. Y seré padre. Dios ayúdame, seré padre.*

La tarde siguiente al nacimiento del bebé de Alistair y Eloise, Sebastian bajó para encontrar a Julian todavía allí, sentado en el estudio con una copa de brandy y expresión inusualmente seria.

—Pensé que te habrías ido con Alistair —dijo Sebastian, sirviéndose su propia copa.

Julian giró el brandy en su copa, observando el líquido ámbar sin realmente verlo.

—Necesitaba hablar contigo. A solas.

Sebastian se sentó frente a él, reconociendo el tono. Su hermano menor rara vez era serio, pero cuando lo era, significaba problemas.

— ¿Qué sucede?

Julian sacó un sobre arrugado de su bolsillo interior y lo deslizó sobre la mesa hacia Sebastian. El papel era de calidad cara, el sello de lacre roto mostraba una "D" elaborada.

—Llegó hace tres días. A mi apartamento en Londres, no a Rutherford Hall. Alguien se aseguró de que fuera... privado.

Sebastian abrió la carta, sus ojos recorriendo las líneas con creciente tensión:

"Señor Holloway,

Permítame felicitarlo por el arresto reciente de Lord Ashford. Qué victoria para su familia. Aunque me pregunto... ¿realmente cree que un hombre como Ashford operaba solo? Los idiotas como él son meramente peones en juegos mucho más grandes.

Tiene talento para el engaño, señor Holloway. Lo he observado en los salones de juego, seduciendo esposas y extrayendo secretos con esa sonrisa encantadora. Habilidades impresionantes. Desperdiciadas en venganzas pequeñas.

Si realmente quiere encontrar al hombre que destruyó a su padre, al verdadero arquitecto detrás de la ejecución del Duque de Rutherford, necesitará algo más que suerte y determinación. Necesitará... información.

Hay cierta viuda en Londres. Lady Beatrice Carlisle. Su difunto esposo, el Conde de Carlisle, guardó documentos con demasiado celo. Documentos que podrían llevar a su familia directamente a otro de los miembros del círculo de conspiradores contra su padre.

Pero la viuda está en peligro inminente. Lord Percival Whitmore, quizás recuerde ese nombre de los papeles de Ashford, la está acosando bajo órdenes de... digamos, intereses más oscuros. Pronto escalará de acoso a violencia. Luego a algo peor.

Si quiere esos documentos, debe llegar a ella primero. Protegerla. Ganarse su confianza.

El tiempo corre, señor Holloway. Whitmore estará borracho en White's esta noche. Y los lobos hambrientos cometen errores cuando han bebido demasiado.

Use sus talentos sabiamente.

D.

Sebastian levantó la vista, su rostro pálido.

— ¿D? ¿Deveraux te envió esto?

—Eso, o alguien que quiere que piense que fue Deveraux. —Julian se inclinó hacia adelante, su voz tensa—. Pero Sebastian... he estado investigando desde que llegó la carta. Todo es verdad.

— ¿Qué quieres decir?

—Lady Beatrice Carlisle, tú la conoces, estuvo en la boda. Heredó una fortuna masiva hace tres años. Su difunto esposo era el Conde de Carlisle, y según registros públicos, murió repentinamente sin herederos. Todo fue para ella, o al menos la mayor parte, ya que el título al no tener hijos fue a un familiar.

— ¿Y Whitmore?

—Lord Percival Whitmore, primo lejano de Carlisle. Su nombre está en los documentos que encontramos en la casa de Ashford. Transacciones menores, pero conectado. —Julian se pasó una mano por el cabello—. Y en las últimas semanas, ha estado acosando públicamente a Lady Carlisle. Proclamando que ella le "pertenece" por promesa de su difunto esposo. Es... agresivo.

Sebastian se puso de pie, paseando hacia la ventana.

—Esto es una trampa. Tiene que serlo. Deveraux jugando contigo.

—Probablemente. —Julian también se levantó—. Pero, ¿y si no lo es? ¿Y si hay realmente documentos que nos lleven a Lord W? ¿Y si esta mujer está en peligro real?

— ¿Qué planeas hacer?

Julian sonrió, pero no alcanzó sus ojos.

—Esta noche voy a White's. Whitmore juega los martes. Voy a... observar. Ganarme su confianza. Ver qué suelta cuando está borracho.

Sebastian giró bruscamente.

—Julian, si esto es Deveraux atrayéndote...

—Entonces tendré cuidado. —Julian se acercó a su hermano—. Pero no puedo ignorarlo, Sebastian. Si hay cualquier posibilidad de que esto nos lleve a Lord W... tengo que intentarlo.

— ¿Alistair sabe?

—Se lo diré mañana. Quería hablar contigo primero. Tú entiendes lo que es... llevar la oscuridad. Hacer cosas cuestionables por razones correctas.

Sebastian colocó ambas manos en los hombros de su hermano, obligándolo a mirarlo directamente.

—Escúchame. Deveraux es más peligroso que Ashford alguna vez fue. Más inteligente. Más despiadado. Si te está manipulando...

—Lo sé. —Julian cubrió las manos de Sebastian con las suyas—. Pero si puedo proteger a una mujer inocente y obtener información... vale el riesgo.

Sebastian lo estudió por un largo momento, luego asintió lentamente.

—Ten cuidado. Y Julian... no hagas nada que no puedas deshacer. No como con Lady Ashford.

El rostro de Julian se tensó al escuchar ese nombre, pero asintió.

—No lo haré. Esta vez será diferente.

Se abrazaron brevemente, el peso de lo no dicho presionando entre ellos.

Cuando Julian se preparó para irse, Sebastian lo detuvo una última vez:

— ¿Julian? Si esta mujer, Lady Carlisle... si es inocente y está realmente en peligro... ayúdala hermano, pero sin hacerle daño. Lo digo por experiencia.

Él se detuvo en la puerta, su espalda hacia Sebastian.

—No planeo hacerle daño a nadie más, hermano. Ya dañé suficientes cosas. Incluyéndome a mí mismo.

—Cuídate, por favor —le dijo Sebastian antes de que se fuera.

Su hermano solo asintió, y con eso, se fue.

Sebastian se quedó en la ventana, observando el carruaje de Julian desaparecer en la noche hacia Londres. Hacia el peligro. Hacia secretos que podrían finalmente liberar a su familia... o destruir a otro Holloway en el proceso.

Arriba, Annabelle encontró a Sebastian aún en la ventana una hora después, su expresión preocupada.

— ¿Qué sucede? —preguntó, deslizando sus brazos alrededor de su cintura desde atrás.

Sebastian cubrió sus manos con las suyas.

—Julian. Está persiguiendo sombras en Londres. Deveraux le envió una carta. Una trampa, probablemente. Pero Julian no puede resistir la posibilidad de que sea real.

— ¿Es peligroso?

—Muy peligroso. —Sebastian se volvió en sus brazos—. Y no puedo protegerlo. No de esto. Tiene que caminar solo en la oscuridad esta vez.

Annabelle presionó un beso sobre su corazón.

—Entonces confiamos en que sea lo suficientemente inteligente para encontrar su camino de regreso a la luz. Y rezamos para que encuentre lo que está buscando... o al menos sobreviva la búsqueda.

Sebastian asintió, pero el nudo de preocupación en su estómago no se aflojó. En algún lugar de Londres, Julian Holloway se preparaba para el juego más peligroso de su vida.

Y ninguno de ellos sabía si sobreviviría lo que vendría después.

*****

Esa noche, después de que sus invitados finalmente se retiraran a las habitaciones de huéspedes con el bebé durmiendo pacíficamente, Sebastian y Annabelle yacían en la cama en la habitación de invitados donde habían trasladado temporalmente sus cosas.

— ¿Quieres niños? —preguntó Annabelle suavemente.

Sebastian fue silencioso por largo momento, considerando su respuesta cuidadosamente.

—Con terror absoluto. Y con desesperación igual. Sí. ¿Tú?

Annabelle se acurrucó más cerca de él—Sí. Pero no hay prisa. Tenemos tiempo.

Sebastian la besó profundamente, vertiendo todo su amor en ese contacto.

—Tenemos toda una vida.

Hicieron el amor entonces, lento y tierno, saboreando cada toque, cada beso, cada momento de conexión. No había urgencia, solo deseo profundo de estar cerca, de reafirmar su amor físicamente.

Después, yacían entrelazados mientras la luna se elevaba alto en el cielo.

—Hace un año —dijo Sebastian— estaba solo. Completamente convencido de que moriría solo y miserable. Y ahora...

— ¿Y ahora? —lo animó Annabelle cuando hizo pausa.

—Ahora tengo absolutamente todo. Te tengo a ti. Tengo esta casa hermosa. Tengo mi familia reunida y feliz. Tengo un futuro que esperar en lugar de temer.

Annabelle trazó las cicatrices en su pecho, su toque ligero como plumas.

—Las pesadillas todavía vienen ocasionalmente.

—Sí —admitió Sebastian—. Pero menos frecuentemente ahora. Y cuando vienen... tú estás ahí. Eso hace toda la diferencia.

—Siempre estaré aquí —prometió Annabelle—. En las pesadillas y en los sueños. En la oscuridad y en la luz. Siempre contigo.

Se besaron una vez más antes de quedarse dormidos, el futuro extendiéndose ante ellos lleno de posibilidades infinitas.

Sebastian Holloway había pasado su vida entera como soldado, creyendo que la guerra y la batalla eran lo único que realmente conocía o merecía. Pero finalmente aprendió que la verdadera valentía no estaba en ningún campo de batalla. Estaba en abrir su corazón a pesar del miedo. En dejar que alguien lo amara cuando creía que no merecía amor. En creer que podía ser feliz y construir algo hermoso de las ruinas de su pasado.

Y Annabelle, que una vez soñó con aventuras en tierras lejanas, descubrió que la mayor aventura de todas era el amor. Real, complicado, imperfecto, y absolutamente hermoso en todas sus formas.

Juntos, construyeron algo que ninguna guerra podría jamás destruir: un hogar verdadero. Y vivieron, no perfectamente porque la perfección es imposible y aburrida, pero sí felices.

FIN

Querida lectora,

Gracias por acompañar a Sebastian y Annabelle, en su viaje hacia el amor. Espero que su historia haya tocado tu corazón tanto como tocó el mío. Pero la saga de los Hermanos Holloway está lejos de terminar. Abajo te dejo un pequeño avance del siguiente libro de la serie.

Con cariño y gratitud infinita,

Amaya Evans

¡Gracias por tu apoyo!



¿Lista para la siguiente historia?

Ella juró no volver a pertenecer a ningún hombre.
Él nunca planeó enamorarse de verdad.
Pero algunos juramentos están destinados a romperse.

Lady Beatrice Carlisle ha saboreado por fin la libertad. Viuda, independiente y decidida a no someterse jamás al control de otro hombre, ha construido una vida en sus propios términos. Hasta que un peligroso enemigo del pasado reaparece, decidido a arrebatarle todo: su fortuna, su autonomía... y quizás su vida.

Lord Julian Holloway es el libertino más irresistible de Londres, un seductor profesional con secretos oscuros y una misión letal. Cuando descubre que la hermosa viuda es la clave para desenmascarar a sus enemigos, le propone un trato imposible de rechazar: un romance falso que mantenga a los depredadores a raya mientras él obtiene la información que necesita.

Fingir pasión bajo las luces de los salones de baile debería ser simple. Pero cada mirada robada, cada roce calculado, cada beso destinado a engañar al mundo enciende algo peligrosamente real entre ellos. Beatrice descubre que bajo la máscara del encantador se esconde un hombre destrozado que despierta todos los deseos que creyó haber enterrado. Y Julian, acostumbrado a mentir con cada respiración, se encuentra perdiendo su corazón ante la única mujer que puede ver la verdad detrás de sus sonrisas.

Cuando las amenazas se vuelven letales y la conspiración que destruyó a los Holloway cobra un rostro aún más siniestro, tendrán que decidir: ¿arriesgarán todo por una mentira que se ha vuelto su única verdad?

Pequeño Adelanto:

Capítulo 1

Carlisle House, Mayfair – Londres, 1820

La biblioteca olía a cuero antiguo y tinta fresca. Lady Beatrice Carlisle pasó otro número en su libro de contabilidad, la pluma arañando el papel con precisión matemática. Tres años exactos desde que el Conde había muerto. Tres años de libertad que la sociedad consideraba desperdicio.

—Treinta años —murmuró para sí misma, cerrando el libro con más fuerza de la necesaria—. Una reliquia.

El té Earl Grey en su escritorio se había enfriado hacía horas. Afuera, el gris perpetuo de Londres amenazaba lluvia. Beatrice apartó los libros de contabilidad y sacó del cajón inferior, el que tenía llave, un manuscrito cuidadosamente encuadernado. *Sobre la Independencia Económica del Sexo Femenino*. Título provisional. Nadie sabía que lo estaba escribiendo.

Repasó la última página con la mirada. Las palabras que había escrito la noche anterior parecían ahora ingenuas a la luz del día: *"Una mujer con fortuna propia posee algo más valioso que el oro: la capacidad de elegir su propio destino."*

¿Elegir? Llevaba tres años eligiendo soledad sobre compañía, control sobre vulnerabilidad, números sobre emociones. La fortuna la protegía. Los muros que había construido la mantenían a salvo.

Entonces, ¿por qué su pecho se contraía cada vez que cerraba esos libros de contabilidad perfectamente balanceados?

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Wilson, su mayordomo, entró con la expresión cuidadosamente neutral que

usaba cuando traía noticias desagradables.

—Milady, Lord Whitmore solicita audiencia.

Las manos de Beatrice se cerraron en puños sobre el escritorio.

—Dile que no estoy en casa.

—Mi lady, es la tercera vez esta semana. El caballero está... insistiendo en ser recibido.

—Entonces insiste en mi ausencia con igual vigor, Wilson.

El mayordomo asintió y se retiró. Beatrice respiró hondo, intentando calmar el pulso acelerado en sus sienes. Percival Whitmore. Primo lejano de su difunto esposo. Tres meses de cartas no solicitadas. Dos meses de "encuentros casuales" en cada evento social. Un mes de algo que ya no podía llamarse cortejo sino acoso.

Se levantó para servirse más té, frío o no, necesitaba algo que hacer con las manos, cuando algo blanco bajo el escritorio captó su atención. Una carta. Había caído del montón de correspondencia que revisaba cada mañana.

La recogió. El sello de lacre ya estaba roto, el papel de calidad superior. La letra era la de Whitmore.

"Lo que tu esposo me prometió, lo reclamaré. Por las buenas o por las malas. El tiempo se agota, Beatrice. Tu período de luto ha terminado. Tu período de negación también.

P.W."

El papel tembló en sus manos. No, no temblaba el papel. Temblaban sus dedos. Por primera vez en tres años, Beatrice Carlisle conoció el miedo real. No la incomodidad social, no la preocupación abstracta. Miedo visceral que le revolvía el estómago y le secaba la boca.

Miró hacia la ventana. La lluvia había comenzado a caer.

Entonces comprendió algo que la heló más que la amenaza de Whitmore:

Su fortuna ya no era un escudo.

Su independencia no bastaría.

Y muy pronto tendría que elegir entre ceder…o entregarse a un peligro mucho mayor.

¿TE PERDISTE ALGUNA HISTORIA?

La historia de los Holloway es mejor cuando se lee en orden:

Libro 1: EL DUQUE DE LA VENGANZA → https://www.amazon.es/dp/B0GHN5HX3S

Libro 2: EL CAPITÁN DE LAS SOMBRAS → Estás Aquí

Libro 3: EL LIBERTINO ENAMORADO → [PRÓXIMO]

Libro 4: EL AMOR SECRETO DE LA ESPÍA → [PRÓXIMO]